



El ventanal de la desolación

COLECCIÓN NARRACHILE



© EL VENTANAL DE LA DESOLACIÓN

© JUAN MIHOVILOVICH

Primera edición: Autoedición, Linares, 1989

Segunda edición: Editorial Marana-tha, Talca, 1992

EDITORIAL ENTREPÁGINAS LTDA.

Tercera edición / Punta Arenas, 2019

RPI: 72.381

ISBN: 978-956-9156-05-2

ILUSTRACIONES PORTADA, INTERIORES Y FOTO DEL AUTOR

Sanna Jaaskelainen

JUAN MIHOVILOVICH

Email: mihovilovich@hotmail.cl

Fono: 9 6607 8079

EDITORIAL ENTREPÁGINAS LTDA.

Av. Bulnes. Km. 3,5 Norte. Locales 247-248

Punta Arenas / Chile

Fono: 61-2210339

Email: editoriaalentrepaginas@gmail.com

DISEÑO Y COMPOSICIÓN

Estrofas del Sur SpA

estrofasdelsur.cl

contacto@estrofasdelsur.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Derechos exclusivos reservados para todos los países. Este libro, como totalidad, no puede ser reproducido, transmitido o almacenado, sea por procedimientos mecánicos, ópticos o químicos, incluida la portada, sin autorización del autor o el editor. Se autoriza citarlo, indicando la fuente.



El ventanal de la desolación

JUAN MIHOVILOVICH







“Se sintió como si, perdido en medio
de una agitada muchedumbre
de millones de seres humanos,
debiera reconocer el rostro de un desconocido
que le trae un mensaje salvador y del que no sabe
más que eso: que es el portador del mensaje
que puede salvarlo.”

Sobre Héroes y tumbas -Ernesto Sábato-





En el largo invierno del “territorio extremo” las noches se precipitan rápidas sobre la ciudad del Estrecho, mientras un viento de filos de cuchillo estremece los árboles de brazos descarnados. En una vieja casa de madera un niño escucha a la madre sentenciosa que le narra las leyendas del archipiélago de voces extrañas y fue, tal vez, en uno de esos días cuando el Río de las Minas desbordó sus cauces arrastrando los copos de nieve y los frágiles puentes de los juegos solitarios, y también los sueños, que se confundieron con las aguas. Pero la infancia renace tenaz en la memoria y aún hoy ese niño de antaño sacude el tronco de los aromos para observar cómo caen las flores amarillas o cierra los ojos por si aparecen los seres que pisaban esa escarcha azulina, ya tan lejana.

Pacián Martínez Elissetche





*A Geraldine Pérez, Carmen Gloria Vargas y
Fernanda Rubín, las queridas tesisistas...*





NOSOTROS TUVIMOS LA CULPA, RUPERTO

Es posible que nos hubiésemos percatado demasiado tarde, pero al decidir abrir los ojos y extrañarnos, hacía mucho tiempo que Ruperto Negrete daba volteretas en la esquina y se encaramaba por las canaletas simulando ser un eximio trapecista. Era realmente raro no haberlo notado antes, aunque bien miradas las cosas tenía una explicación relativamente lógica. Había que retrotraerse a esa vez cuando Ruperto apareció en mangas de camisa floreada y con un traje de hombre rana pateando una pelota de goma amarillenta en medio de la cancha de fútbol. Allí nos dio la impresión de que algo no funcionaba normalmente en su cerebro, máxime si en pleno invierno y con treinta centímetros de nieve era una proeza correr tras un balón. A lo más comentamos el hecho en la zapatería -nuestro lugar de diaria reunión- donde alguien dibujó graciosamente a Ruperto en posición de tiro al arco, con la rodilla derecha flexionada, la vista perdida en la lejanía y una paradójica contracción de sus labios como si



intentara una sonrisa imposible al ver que el pingüino disfrazado de arquero se lanzaba cuan largo era hacia el vertical izquierdo observando el cielo gris con gesto desdeñoso. Gilberto reía a mandíbula batiente cuando le comentamos la absurda escena y le enseñábamos la caricatura del pingüino y Ruperto abrazados en un segundo cuadro. Como solía acontecer se le escurrieron varios lagrimones por la risa contenida que iba secando con un pañuelo de tonos indefinidos alcanzando a decir que a Ruperto no lo habían parido. Todos celebramos ruidosamente la salida, a pesar de no entender la verdadera intención de sus palabras. Luego esperábamos otros comentarios mientras el rostro de Ruperto se deformaba pegado a los cristales preguntando sin palabras si podía entrar. Alguno respondía abriendo la puerta cuyo chirrido producía un silencio embarazoso roto súbitamente por tosidos incómodos, y lentamente, como si esa interrogante esbozada en su cara de niño equivocado nos diera ánimos, Gilberto palmoteaba sus espaldas o apretaba con forzado cariño una de sus mejillas, en tanto Palmita le hacía creer que arreglaba su ridícula corbata azul encima de la roja camisa de franela cuadriculada. Ruperto sonreía débilmente, se frotaba las manos con fuerza, como si recordara que debía decir algo importante, pero nos adelantábamos a felicitarlo por la ingeniosa manera de iniciar la temporada de fútbol. Entretanto Ruperto observaba ora a uno ora a otro, casi



sin detener la mirada en ninguno como sospechando ser el centro de una burla concertada. Sin embargo, Coqui y Gilberto disipaban su duda inicial. Reafirmaban su originalidad insinuándole que mañana podría repetir la escena para que algún fotógrafo de la Prensa Austral inmortalizara su endeble figura en la primera página deportiva. Y claro, al día siguiente reaparecía en idénticas condiciones haciendo que nos desternilláramos de la risa al observarlo, escondidos en las casas adyacentes a la cancha que siempre estaban a medio construir. Nos costaba creer que esa ingenua locura de nuevo estuviera repitiéndose. Lo cierto es que Ruperto se fue perdiendo desde antes. A los más letrados les pareció un error que naciera el primer día de Pentecostés, sobre todo porque su padre profesaba un odio acendrado por todo lo que oliera a judío, arguyendo una tradición de sangre aria que no se sabe de dónde podía provenir, con esos ojos medio achinados y un pelo hirsuto rebelde ante las peinetas. Algo raro hubo en su nacimiento, toda vez que un gallo casi desplumado y enflaquecido hasta los huesos daba las cuatro de la mañana cuando su madre sintió algo suave y blandengue escurriéndosele por entre las piernas al ir a orinar al pozo del patio. Ruperto, picoteado por las aves y arrastrado del cordón umbilical más de treinta metros sin que su madre notara ese trayecto, logró al fin emitir algo semejante a un llanto humano y graznido de gaviota.



Sólo entonces ella miró incrédula cómo ese feto de seis meses y medio hacía ademanes de defensa ante las gallinas que lo escrutaban indecisas entre cada picotazo. Al fin tiró del largo cordón y Ruperto, dando tumbos, embadurnado con caca de ave y afrechillo fue a parar a esos brazos regordetes que lo mecieron sin interrupción los diez primeros años de vida, edad en que lo dejaron asomar su afilada nariz por la entornada puerta de su antigua casona. Eso lo sabíamos por nuestros mayores y porque Gilberto, que se especializaba en conocer al dedillo la existencia de todos, nos detallaba minuciosamente cada aspecto de su vida. Por él supimos que Ruperto aprendió a caminar a los ocho años, que su padre lo mantuvo amarrado a una silla mecedora seis horas diarias mientras le enseñaba secretos en la búsqueda del oro que, según él, se hallaba en la desembocadura del Río de las Minas y otras veces en su mismo nacimiento. Ocurría que a Ruperto se le confundía la realidad -lo supimos recién en estos días- porque al decirse soltarlo a la vida libre apenas podía erguirse en sus largas extremidades, y a menudo recordamos haberlo visto apoyarse en las paredes como si tomara aire para seguir avanzando. Incluso llegó a ser nuestro compañero en la Escuela Yugoslava, donde era ridículo verlo formado a la entrada de la sala con dos cabezas más que el más alto de nosotros, que bordeábamos en su mayoría los diez años. Él, con casi quince, ingresaba a su banco



equilibrándose como un gastado maniquí sintético. Entonces alguien lo empujaba y nosotros le arrojábamos papeles en la nuca o le rayábamos con cientos de signos de interrogación cada una de las hojas de sus cuadernos arrugados. Luego, tarde o temprano, Ruperto comenzó a escrutarnos con gestos de duda y más de una vez espiaba la sala de clases con evidente temor a entrar. Por supuesto, demasiado ocupados en elucubrar nuestras bromas jamás nos detuvimos a analizar qué pasaría con su vida. Además, cuando una mañana de marzo se llevó a efecto la maratón anual alrededor de Punta Arenas y el locutor oficial anunciaba que Ruperto Negrete, un ilustre desconocido del atletismo, rompía el record de la especialidad, sentimos una mezcla de envidia y alegría. Nunca nadie imaginó que Ruperto, con esas piernas enclenques y ese físico esmirriado, fuera capaz siquiera de correr cien metros. No obstante, su aparición rememoró en un comentarista visiones de pájaros alados extinguidos, lo que nos demostraba que podía servir para algo. Así que a título colectivo le dimos una descascarada estatuitilla de madera que encontramos en el sótano de una casa y dos de nosotros lo acompañamos a una entrevista en Radio Polar. La entrevista fue un desastre, al preguntarle de dónde nacía esa afición por el deporte, Ruperto contestó que en la familia tuvieron -hace muchos años- un avestruz como mascota y él, a escondidas de su padre, la soltaba

y acompañaba cada amanecer por Avenida Bulnes para que la pobre ave sintiera el libre albedrío natural y que en esas idas y venidas logró desarrollar velocidad y resistencia. Aquella fue la primera y última vez que alguien del barrio lo acompañó, ocasión que sirvió para reafirmar que Ruperto no era un tipo que estuviera en sus cabales, al menos respecto de lo que nosotros entendíamos por normalidad. Claro está que le compramos un buzo deportivo y le conseguimos unas zapatillas de clavo. De allí en adelante correr significaba para Ruperto el equivalente a nuestra respiración. No existía minuto del día en que no se divisara su figura trotando por las calles del Barrio Yugoslavo, y cuando por las tardes llegaba a la zapatería, sudoroso y con un aliento de los mil demonios, era común que ya hubiera ido dos y tres veces a Bahía Catalina, seis kilómetros al norte de la ciudad. Y a pesar de que lo increíble era ya habitual en Ruperto -si bien es cierto que de alguna forma encontraba la justificación de sus días- la paradoja estaba en anular sus condiciones naturales. En una ocasión desapareció de la escena cotidiana por más de una semana y sus padres, alarmados, pusieron su fotografía con un aviso en los periódicos de la ciudad. Se movilizó a medio centenar de carabineros buscando casa por casa y patio por patio a la esperanza del atletismo magallánico, hasta que lo vio una niñita de nueve meses, que por esas cosas del azar gateaba cerca del propio

gallinero de su domicilio. Lo descubrieron medio retorcido de frío en un rincón al que penetró por un agujero inverosímil, amordazado y amarrado de las muñecas -nadie supo explicarse cómo- y al intentar revivirlo era imposible tenerlo en pie. De a poco lo lavaron bien de sus propios excrementos, lo empolvieron con talco para guaguas y al cabo de un mes de tratamiento intensivo en el Hospital Regional, reapareció de riguroso luto en la zapatería. Nos dijo que su madre estaba muerta, porque ella aceptaba todo, menos ese olor a mierda de gallina que nada ni nadie lograba quitarle. De ahí que la pobre vieja tuviera un deceso casi voluntario paralizándose su pequeño corazón. Ruperto tomó el suceso con ese leve asombro que traducía su semblante por las cosas que no entendía: con un gesto de sorpresa a medio camino similar al que una vez lo trajo al mundo. A partir de ese día -que nadie logra precisar con exactitud- Ruperto dejó de lado su rosado buzo deportivo y tomó la costumbre de acomodarse en cada esquina del barrio con las manos en los bolsillos de su raído chaquetón, un cigarrillo apagado en la comisura de los labios mientras daba casi imperceptibles saltitos en el mismo sitio, y de pronto, como si fuera tocado por una mágica varita que lo sacaba del largo ensueño, se ponía en posición de partida saliendo raudo hacia la esquina siguiente, donde procedía a repetir el mismo ceremonial. A nosotros nos dio la impresión de que aquello tenía

sus orígenes en el árbol genealógico de Ruperto. Gilberto nos había contado que su abuelo materno estuvo encerrado dos años en el manicomio de Miraflores. Las causas obedecieron a que siendo adolescente adquirió el extraño hábito de cortar toda flor que se cruzaba en su camino. Juntaba enormes ramilletes que extraía de los jardines privados, de los invernaderos que rompía a pedrazos para terminar corriendo desafortunadamente a depositar miles de pétalos en las tumbas del cementerio como si quisiera tapizarlo de colores. La verdad es que esa historia nunca se comprobó. Sí logramos saber que en una oportunidad Ruperto escribió una larga carta en su gramática ininteligible dirigida a su madre donde le insinuaba la posibilidad de ser libre de alguna manera. Ruperto pensaba que corriendo en un sentido simbólico tras un horizonte imaginario podía sentirse desligado de sus antiguas y terribles ataduras, que con sus largas trancadas y apostura desenvuelta se iría alejando de aquellas risas inservibles de la gente del barrio que lo sindicaban como un beodo congénito, castigándolo a ser el blanco de un escarnio cruel e inmerecido. Pero, al descubrirlo con las pupilas semiextraviadas en una distancia inconmensurable, no cesábamos de codearnos y murmurar risibles comentarios, como si el poco tiempo de vida que pudiera quedarle se mezclara forzosamente con nuestras ansias de burla imprecadera. La verdad es que Ruperto no vivía en el

sentido literal del término. Si a menudo cobijaba su indefensión entre el polvo de los zapatos sobre el esmeril y el humo de los cigarrillos de la zapatería, era lisa y llanamente, por esa especie de maligna atracción que ejercíamos a la distancia y que él presentía débilmente. De ahí que era usual ver su cara de mandril asustado interrogándonos por enésima vez desde los vidrios humedecidos, hasta que virtualmente se olía su presencia y con un sonoro puntapié en la puerta lo obligábamos a ingresar, si alguna duda llegaba a asaltarlo de repente. Por eso, al verlo con su semblante contraído, con esa larga corbata enlutada asomándose por la abrochada chaqueta a la altura de la cintura y unos pantalones exageradamente amplios y largos, no pudimos menos que voltearnos con el mayor disimulo posible y contemplar los recortes amarillentos en las paredes, de encender nuevos cigarrillos con espasmódicas contracciones que alargaban innecesariamente una risa inevitable. Fue Coqui, como siempre, quien trató de salvar ese momento dándole un pésame que no sentía y afirmando que la vida era así y que la gente tenía que morir irremediamente, que en todo caso a él le quedaban sus amigos de la zapatería, sus incondicionales, quienes se preocuparían de que Ruperto Negrete no tuviera esa tristeza infinita, y si no se sentía bien que intentara dormir unos años como la doncella de un cuento que fue despertada un día por la hermosa realidad. Le reite-



raba que un adolescente como él no podía colocarse la soga al cuello por el fallecimiento de la madre que, después de todo, si no es por los picotazos de las gallinas en el patio, ni se habría enterado de su nacimiento. Así que lo sacudió con suavidad de las solapas, le puso una flor de papel colorado en uno de los ojales y con un par de palmadas que pretendieron ser cariñosas, pero cuya sonoridad enrojeció sus mejillas, fue empujando a Ruperto a la salida. Y sólo al verlo alejarse turbado e indeciso, se soltó la primera carcajada y alguien sentenció que en ocasiones la muerte vuelve filósofos hasta a los idiotas y todo el mundo fraguó en su cerebro un apodo venidero, que terminó por aparecer un día pegado junto a la fotografía carcomida del primer equipo de Colo Colo del año sesenta. Era un retrato de Aristóteles en equipo deportivo avanzando a grandes trancadas y sosteniendo una antorcha olímpica que había quemado tres casas dibujadas en un extremo. A pesar de que nadie se identificó como autor del apodo, todos teníamos nuestra cuota de participación, porque una leyenda de tonos premonitorios y alcances extraños rezaba que en el corazón de los atletas existían poderosas e incoherentes razones que la cabeza se negaba a aceptar. Después de mucho tiempo, en que uno de nosotros incursionó fugazmente en una cátedra de filosofía, colegimos que una singular analogía se había producido en el pasado, aunque nadie recordaba dónde ni en

que momento. Cuando más tarde Ruperto vio el retrato en la pared y se reconoció dudosamente con esa cabeza aristotélica mirando la profundidad de sus ojos claros, nos escrutó con una sonrisa indescifrable que aún hoy resulta imposible dilucidar. A partir de esa vez comenzó a frecuentar la Biblioteca Municipal regresando por las calles con un alto impresionante de tratados de filosofía y con un sin número de obras sobre la mitología griega. Lo que nos dejó estupefactos fue ese enfermizo afán de aprender al dedillo todo lo referente a los antiguos juegos olímpicos y, poco a poco, como si estuviera dotado de un poder sobrehumano, inició largos recorridos a pie por el camino al aeropuerto de Chabunco. A medida que lo hacía iba recitando una especie de jerigonza inconclusa, entremezclando términos atléticos y filosóficos como si pretendiera buscar una manera de entender algo que siempre escapó a nuestra imaginación. Porque, lo que en un principio se evidenció como algo pasajero, acabó absorbiendo los instantes de su inútil vida. Lo transformó en un perpetuo peregrino que lo llevaba de la ciudad al aeropuerto y viceversa, en un juego enervante e infinito que sólo a nosotros parecía angustiarnos. Luego dejamos de comentar sus correrías matinales por la playa de Avenida Colón y ya no era motivo de risa recordar cómo en una ocasión surgió desde los mismos basurales de calle Sarmiento trayendo un pájaro bobo amarrado del pescuezo

con una larga cadena que tintineaba sobre las piedras, en tanto detrás, una veintena de chiquillos desarrapados lo rodeaban, saltando y gesticulando, mientras él se mostraba impertérrito, avanzando con una seriedad desproporcionada a las circunstancias. Los niños imitaban el patético oscilar del pingüino que los miraba desafiante hasta que uno arrojó, como un descuido, una piedrecilla que dio en la frente de Ruperto; arrojándole, al cabo de un rato, todo lo que tuvieran a mano. Entonces Ruperto tomó en brazos a su improvisada mascota emprendiendo una veloz fuga, picoteado de nuevo en las manos y el cuello por el pequeño pingüino que instintivamente se negaba a seguirlo. Hasta que una tarde de invierno, en que el primer nevazón del año caía dócilmente sobre la ciudad vimos a Ruperto con un bulto negro entre los brazos rumbo a la playa. Lo seguimos a cierta distancia, escondiéndonos detrás de las casas desocupadas y espiando con morbosa ansiedad sus movimientos. Se arrodilló a orillas del mar haciendo una especie de reverencia monástica y ofreciendo un ritual fantasmagórico que terminó con un agitar del bulto sobre su cabeza y su lanzamiento de diez metros. A nosotros, que casi habíamos olvidado al pingüino, nos llamó la atención que Ruperto no se asomara al mediodía con su cantinflasca mascota por la zapatería en más de dos semanas. Ya no se le divisó seguido por docenas de muchachitos que imitaban las contorsiones

del pingüino. Más tarde supimos que Ruperto iba día tras día hasta la playa y dejó de originar comentarios verlo encucillado tirando diminutos caracoles y conchitas al mar como si estuviera tratando de resolver un antiguo enigma que nada ni nadie podía entender, como tampoco lográbamos comprender sus manías, recién incorporado a nuestro grupo en la zapatería, ni ese afán enfermizo de mentir o inventar historias inverosímiles. A decir verdad, a nosotros nos parecían invenciones, pero después, conociendo el mundo de Ruperto, nada podía llamarnos poderosamente la atención, más aún, si fue sacado de la desembocadura del Río de las Minas semiahogado, con más de diez litros de agua e inmundicias ocupándole el esófago y obstruyendo las vías respiratorias. Había tenido la ocurrencia de lanzarse desde la calle Zenteno, en la parte alta de la ciudad, arrodillado al interior de un barril de vino cortado por la mitad y con una especie de rastrillo de madera sirviéndole de remo. Quería llegar a la boya que se divisaba unos quinientos metros mar adentro. Se lanzó en pleno invierno, en una de las mayores correntadas de los últimos años. Fue lógico que apenas iniciado el descenso su barril saliera dando tumbos contra las estacas del río y Ruperto desapareciera tragado por las aguas. Como habíamos sabido por su padre de su temprana salida con un tonel a cuestas y sin destino conocido, tuvimos la feliz ocurrencia de ir a la playa. En la des-

embocadura alguien divisó un brazo en alto que llevaba el tatuaje de su antigua mascota, así que conseguimos un bote y logramos sacarlo a duras penas, haciéndolo revivir para consuelo nuestro y desgracia suya. De ahí que para nosotros la vida de Ruperto fuera una suerte de caja de Pandora invertida: íbamos extrayendo pequeñas historias, que como por encanto, aumentaban de tamaño y que intentábamos ensamblar, tratando de resolver un puzzle divertido que rara vez ofrecía soluciones. Pero, lo incomprensible era, precisamente, la carencia de fórmulas sacramentales. Podríamos nacer diez veces e invariablemente estaríamos escasos de tiempo e inteligencia para llegar a alguna conclusión.

No sabemos cómo empezó todo. Lo cierto es que una mañana de octubre, en que todavía caían lánguidamente los últimos copos de nieve sobre una Punta Arenas adormecida, Ruperto Negrete se nos muestra como el atleta perfecto, digno de figurar en los catálogos de una agencia de turismo que ofrece pasajes rebajados a los juegos olímpicos de Japón, al que han ubicado en el ángulo superior de un papel couché cual símbolo de la estampa varonil, del moderno centauro magallánico que trasciende las cuatro estaciones y se asoma con cierta timidez a un paradójico auscultamiento transcontinental. Entonces nos preguntamos cómo era posible que fuera colocado en las primeras planas de los periódicos alzando

una antorcha ennegrecida y lo titularan como el portaestandarte del milagro atlético nacional que iría a Tokio a ganar, no la tradicional medalla cobriza obtenida a regañadientes, sino una presea dorada. Sí, una presea dorada, que sería colocada en una especie de cripta y santuario que se estaba construyendo con piedra volcánica en la entrada del club Progreso. Allí, un cuadro de ribetes púrpura y granate serviría para enmarcar la medalla del renacimiento deportivo del país. Y resultó que Ruperto fue enviado a Santiago, gracias a las erogaciones voluntarias de los puntarenenses, porque todavía quedaba la selección final, cuestión de mero trámite: los tiempos cronometrados al mejor de los maratonistas de la capital excedían en más de treinta segundos los peores tiempos que Ruperto empleaba cada mañana, después de su quinto o sexto recorrido al aeropuerto. Al despedirlo estábamos algo emocionados, pero si mal no recordamos, nadie lo fue a dejar a la hora del vuelo. Se decidió que una pequeña manifestación en la zapatería era suficiente para expresar un deseo de triunfo que se nos fue haciendo patente. Es cierto que en un principio dudamos de su capacidad. Pensábamos que lo estaban utilizando para crear una especie de portento, algo así como una híbrida aleación de superclase y egolatría con escasas dosis de humildad y suficientes de estupidez. Se nos antojaba un fetiche de galán que aparecería en los consabidos álbumes infantiles,

con historias artificiales y retratos arreglados: sus padres lo tendrían sentado en las rodillas y una empleada consentida le estaría acariciando el cabello puntiagudo como si esbozara una profecía que tendría que cumplirse alguna vez. Esta vez, pensamos, ahora que lo veíamos con su maleta de madera terciada subiendo por calle Sarmiento una mañana descolorida de domingo, al aprestarnos a realizar el consabido paseo por Bories e internarnos a las doce del día a la obligada misa de la catedral. Le dijimos adiós, entre risotadas y empujones y nos miró como si estuviera muriendo de nostalgia, cuando todavía no paladeaba el cálido aire capitalino y ni siquiera era capaz de imaginar edificios de veinte pisos o tranvías eléctricos cruzando calles y avenidas o que el tumulto lo estaría empujando como si se bamboleara en una gigantesca gelatina, que fue lo que nos contó a su regreso. Porque retornó a los cinco días, más enflaquecido que nunca, con unas ojeras enormes, que nos produjo cosquilleos en la palma de las manos. Traía una fotografía del equipo de la Universidad de Chile firmada por el portero del Estadio Nacional. Nos dijo que allá todo era diferente, que el día de la prueba para seleccionar el cuadro olímpico, él se desvió por los senderos que llevaban a la cumbre del Cerro San Cristóbal y toda la mañana se dedicó a tirarles maní a los elefantes del zoológico, ya que nunca creyó que los elefantes existieran. Y nos dijo que los faisanes

y los pavos reales eran aves de un sueño olvidado y que las jirafas semejaban, desde lejos, las grúas del muelle Arturo Prat. Allí estuvo recorriendo un mundo de fantasía, hasta que la comisión del evento lo ubicó por un llamado telefónico del administrador a las ocho de la noche. Les indicó que al estar cerrando el zoológico había tropezado con un individuo, que en paños menores dormía plácidamente al lado de la pileta de las focas. Por supuesto, Ruperto Negrete fue borrado de las páginas del diario El Magallanes, que había dispuesto un suplemento especial impreso con una semana de antelación para ser colocado a la venta en toda la ciudad a precios populares. Lo mismo ocurrió con los programas radiales extraordinarios de La Voz del Sur, grabados hasta la saciedad con música de coros infantiles como fondo angelical, programas que debieron archiversarse como si se tratara del viejo cuento en el país del nunca jamás. Desde esa vez no supimos más de él -o al menos intentamos no saber-. Se dijo que alguien lo vio partir hacia los cerros del Club Andino trotando con esa mirada entre luminosa y perdida en un horizonte que nunca alcanzó, aunque, en ocasiones, en las tertulias que de viejos solemos tener en los oscuros salones del club Progreso, no falta quien llega a contarnos de madrugada, con voz aburrida y monocorde, que ha visto a Ruperto corriendo por la Avenida Bulnes detrás de un avestruz esmirriado y que los dos resbalaban a menudo sobre la es-



30

carcha, mientras la nieve tendía a confundirlos en una especie de extravagante y desolador abrazo.



EL VUELO

Bajaba a una velocidad sorprendente mientras a mi izquierda se sucedían sombras triangulares que imaginaba verdes y resplandecientes en un día de sol, y a mi derecha, las ventanas formaban una cadena de reflectores que pasaban como tren súper rápido, de esos que vi en Santiago y en los que vanamente traté de distinguir la fisonomía de algún pasajero. Alcancé a echar una fugaz ojeada al cielo que titilaba de estrellas muy lejanas e hice un ademán con uno de mis brazos como queriendo acercarlas y cual eximio trapequista tomarme de ellas y encoger las piernas para evitar el encuentro. Divisé a lo largo de la cuadra unas sombras blanquecinas que aparecían y desaparecían en un fondo oscuro y aceitoso. Imaginé qué desagradable sería internarse a esa hora en el mar con los pies descalzos y los pantalones arremangados, lo que constituía nuestro estilo de baño veraniego, de seguro que el frío traspasaría la médula de los huesos y los dientes rechinarían como la vieja trituradora de ripio que había en el barrio y a la cual



solíamos ir por las tardes, luego de las onces, disparando como Gene Autry y lanzándonos desde algún tablón con un saco vacío en la espalda como el Niño Maravilla. Las sombras blanquecinas jugaron ante mis ojos como cuentas brillantes que bailaban independientes unas de otras y que separadas no subsistirían. El busto de Prat se mostraba ahora más adusto y severo, tal vez reprochaba mi torpeza y sin duda me habría avisado si hubiera podido hacerlo, pero a esas alturas ya era un enajenado que pasaba a través de las sombras triangulares y los reflectores de la pequeña plaza, donde el pecho y la cabeza de Prat eran iluminados por una diminuta ampolleta de mercurio. Yo pasaba a través de mi reciente ingreso al Instituto Comercial, situado tres cuadras más arriba y que, indudablemente, (no sé porque pensé algo tan estúpido a esa hora: doce y cuarto de la noche) tendría que estar cerrado, lo que consideré de inmediato una imbecilidad, recordando que estábamos en vacaciones de verano, aunque con un frío endemoniado, frío que no estaba en condiciones de analizar, menos ahora, al sentir un pequeño calorcillo en la unión de la nuca y el cuello. Las manos se me humedecían con un sudor pegajoso, semejante a las jaleas preparadas por mi hermana y que solían no estar a punto. De pronto me veía viajando por el espacio entre nubes de hermoso



tono alodonado primero, y después, por entre un sinnúmero de cuerpos celestes, que no eran celestes como nos enseñaron en el colegio y como que sentí un poco de rabia, porque los profesores nos meten el dedo en la boca, aunque al fin de cuentas, no tenía demasiada importancia, ya que de nuevo iba bajando a la velocidad de la luz, la que pensé no era tan veloz después de todo, a más de cien por hora no creo que fuera, con mucho optimismo a sesenta y cinco, aunque igual sonreí interiormente por ser el más rápido del barrio y superar incluso a Jaime, que en pendiente lo considerábamos un bólido, sin embargo, el pobre quedó muy atrás con su rostro de estupefacción, casi diría de miedo, al verme pasar por un costado como una exhalación y hacerle una mueca despreciativa seguida de su sobrenombre, que era propiedad colectiva, patrimonio común de todos los cabros y al que agregué sebo y cebollento, para que, por un lado, adquiriera mayor sonoridad y por otro, sintiera más a fondo la humillación. Después, el primero, con el viento levantándose el cabello, las aletas de la nariz palpitando de excitación y temor al mismo tiempo, mientras sentía a mis espaldas, como voces subterráneas, murmullos casi de advertencia, pero a esas alturas era muy poco lo que me importaba, salvo no descansar hasta llegar a la arena y que sólo ella detuviera mi andar.



Sentía una felicidad inusitada al ver agrandarse las sombras blanquecinas que me atraían como una invitación a la casa de José a jugar a las cartas, comernos unos sándwiches y oír risueños el llamado de lista en clases marcando la enésima inasistencia, pero esta invitación parecía distinta, era una suerte de llamado imperioso, un deseo salvaje de ir dejando pavimento debajo y veredas a los lados, saltar las terroríficas manchas triangulares que nos infundían temor cuando pasábamos a pie y que ahora parecían esconderse en su propia oscuridad con cierto aire reverencial al notar que no era tan fácil asustarme, respetando mi paso que se les antojaba distinto. Era una invitación al olvido de los exámenes de marzo, a la cara agria de la vieja Antonia que cada día daba la impresión de querer encadenarme a los bancos con sus pretéritos indefinidos y pluscuamperfectos, era el olvido al ridículo que me causó Pancho al pegarme el papel higiénico en la fiesta de cumpleaños de Rosa y fui el hazmerreír por más de una semana, era renunciar al odio que sentía por Andrade, nuestro entrenador, cuando sin explicación me dejó fuera del equipo en la final de básquetbol. Nada de eso concitaba mayormente mi atención, más bien semejaban un zumbido de abejas pequeñas que volaban con rumbo desconocido. Me sentía inmenso, grandioso, como una estatua que vie-



ra en una revista alzando una antorcha con uno de sus brazos y hubiera querido que el tiempo se detuviera y la Avenida Colón fuera siempre, indefinidamente, en descenso, que esos blancos e intermitentes chispazos se alejaran cada vez que estuviera a punto de alcanzarlos, que toda la ciudad se inmovilizara con sus ruidos de autos y bocinas dentro y yo solamente me deslizara desde el cielo como un pájaro alado que se perdiera en el Estrecho, dejando atrás a Punta Arenas con su oscura tristeza de abanico. Pareció en un momento que me elevaba, que subía y subía por encima de los negros pinos, por sobre las paredes, ventanas, reflectores y que ellas detenían bruscamente mi carrera para iluminarme en forma descarada. Creí que subía como un volantín herido, indeciso, luchando por flotar, sabiendo su inminente caída, viendo a Andrade con su torpe sonrisa de consuelo al indicarme el lugar de la banca, los ojos pegados al papel higiénico que colgaba de mi terno nuevo, las arrugas como tajos abiertos de la vieja Antonia y, sobre todo, su tristemente irónica manera de entregarme la hoja del maldito examen. Luego me vi rodeado de preguntas. Veía zapatos, piernas, ojos inmensos que brillaban en la oscuridad, manos gigantescas que se estiraban hasta mí como queriendo atenacearme, me alzaron con cuidado queriendo llevarme no se a dónde. Entonces

le dije a Jaime que les dijera que estaba bien, que el taxista no tenía culpa alguna, que les daba las gracias a todos por su preocupación, que ya estaba bien, repetía como un autómata, aunque las costillas me salían por los lados formando puntas que abultaban el chaleco e instintivamente me cubrí con las manos recorriéndome un estremecimiento al ver mi pulgar derecho sin uña, pero que sólo tenía dislocado, viéndose cómico al revés. El taxista, solícito y enérgico, tiró fuerte quedando el dedo como siempre, lo que hizo que suspirara con alivio, porque por un momento creí que ya no podría tomar la taza de café como todo el mundo. Después, vino la normalidad. La gente se alejó comentando las imprudencias e irresponsabilidades de los niños, mientras José lanzaba una broma absurda para aquietar el nerviosismo. Tomé con mi brazo izquierdo lo que había quedado hecho añicos y nos fuimos lentamente, en tanto las sombras del Estrecho parecían reír mostrando sus dientes blanquecinos y separados. Pensé en la regla de tres simple, en los pluscuamperfectos, en que el lunes terminaban las vacaciones y en la forma de conseguir plata para arreglar la bicicleta antes de que llegaran los viejos de Santiago.



POR NATALIA SUPE QUE OCURRÍA

La primera vez que doña Teresa me dijo que llevara las empanas el domingo por la noche no me pareció extraño, así que le dije a mi madre que a las ocho entregaría el encargo acostumbrado. Ese día hice lo usual: por la mañana fui a la misa de doce, dimos el rutinario paseo por calle Bories y durante el almuerzo Pablito vomitó de nuevo los detestables tallarines blanquizcos. Por la tarde estuve tres horas posado en el árbol mirando como pasaban veloces las nubes rumbo al Estrecho. Imaginé que algún día me cogería de sus bordes y traspasaría, no sólo el mar adyacente, sino que llegaría a lugares tan remotos que únicamente el sueño podría describir. Con catorce años auestas el mundo todavía era una bola enorme y candente que se alejaba demasiado de mis pensamientos. Todo me quedaba grande y el espacio emergía como una mezcla de paisaje y vuelos desmesurados. Si pudiera conciliar mi soledad con el cielo tal vez volara, porque estábamos allí para lo mismo, aunque no supiera bien dónde residía la semejanza. Pero, la identidad se producía más por observación que evidencias concretas. Más tarde

descendí como siempre que me alargaba en mis sueños, somnoliento y prejuiciado por las reprimendas maternas. No era un acto que tuviera el beneplácito de nadie y a menudo debía tergiversar mis desapariciones con respuestas que la dejaran conforme.

A las ocho tomé la bandeja y antes que intentara golpear, la puerta se abrió incitante, con un halo de embrujo de repente descubierto. El vestíbulo estaba impregnado por un aroma de perfumes discretos y, por la entreabierta puerta del salón se apreciaban los viejos sillones enfelpados. Doña Teresa me pellizcó como acostumbraba invitándome a ingresar sin demora. Las luces fueron encendidas por una mano invisible y esos colores violáceos me otorgaron una visión inusual. Yo tenía sueños de colores vivos y brillantes, pero estas tonalidades brotaban de las paredes con una opacidad indefinida cubriendo el espacio de lúgubre vistosidad. Antes de que pudiera preguntar quedé solo mirando ese mesón delgado y esas repisas de madera repletas de botellas etiquetadas. Pensé en retirarme sin probables elucubraciones, pero una música suave y cadenciosa empezó a llenar el espacio desde una pieza interior. Confundido me apoyé con nerviosismo en el mesón y tamborileé dubitativo esperando que algo aconteciera. Sin que el tiempo me evidenciara su paso quejumbroso una figura sugestiva envuelta en un vestido azulado avanzó con pasos estudiados por

una portezuela lateral. Traté de observar inquisitivo y al intentar alzar la mano un gesto similar detuvo mi propósito. Ella misma descorrió con interminable lentitud unos velos superpuestos que cubrían su semblante y una mirada de brusca intensidad celeste me llegó a hacer daño. Más que la belleza de ese rostro subyugante me cautivó de inmediato la clara profundidad de unas pupilas indescriptibles. Me miró como si me preguntara de dónde venía y qué hacía perdido en la indiferencia de ese salón difuso. Yo estaba arrebolado y quería que ese momento de sublime confusión no acabara nunca. Deseaba eternizar esa corriente celeste penetrando en mis sentidos. *Ven, me dijo, acompáñame.* Y tomándome de la mano me llevó por largos pasillos en tinieblas. Móviles sombras daban la impresión de entrecruzarse a nuestro lado y ojos fulgurantes me guiñaban complicidades desafortunadas desde todos los rincones. Un gigantesco gato blanco se atravesó entre mis piernas haciéndome caer, pero ella se volvió sonriendo y dulcemente besó mis mejillas con unos labios húmedos y absorbentes. Cuando creía que aquel camino sería infinito una puerta verdosa surgió al final del estrecho pasillo. Nos detuvimos silenciosos y ella introdujo una llave pequeñita en la cerradura de metal. Con medida impaciencia seguí sus pisadas. Tanteó la pared en la oscuridad y presionó un interruptor. La habitación descubrió una densidad reducida dentro de una atmósfera

irreal. Gruesos cortinados púrpuras enmarcaban una ventana de tamaño regular. Una cama de bronce ocupaba las tres cuartas partes del cuarto donde un espejo de medialuna mostraba mi apariencia deslumbrada. *Me llamo Natalia*, susurró y tomándome de los hombros me hizo girar hasta quedar a la altura de sus ojos indefinibles. Sonriendo me dijo que mirara la calla mientras regresaba del baño. Contemplé el puente de concreto y el brillante deslizamiento de las aguas del río. Un par de borrachos se perdía abrazados por un recodo al tiempo que el extraviado graznido de una gaviota remecía la quietud de una noche diferente. Por un reflejo del vidrio ví que Natalia ingresaba en puntillas y antes de volverme la penumbra llenó la habitación. *Acércate*, escuché en las sombras y sentí su mano tibia presionándome los dedos. Situado en un profundo desconocimiento de las distancias no podía calcular qué hacía perdido en ese sitio sorpresivo. De pronto escuchaba palabras incomprensibles en mi oído seguidas de caricias que impulsaban a un atrevimiento indeseado. Hubiera querido que la luz llegara aclarando ese panorama indescifrable. Deseaba encontrarme en esas pupilas de limpias dimensiones que acarició mi soledad en el salón. Pero, estaba anonadado tanteando en la oscuridad mi propia búsqueda de un encuentro tardío. Como naufrago de mis palpitaciones me veía llevado a un pozo sin fin de nerviosas sensaciones. Anhelaba a esa mujer que

tocaba desordenado, pero a la vez confundía el mero acto físico con un deseo escondido por un complemento espiritual ausente. Pretendía llamarla desde el fondo de mis palabras equívocas y escuchaba su respiración ascendente en mis orejas como un ruego complaciente similar a una letanía de promesas desconocidas. Se cruzaban por mi cabeza sonidos de pájaros, visiones de palomas cayendo a un vacío infinito, ruidos de vehículos encadenados en un carrusel de sinfonías desafinadas. Aparecían los antiguos títeres juguetones sobre un escenario destartalado de la escuela Yugoslava y aplaudíamos jubilosos, enternecidos hasta las lágrimas por la injusta muerte de una princesa de hermosas mejillas sonrosadas. Yo besaba esos labios apasionados en medio de alocadas carreras por basurales deshabitados. Tocaba los senos de Natalia erguido en una cancha de fútbol solitaria donde ambos nos mirábamos sin reconocernos. Ella agitaba su cuerpo deseando una entrega compartida y llamándome con una especie de quejido debilitado por la espera. Pero, yo veía docenas de banderitas y serpentinas colgando del cielo raso de un gimnasio, bicicletas que pedaleaban vacías por una calle inconclusa, niños que impulsaban con los dedos un globo gigantesco, hasta escuchar el llamado de mi madre por la endeble puerta del patio de mi casa. Desde mi propio cuerpo frío y estrechado sentía una porfiada ventisca penetrante azotándonos desnudos sobre la escarcha. Nata-



lia se inflaba como si una pequeña bola de nieve fuera arrojada desde el cerro y yo esperaba a orillas de la playa ser arrollado por esa mole blanca cuyo único punto definido eran sus celestes ojos fijos punzándome el cerebro. Sentado al borde de la cama apenas atiné a escuchar el chasquido del interruptor que evidenció mi vergüenza incontenible. Natalia, la de pupilas parecidas al cielo, me pasaba los dedos por el pelo. *Esto ocurre a veces. Y es normal*, me dijo tiernamente.

Yo me tomaba la cara con las manos y lloraba, perdido en ese mundo incomprensible que me dejaba atónito, contemplando la soñada desnudez de Natalia.



LA BUFANDA BLANCA

La bufanda tenía dos particularidades: era larga y blanca. De estas dos características Pedro podía ufanarse. Cada vez que salía de compras o visitaba algún museo su bufanda relucía por las viejas esquinas donde hombres opacos lo veían pasar envueltos en sus oscuras y cortas bufandas. Pedro pasaba por el lado o en medio de ellos vanagloriándose de su nueva bufanda blanca. La sacaba de su cuello y agitaba despectivo en un lento movimiento circular, que echaba hacia atrás, temerosas, las cabezas de hombres y mujeres. La bufanda de Pedro revolucionó, en cierta medida, el estilo de la ciudad, la que como pocas del país estaba plena de presagios oscuros, de lluvia y viento sofocante. Quizás por ello la gente se arropaba tanto y cubría parte de su rostro escondiéndose de los elementos. A veces uno que otro transeúnte, por olvido, salía a cara descubierta y no era extraño hallarlo tirado cuan largo era sobre las veredas heladas con las manos aferradas al cuello como el último deseo de vivir. Por eso Pedro no quiso marginarse de los habitantes cuando llegó de tan lejos y luego del primer día compró la única bu-



fanda blanca que nadie jamás quiso comprar, sin que se tuviera claro el por qué. Simplemente era un tácito acuerdo ciudadano, pero Pedro cometió lo que se consideró por la mayoría, una trasgresión irreverente. Por lo demás una bufanda blanca sobre un fondo blanco constituido por la nieve les significaba una irreligiosidad, de ahí que se decía que el contraste debía primar, sobre todo. Se le comunicó a Pedro que no cambiar la bufanda equivalía a romper el mágico encanto del paisaje, cuya monótona contradicción blanquinegra se vería rota por su osadía. Pedro sonrió, la gente no. Lo miraron con odio. Lo remiraron y se fueron reobservándolo a medida que se alejaban de espaldas. Pedro sintió algo de temor al quedar solo en medio de la plaza, se tocó la bufanda alrededor del cuello y contempló los árboles blancos de nieve que empezaban a gotear sin aviso. Examinó el cielo, donde las nubes cambiaban rápidamente su apariencia a oscuras tonalidades mientras una suave y negra nevazón iniciaba su caída sobre las calles de la ciudad. Pedro sintió tanto miedo que sacó su bufanda arrojándola lejos, pero la nieve se hizo más espesa y cuando su mirada no distinguía ni los árboles, ni la catedral, ni el quiosco de la plaza, tuvo un inesperado momento de lucidez. Corrió hasta donde había botado la bufanda, la lanzó hacia la rama de un árbol que tanteó bajo la nieve y al anudársela al cuello y balancearse débilmente, las nubes se tornaron blancas, los ár-



boles emergieron húmedos, pudieron verse desde la plaza los edificios del centro, las campanas repicaron con alegría, dóciles y sumisas, y una suave nevada cayó tristemente sobre el cuerpo de Pedro que pendía de su larga bufanda, que ahora sí era negra.







EL VENTANAL DE LA DESOLACIÓN

I

La figura de Darío se recortaba delante de los amplios ventanales del living. Sus contornos se delineaban fijamente sobre un paisaje desolado que cansado brillaba en la distancia. Sus hombros parecían tener un peso de siglos y sus largos brazos pendían sin vida como si de pronto se hubieran paralizado. Sentado en una silla, con las piernas extendidas, tenía las pupilas puestas en los pequeños arbustos que el viento llevaba a regañadientes de un lugar a otro de la pampa. Una arena calcinada se perdía indefinida en la distancia y por los costados de los ventanales se vislumbraban algunas rocas gigantescas constituyendo lo único sobresaliente en un cuadro cuyos marcos estaban al alcance de sus manos. Su madre hojeaba nerviosa las páginas de una vieja revista, sin atreverse a romper la estática contemplación de Darío. Cada tarde, cuando las incipientes sombras de un atardecer que, siendo perpetuo, se diferencia de la noche por la sorpresiva oscuridad con que ésta comienza a vestir la tierra y los arbustos, Darío se

sienta en la misma silla, frente al mismo ventanal y observa el eterno paisaje que dibuja su insondable soledad bajo un cielo ennegrecido y mudo. El padre de Darío ha muerto ayer, pero pudo ser hace un año o podría morir mañana de estar vivo hoy. De cualquier manera, Darío estaría en su lugar acostumbrado. La madre solía decir a su padre que lo llevara a la ciudad, que las mañanas cobraban un vistoso colorido que no encontraría jamás en el paisaje, que había mujeres y niños y las calles se llenaban de ruido de bocinas y largos edificios pintados. Ella hablaba entusiasmada queriendo transmitir un anhelo que Darío desechaba apenas brotaba en sus labios. No obstante, su desinterés a veces acompañaba a su padre a hacer las compras a la ciudad. Pero su incomodidad era manifiesta. La pequeña y desgastada camioneta parecía disculparse ante el reluciente brillo de modernos automóviles, y el aspecto de Darío, con su vieja casaca de cuero raído y los bordes de las mangas desteñidas, llamaba la atención de las muchachas que, cuchicheando, reían de soslayo al verlo pasar tímido y cabizbajo. Era innegable que Darío no estaba en su elemento y ello su padre lo notaba, por eso apresuraba las compras y retornaban lo antes posible. Para Darío, la ciudad era el pálido bosquejo de una fotografía que sólo se movía por las piernas yendo y viniendo en una sucesión absurda y monótona. Bien miradas las cosas su ventanal ofrecía mayores atractivos.



El padre de Darío ha muerto ayer a la edad de cuarenta años. El tiene quince y su madre bordea los cuarenta. Desde hace diez habitan la vieja casona de madera. Darío tiene un recuerdo hermoso de los primeros días en que llegaron a la pampa. Desde un principio llamaron su atención las enormes piedras alzándose a los extremos de unos grandes ventanales que observó maravillado cuando entró a ese cuarto de estar vacío y en penumbra. Los débiles rayos de sol que empezaban a escaparse por los marcos oscuros permitían ver las múltiples pelusillas danzando en el aire. El polvo que elevó sus pasos al ingresar a la habitación le dio un aspecto de magia candorosa que recubrió su figura de una aureola que las sombras comenzaban a tragarse. Aquella vez también su madre estaba tras su figura que contemplaba embelesada la caída de la noche repentina, mientras el padre, con su trajín infatigable, iniciaba las tareas domésticas que siempre lo caracterizó y que lo acompañarían hasta la tumba. A los pocos días el hogar cumplía su papel de tal: la casa había renacido de las cenizas de un tiempo taciturno y de nuevo era albergue para los seres vivos. En la escuela, situada a unos kilómetros, Darío conoció las primeras letras e hizo de sus palabras un silabario de mutismo que lo fue aislando de sus compañeros. Iba y venía solo, como si el camino se hubiera hecho para él y los arbustos que la tarde desparramaba por la tierra desolada fueran su

única compañía y, casi sin que los padres se percataran, Darío iba siendo confesor de su propia indiferencia por el mundo adyacente.

Las cotidianas labores las realizaba como un autómatas diligente: las hacía sin saberlo. Sus padres a cada momento tenían en los labios la palabra inquisitiva. Sus preguntas cruzaron repetidamente el aire y, distraídas, se posaban en un largo horizonte que visualizaba sobre arbustos y pequeños pastizales creciendo a tristes intervalos. Cuando la noche recubría los cristales con su manto negro y frío, Darío respondía que todo estaba bien, y sonreía con benevolencia. Luego se iba a dormir como si todo fuera normal. Y es que para él la vida se detenía en aquellos atardeceres y sólo a través de los arbustos que iban y venían, de las grandes rocas mirando mudas el cielo, podía sentirse realmente vivo en su contemplación. Para Darío ser el espectador de las primeras sombras en un paisaje eterno constituía parte de la existencia misma y ya nunca podría dejar de verlo, porque se veía a sí mismo. Los padres de Darío hicieron lo posible por hacer de él aquel niño travieso y juguetón que llegó a su nueva casa y que, bruscamente, detuviera su vida en la inmensidad de una habitación desierta que abría sus ojos a un paisaje desolado. Lo llevaron a la ciudad y el doctor Márquez les dijo que físicamente estaba bien, que su apetito era perfecto y que sólo se trataba, quizá, de un momentáneo estado depresivo que se iría tan rá-



pido como su aparición. De aquella visita, hacía diez años. Ahora el padre de Darío había muerto sorpresivamente y lo que extrañaba a su madre era que el indiferente rostro de su hijo no denotara la menor tristeza. Durante la misa se limitó a espantar una mosca, que incansable intentaba posarse en el mentón de su padre. Darío esperaba que revoloteara encima de la urna para darle un corto y seco golpe que pudiera atraparla. Un chasquido atrajo la atención familiar y la del cura, quienes con gesto de infinito reproche volvieron la vista hacia su mano posada en la barbilla del cadáver. Bajo su palma la mosca había perdido en su juego rutinario. Luego, un tío los llevaba hasta la chacra en su camioneta y con un *tengan fuerzas* se despedía presuroso bajo las primeras sombras cayendo entre las rocas situadas a ambos lados de la vieja construcción. Darío tomó de un brazo a su madre y encaminándola a la casa por el corto sendero entre el portón y la puerta de entrada le dirigió una sonrisa de sublime dulzura que ella no supo interpretar y que la llenó de una súbita emoción. Sin embargo, después Darío se instaló en su silla habitual y con los brazos extendidos a los costados del cuerpo se dedicó a contemplar la noche como si el mundo hubiera desaparecido.

II

La mujer remojaba la ropa en una artesa amarilla y de vez en cuando detenía su labor para colgar de unos alambres camisas y pantalones. Al prender la ropa con los ganchos se arreglaba un poco el pelo canoso sujetándolo con un pinche y mirando de reojo hacia los ventanales donde su hijo ocupaba su lugar acostumbrado. En seguida sus movimientos eran más rápidos y enérgicos. Sus manos se movían con mayor velocidad y a medida que tendía otras prendas de vestir, observaba el cielo en un gesto reverencial en tanto las sombras nocturnas bajaban con tranquila suavidad sobre el horizonte, los arbustos mecidos por el viento y los pequeños pastizales intercalados. La madre de Darío entraba a la casa a toda prisa y afanosa frotaba sus manos sobre la descolorida estufa encendida. Miró la espalda de su hijo y se dispuso a calentar agua para servirse una taza de café. Luego, en silencio subió las escaleras en busca de su dormitorio. En la habitación hurgó en un oscuro baúl los juguetes del hijo y los fue amontonando con cariño en el antiguo piso de tablas. Había un muñeco de trapo con la nariz colorada parecido a un payaso, un pájaro de madera con la cabeza trizada y vuelta a pegar, un tren amarillo también de madera, un piano diminuto de color azul claro y al que faltaban un par de teclas intermedias, una pelota roja con puntos verdes que

rodó bajo la cama y, por último, un muñeco de goma con la cabeza reclinada sobre un hombro y los brazos caídos a los lados en una evidente actitud de indiferencia y extraño embeleso en la distancia. La madre de Darío alineaba los juguetes de diferentes maneras. Al muñeco de trapo, cuyas desarticuladas piernas le impedían erguirlo, lo apoyaba en una pared y lentamente se doblaba sobre sí mismo hasta quedar de bruces en el suelo; hacía girar la pelota con una de sus manos para que diera vueltas interminables hasta que forzosamente se detenía bajo la cama; por lo general el pájaro era colocado sobre una silla y empujado en su pequeño pedestal, daba la impresión de mirar a los demás juguetes con gesto somnoliento. Con el dedo índice derecho presionaba muy suave una tecla del piano y un cristalino sonido musical inundaba la habitación rompiendo el silencio sombrío que bajaba desde el cielo encerrando el cuarto en la penumbra. Luego guardaba los juguetes en el oscuro baúl y se recostaba en la cama sin desvestirse.

Cuando el frío de la mañana rozaba las ventanas del cuarto, la figura de Darío semejaba copar las alturas en un repentino vuelo. Al menos así lo veía su madre situada a su espalda al recibir la majestuosa entrada del día por los rincones de la casa. Como saliendo de un sueño fulgurante, Darío abría sus brazos en un gesto cotidiano, señal de término a su vigilia y orden de un pronto desa-

yuno. No había preguntas. Cada cosa era efectuada con una rutina secular. Los años enseñaron al espíritu materno que las preguntas habían muerto el mismo día que Darío comenzó su mágica contemplación. No obstante, ella creía comprender, al menos se esforzaba en hacerlo, y su corazón le decía que los días de su hijo ya no eran una sucesión monótona y cansada, que aquella aparente fuerza irreal proveniente del paisaje no era una atracción maligna ni producto de un impulso demoníaco.

Sentados a la mesa, la conversación entre ambos se reducía a unos cuantos monosílabos invariables y repetitivos.

-Todo está bien madre. Todo.

-Si hijo, todo está bien.

-Los arbustos han rodado secos esta mañana, madre.

-Si hijo, los vi rodar desde mi ventana: están secos. Ha habido poco viento.

-Muy poco -repetía Darío. -No hay grandes cosas que puedan pasar. No las hay, al menos por ahora.

Luego Darío desaparecía y llegaba cuando la tarde iniciaba su camino nocturno. Cada día era exactamente igual al interior. Sin embargo, ambos sabían, sobre todo él, que alguna vez ocurriría algo. Fue en una de aquellas mañanas que tuvo un brusco sobresalto mientras se hallaba en su silla. Al comienzo una sombra difusa apenas perceptible, se acercaba por la pampa cubierta de

arbustos y pastizales intercalados. Poco a poco la figura se iba haciendo humana ante sus ojos fijos y al detenerse a una veintena de metros, constató la joven apostura de un hombre que lo observaba sonriendo con las manos metidas en los bolsillos de un viejo pantalón. Un desgastado sombrero de ala doblada en punta ocultaba parte del rostro juvenil, pero de cualquier forma su padre era visible bajo la débil sombra que opacaba sus facciones. Llamó a su madre con voz trémula y al instante la sombra empezó a distanciarse como si se diluyera en el ruido persistente del viento cotidiano. -*Era papá*- dijo con voz profunda que pareció deslizarse por entre las tablas del piso uniéndose a la tierra. No fue necesario que su madre preguntara. -*Si hijo, era papá*- afirmó con igual entonación -*Ahora es papá definitivamente nuestro.*- Repitió con énfasis las últimas palabras como si en ellas se tradujera el sentido mismo de toda aquella interminable contemplación de Darío.

III

Desde esa vez Darío comenzó a sufrir también los rigores de un tiempo que le había sido ajeno. Hasta ese momento de sagrada observación roto por la brusca, pero esperada revelación de un hombre oscuro acercándose por la pampa desolada, Darío pareció ser detenido en su lógi-

ca evolución y sólo constataba el paso de los años por el blanco cabello materno y porque los árboles plantados con su padre alcanzaban la altura del techo de la casa. Quizás de no suceder aquella súbita visión los ojos de Darío habrían quedado para siempre adheridos a las sombras que la tarde dejaba caer lánguida sobre arbustos y pastizales frente a su ventanal. Pero aquella mágica detención de su piel y sus pupilas volvía a seguir las manecillas del reloj. Darío no lo comprendió de inmediato. Luego de la aparición de su padre ante los cristales pensó que se iniciaba recién una serie de acontecimientos que no se detendrían jamás, y que sólo le restaba asimilarlos hasta llegar a entender realmente el significado de sus largas contemplaciones. Sin embargo, empezaba a creer que las cosas tomaban un sentido natural y obvio. Natural, porque en los días futuros constató que la barba le crecía como a cualquier mortal de su edad y, obvio, porque de algún modo la revelación paterna era el fin o el inicio de algo que debía dilucidar cuanto antes. De aquel círculo vicioso de contradictorios argumentos concluyó que la respuesta la tendría frente a su antiguo ventanal y retornó a él con ansias desconocidas. Nunca había sentido necesidad alguna, pero ahora esperaba la tarde con manifiesto desasosiego. Antes accedía al ventanal impulsado por la maravillosa atracción del paisaje, ahora se transformaba en una especie de necesidad biológica que inevitablemente debía

ser satisfecha. Poco a poco los días se le fueron alargando. Tenía la impresión de que la tarde se negaba a llegar hasta sus ojos. Se impacientaba sobremanera a medida que observaba el horizonte durante la mañana: quería acercar las sombras nocturnas, deseaba que rápidamente cubrieran el inalterable claro entre las rocas gigantescas y aún así, el día no variaba. Sólo que Darío nunca reparó en ello hasta que sintió esa necesidad, una necesidad ficticia producida por una imagen que tal vez únicamente existía en su mente vacía de emociones, acostumbrada a los mismos y repetidos rincones. Quizás nunca vio lo que vio, a lo mejor su falta de motivaciones terrenales le hizo crear una compañía simbólica que lo sacara de su eterna abstracción. Pero no quería conformarse con sus propias respuestas. Ya era demasiado tarde. Algo debería ocurrir de nuevo frente a su ventanal, algo que, aunque tardara años en descubrir, esperararía inalterable.

IV

La madre de Darío murió casi sin que él lo notara. Su funeral fue idéntico al de su padre. Hubo de apretar la misma mosca que revoloteó sobre el cansado rostro y soportó indiferente igual miradas de reproche cuando el chasquido de la palma de una de sus manos terminó con el insecto

aplastado en el mentón materno. Otro tío lo dejó en el mismo camino de entrada a la casa y le dio similares condolencias. Darío lo escuchó lejano y extraño, como si la voz proviniera de un oscuro laberinto donde el sonido se perdía a medida que llegaba a sus oídos en un proceso raro e inverso. Después los días continuaron exactos, pero con aquella ansiedad que lo perseguiría siempre. Sus observaciones desde el ventanal, realizadas siempre al atardecer, se trasladaron a los comienzos del día y a medida que su pelo encanecía, prácticamente vivía en ese sitio. Calculaba las distancias con sus pupilas gastadas por el peso de los años. Cada vez sentía con menor intensidad el ulular del viento llevando los arbustos de un lugar a otro de la pampa, terminando incluso por creer que la brisa de la tarde no era sino el producto de su vaga inclinación a considerar que todas las cosas debían ser movidas por alguien o por algo y que, en definitiva, al dejar de creer en la omnipotencia del paisaje, el viento detenía para siempre una marcha carente de objeto.

Así, lentamente, Darío se fue muriendo, como si su paso por la vida fuera un soplo de sí mismo. Las tardes caídas desde el cielo como una anhelada bendición y vislumbradas una mañana infantil cuando maravillado se detuvo a contemplar las pelusillas que danzaban misteriosas al reflejo de los rayos del sol, ahora no le mostraban aquel influjo esperado y sus pasos hasta el ven-

tanal resultaban cada vez más pesados. Cada vez era mayor el tiempo que permanecía postrado en su silla con los brazos extendidos y el cuello doblado contra un hombro, con más insistencia su cabeza vagaba por días lejanos que ahora constataba siempre ausentes. A duras penas subía ocasionalmente al cuarto de su madre, abría el baúl donde viejos juguetes cobraban vida entre sus dedos nerviosos que apilaba con esfuerzo y terminaba guardándolos con sumo cuidado y veneración.

V

Una mañana surgió en la lejanía una figura. Darío se acomodó con dificultad en su silla acostumbrada. Esperaba que sus padres se asomaran a la luz de sus ojos en forma sucesiva. A una veintena de metros el hombre se detuvo. Miró con una extraña sonrisa la apostura de Darío. Por un momento pensó que su padre retornaba después de tanto tiempo, pero al apreciar de más cerca las facciones de ese hombre, sintió por vez primera en su vida odio por alguien: al frente estaba él mismo, contemplándose con burlona ironía. El hombre se acomodó el sombrero, se subió las solapas de su raída casaca de cuero y con las manos en los bolsillos, lentamente, dio media vuelta y comenzó a alejarse entre el ruido del viento azotando los arbustos sobre la pampa desnuda. Darío



sintió que los párpados se le cerraban en forma inevitable y, por última vez, dibujó en su mente el mismo paisaje al que, en silencio, se le desmoronaban las gigantescas piedras a medida que su propia sombra se iba diluyendo en el horizonte.



COLIBRÍ

A Sergio Hernández Carrión.

Escuchó un rápido aleteo y levantó la cabeza hacia la ventanilla. Bajo el cielo, recortado linealmente por los barrotes, un colibrí movía afañoso sus alas sin cambiar de posición. Como si volviera de un sueño esbozó una sonrisa mientras lo contemplaba. Por el rabillo del ojo se percató de su situación, del lugar que ocupaba dentro de una escena que el ave empezaba a tornar irreal. Un colibrí se hallaba parado en el cielo y él tenía miedo de romper con algún movimiento el equilibrio de su vuelo. Sin necesidad de volver la vista sabía que la puerta se hallaba a su izquierda, que la mesita y el sucio plato al frente y, que gruesos grilletes lo tenían aferrado a la pared. Evitaba hacer cualquier movimiento, el más mínimo gesto que rompiera el momento. Podía sentir su respiración agitada y el desusado golpetear de su corazón contra el pecho. Un colibrí había surgido por el foco de luz que penetraba por la ventanilla. Los escasos rayos de sol iluminaban el húmedo suelo adyacente a su ca-



mastro y un suave vapor se elevaba gradualmente desapareciendo de la claridad. Observaba ansioso al colibrí mientras sus manos se apoyaban al lado de sus piernas enflaquecidas. Todo su cuerpo se había contraído. Podía sentir la rigidez de su espalda, el estómago endurecido y los dedos crispados. El colibrí parecía escrutar la oscuridad con ávidos ojillos. La luz sólo dejaba entrever los pies descalzos posados en los ladrillos húmedos. La mano del hombre se levantó a duras penas en un gesto mudo y vago hacia la ventanilla que permanecía fija en la distancia. Movi6 los labios resecos e informes sin pronunciar sonidos. El colibrí se adelantó unos centímetros al interior de la ventanilla mientras movía graciosamente la cabeza hacia uno y otro lado. El hombre sintió que la garganta le dolía y gruesas lágrimas resbalaron con lentitud por sus mejillas mojándole la barba. Por su mente cruzó el tiempo como una ráfaga que se llevó sus años y sus sueños. Visualizó en el muro cientos de rayitas sosteniéndose unas a otras. De entre el vapor que levantaba el sol emergió su figura pulcra y sonriente. Se miró con detención para comprobar si de veras era él. Se reconoció por un colibrí dibujado en su polera de estudiante y que salía del pecho para contemplarlo desde la ventanilla, mientras la figura y su sonrisa se esfumaban junto al vapor. Fue en ese instante que escuchó su nombre al otro lado de la puerta y una voz dura señaló que era la hora. Alcanzó a ver la



pequeña silueta del colibrí perdiéndose contra el cielo al tiempo que se introducía una llave en la cerradura. Pensó que nadie era dueño de nadie y que su pensamiento no pudo ser encarcelado durante aquellos años. Por eso, cuando se lo llevaron por un largo pasillo, volvió la cabeza y le pareció ver al fondo, entre rayos de sol que emergían por la ventanilla de su celda, al colibrí que le estaba sonriendo.





MI DESEO DE VOLVER

Sí, me llamo Bernardo y, cosa curiosa, este nombre no produce ninguna alteración en mi piel, ni siquiera siento necesidad de mirarme el rostro en un espejo. Creo que pude llamarme de cualquier forma y todo hubiera sido exactamente igual. Si uno supiera que un nombre puede tener tanta relevancia histórica a lo mejor podría darse un tiempo de elección, así la impresión de unas cuantas letras reunidas estaría acorde con su importancia personal. Pero, repito, lo de mi nombre es sólo cosa del azar, a lo más un capricho maternal o, por último, una decisión precipitada. Es lógico, entonces, que empiece por mi nombre. En cuanto a apellidos me parece inoficioso tenerlo y esto no significa, en modo alguno, renegar de mi condición, después de todo un apellido no hace al hombre. Como consecuencia de mi identificación a medias estoy echando un vistazo a mi futuro y créanme que, si bien en algo me complace verme de rigurosa vestimenta en cuadros que adornan algunas oficinas, no es tanto como pudiera pensarse, ni tampoco me produce plena complacencia contemplarme en el centro de una plaza, máxime



si mi poco agraciada figura se ha desvirtuado en exceso. Esto dicho a manera de crítica algo velada tiene sus explicaciones, pero ha de ser materia de sesudas biografías. Me interesa, en este momento, una cosa, entre otras, y es dilucidar el por qué de mi actual ubicación en esta pieza oscura, repleta de signos equívocos y aromas que me han hecho retornar levemente hacia un pasado casi nebuloso. Me es lícito preguntarme por el color de mis dedos a una hora en que muchos se peinarán en sus respectivos dormitorios mientras otros redactan hermosas misivas de amores clandestinos. Pero, me importa sobremanera, reconstituirme, y en eso no hay dos opiniones divergentes en mi interior. Claro, podría pensarse que a estas alturas es cosa de locos mirarse los dedos y no reconocerse, no entender el colorido de las uñas ni la graciosa postura de las arrugas cuando el meñique se flexiona. Creo que, precisamente, en situaciones como éstas el hombre se sacude de sí mismo y es capaz de entender algo más, aunque en el fondo siga sin entenderse. Y repito, esta posición casi geográfica, elemental, y un tanto disparatada en su sentido ontológico no deja de causarme una cierta desazón. Porque está bien que tenga que partir. Lo entiendo. Está bien que de pronto el día se me nuble y los rostros que se dibujan débilmente en las paredes cambien de continuo sus tonalidades, después de todo deben ser consecuencias previsibles de mi estado. Lo que no me es tan fácil de



aceptar es esta ridícula postura horizontal sobre una cama húmeda y no porque esto sea anormal. El problema radica en que siendo usual como lo es mi nombre, me acontezca lejos de mi verdadera habitación, porque uno sí debería elegir su destino, o es más, debería tener la suficiente fuerza interior como para salirse de sí y tomar el sitio y pieza que legítimamente le corresponde. No es que tenga temor por algo que todavía no acontece. El temor como cuestión reflexiva pocas veces se ha posesionado de mis pensamientos y no es, precisamente, lo que más me incomode. También sería absurdo negarlo, pero qué importancia puede tener cuando uno siente que su cuerpo está siendo transportado por un espacio ajeno. Por supuesto, mi sentido americanista, mi deseo de deslindes infinitos parecen contradecir estas elucubraciones que podrían tomarse como los últimos desvaríos de quienes inevitablemente han de partir. Pero, créanme o no, ser desarraigado de un ambiente natural que el ojo, la pierna o la espalda reconocen como parte de sus materialidades resulta algo a lo que es imposible contraponer la más mínima lógica ni la más cuerda lucidez. Yo estoy aquí, lejano, apenas un minúsculo soplido de mí mismo, palpitando entre los resquicios de esta extraña habitación, sabiendo que mis pupilas se obnubilan gradualmente y mi corazón palidece de angustia y se me aleja, no porque desee su partida ni quiera dormir para siempre: sólo se va



hacia los álamos, trota como un niño por caminos polvorientos, se arropa avergonzado y tímido en el patio de mi casa e indeciso sube hasta los cerros llovidos donde pájaros inquietos trinan su canto de antiguas humedades. Yo no puedo luchar contra mí. Quizás la única vez que pierda en definitiva sea contra este enemigo implacable que me lleva a los claros laberintos de mi pasado, que se arrodilla reverente ante mis pantalones sucios y se vislumbra receloso entre las gruesas puertas de un granero. Ahora que puedo verme sobre el horizonte constituido en ejemplo de hombres y ciudades, que lienzos azules cruzarán las calles encima de relucientes automóviles llevando mi nombre sin importancia de una vereda a otra, que los niños sacarán sus banderitas de papel saludando mi mirada como brecha interminable, que constato haber sabido lo que sería después, que tendría cada mañana un retrato en las escuelas, que los libros recogerían mis frases triviales y las importantes serían desconocidas o habría un pobre indicio de ellas, tal vez una leve intuición de lo no dicho, de lo que en ocasiones quise decir y murió a medio camino. Ahora, que puedo reconocermé pálido y somnoliento, con la mirada retrospectiva balanceándose en un océano de sombras, siento que mi corazón no podrá volver, que ha quedado atrapado en los inalterables paisajes de mi tierra, que se ha desnudado para siempre y su presencia se ha hecho invisible habitando cada cosa, cada



rincón, y creo, sin temor a equivocarme, que he de pasear todas las mañanas antes que el sol salga y durante el día dormiré este sueño que ya me alcanza, que me está llevando y lo único que atino a decir es una palabra larga, una palabra que por mucho tiempo venía persiguiendo mis pasos y meditaciones, una palabra que es lo más real de esta muerte que me arrastra invencible, pero que no puede acallar la tristeza de mi lejanía y que, sin embargo, a pesar de todo, es mi último y definitivo contacto con mi pueblo.





EL PRÓLOGO INFINITO

A Pacían Martínez E.

Se le encargó un escrito con relativa urgencia. Más bien fue una petición que tendría una respuesta prudencial. Se trataba de un prólogo, aunque en esencia, fuera una especie de rogatoria que el autor necesitaba imperiosamente. Se le dijo que de no concretarse se archivarían originales y que la editorial cobraría una cantidad estimativa por daños al tiempo y gastos de palabras e intenciones. *Las cosas son en su momento*, le afirmó el gerente. *Si llegan después tienden a caer por una pendiente de la que no regresan*. El autor lo miró a través de la distancia y arguyó para sí que aquel prologuista exageraba en demasía. El teléfono se le antojó una barra de plomo conectada a un cable que se pudría con excusas y disculpas. *Después de todo no es su obligación*, se dijo pensativo. *Pero, si su moral existe habrá de roer su conciencia un aguijón dudoso*, contestó su dualidad. *En la vida, como en el tango de Gardel, hay vacíos imposibles de llenar...* Tal vez no encuentra las palabras. Pero, es raro, a me-

nudo lo había visto arrojar vocablos sobre la mesa sin esfuerzo premeditado. Entre la espontaneidad y la creencia verdadera hay un trecho que no se cruza en un instante. *Sí, es verdad*, reafirmó su yo descontento, que ya se preguntaba y respondía sin réplica del otro intermediario, conforme y paciente. Ese imperturbable y tranquilo poseedor de la fantasía con causa que ahora veía -y que denominó como "el prolongador"- subir y bajar escaleras, que atisbaba curioso tras una puerta entornada por donde lo veía llenar incontables hojas y mecanografiar hasta la saciedad. El "prolongador" lo miraba sin verlo y tosía con disimulo como si de pronto espantara con el puño un acento mal puesto o una coma disociatoria. Lo veía romper carillas con la premura invariable que empleaba al escribirlas. Por las tardes, cuando la oficina descubría su soledad, "el prolongador" hacía avioncitos de papel y arrojaba a la vereda tributos a grandes narradores, imagerías de todos los escritores leídos y por leer y, si el autor, meditabundo y sonrojado, le increpaba su tardanza, el prototipo del prologuista insatisfecho, lo miraba entre la duda y la esperanza: *se va, se va, se fue...* repetía como en sueños. Así, transcurrieron los meses sin premura, con la invariable fortuna de saber un resultado previsible, con lo que el azar se transformaba en un juego sabido. El yo impaciente del autor rompía copias de su obra y golpeaba furibundo a sus personajes encerrados en su habitación de castigo.

No saldrán de aquí, los amenazaba, indicándoles con su dedo sentenciador. *El día que “el prolongador” restrinja nuestra espera... es posible, pero como la utopía no llena la esperanza, puesto que ambas se tocan en el mismo punto de partida y de llegada, estamos condenados... definitivamente condenados a esperar eternamente.* Los personajes saltaban de sus páginas y lo rodeaban amenazadores. El coro de voces era una maldición sofocante cada noche. *No volverás al fondo de nosotros, no volverás a escarbar nuestros destinos... repetían uniforme como si lanzaran dardos de ocio sin sentido.* “El prolongador” aseguró un día que el escrito rogativo había sido terminado y que una paloma mensajera de alas violetas y pico colorado traía la buena nueva del mensaje elucubrado por años de duda manifiesta. La espera, sin embargo, había encanecido las sienas del autor que deambulaba por pasillos y tocaba las paredes de su habitación esperando siempre la respuesta de un eco que tardaba demasiado. No obstante, los personajes se escudaron en sus páginas, somnolientos, arrepentidos apenas de haber tenido padre y, cuando el ruido de un sobre desgarrado reprodujo las conceptuosas palabras del prologuista, el autor recobró su identidad. Se unificó su yo definitivo y el cabello retomó su oscura apariencia. Los personajes sonreían siniestros como si estuvieran dándose la mano con el prologuista -al que nunca conocieron- y que supo vengarlos antes de su nacimiento.





CUANDO LOS PÉTALOS CAYERON DEL AROMO

*A Jerónimo Pérez Aravena,
desaparecido el 29 de junio de 1985 en San Javier.*

Tú sabías que yo quería cazar zorzales mamá, zorzales y conejos, y que esa mañana el cielo estaba gris y dudé varias veces antes de salir. Yo sabía que Pancho y Mariano me esperaban en la casa de Rebeca, que estarían allí a las siete y media, pero igual me quedé dándome vueltas en la cama y me puse a mirar a Rosita que sonreía pegada a mis costillas. Si tú recuerdas mamá te grité desde el dormitorio que Rosita había crecido y después fui repitiendo suavemente ese crecimiento mientras tomaba sus manos pequeñas y las acariciaba como si fueran de juguete. Yo recuerdo que miré de nuevo el cielo mamá, un cielo cargado de nubes que llenaban todo y sentí, de repente, que un escalofrío subía despacio por mis tobillos, entonces me arrojé hasta el cuello bajo las frazadas y olvidé por un momento la rotura de las ven-

tanás y que ese viento helado de junio entraba a cada rato por las tablas de las paredes y hasta me pareció escuchar desde muy lejos la voz de papá que iba declinando hacia un abismo en su eterno sueño de arreglar el techo y las paredes cada invierno.

Tú no sabías que yo andaba por la línea del tren mamá, contando los durmientes como si fueran peldaños de una escalera infinita. Y tampoco sabías que me gusta imaginar que subo al cielo por ellos y que no me cuesta, que me resulta fácil poder si yo lo quiero. Debo decirte que zorzales no había mamá. No había zorzales. Y es extraño que te lo diga ahora, pero jamás logré cazar pájaro alguno y pasé tardes enteras espiando sus vuelos desde el gallinero para acabar tirando piedras que nunca siquiera los rozaron. Es raro, pasaban veloces como si algo muy hermoso los persiguiera siempre y creo que deseaba equivocarme mis piedrazos alocados para que jamás un pájaro cayera herido entre mis manos.

Tú no sabes que se me pierde el sueño ahora madre, que ya no sé distinguir el beso que me diste en la puerta ese sábado sombrío. Tú no sabes que cuando llegué a la casa de Rebeca, Mariano y Pancho ya habían salido, y que se fueron por la línea, me dijo Rebeca, con los dedos restregándose los párpados cerrados. Y no sabes que yo salí detrás como si todo el tiempo del mundo se abriera luminoso ante mis pasos y saltara zarza-



moras, cruzara el viejo puente apenas erguido en la penumbra y mirara esa escalera infinita, perdida en medio de la niebla. Entonces vi esos puntos azules, diminutos, vi las siluetas de Pancho y de Mariano, quizás no fueron ellos madre, tal vez creí verlos avanzar hacia mi cuerpo y llegar a mi lado sin notarlo. Quizás Pancho y Mariano nunca partieron al río esa mañana, porque crecían demasiado en cada parpadeo y me abrazaron de pronto con un abrazo diferente, raro y doloroso, y sentí que algo giraba en mi interior como si un espacio invertido me trajera de regreso a esta otra cama, a este camastro duro y frío madre, a este pedazo de piedra o de ladrillo por donde tristemente se escurre una humedad de lágrima contenida. Y ahora sé que no, que no eran Pancho ni Mariano, madre. Me costó mucho entenderlo en un principio, porque todavía recuerdo tu deseo, *que sería bueno un conejo este domingo*, mientras yo me iba corriendo apremiado por la hora, perseguido por la ansiedad veloz de un día que empezaba. Es que soy tan joven de repente madre, que morir sin verte ni mirarlos me parece un juego absurdo. Porque tú sabes que me hallo tendido en esta pieza oscura donde hay tantos como yo que cuesta distinguirme. A veces me pierdo en los ojos de los otros y siento que ellos y yo somos iguales, y apenas distingo en la memoria que a este sitio vine solo, creyendo que Pancho y Mariano se estaban divirtiendo a costa mía.

Tú sabes que era temprano esa mañana madre, pero no supiste que cuando barrías en el suelo otra esperanza yo me detuve a la vuelta de la esquina y sacudí por diez minutos un aroma para mirar la amarilla caída de los pétalos. Diez minutos mamá, diez minutos de pétalos que caen trayéndome un cielo amarillo entre las sombras. Si no hubiera estado el aroma en la esquina madre... Luego corrí seguido por mis pasos y llegué sofocado ante la puerta de Rebeca, pero se habían cansado de esperarme madre, *porque hace diez minutos que se fueron*. Y corrí de nuevo, allí corrí presintiendo que esos puntos azules creciendo en el horizonte aumentaban demasiado ante mis ojos. Y los vi enormes y ceñudos madre, pero no eran Pancho ni Mariano, sino unos hombres grandes y oscuros que me abrazaron de pronto como si quisieran asfixiarme. ¿Recuerdas el día que quedé colgando del chaleco en el ciruelo? Así me sentía en ese rato, intentando asirme de algo y manoteando impotente en el espacio. Y para que lo sepas madre, después de estos meses extraviados en nuestro calendario todavía creo que cuelgo del ciruelo y despierto asustado en medio de la noche, asustado y perdido en mi propia pesadilla. Me veo entonces, interrogándome en otros ojos, en estos ojos que como las pupilas almendradas del gato de la casa brillan empapadas de misterios y de dudas. ¿Imaginaste alguna vez que perderías mi mirada? Algo me dices que intuyes que no he

muerto. ¿Sabes por qué madre? Porque anoche soñé que me soñaste vivo y en tu sueño me veías tiritando de frío en esta celda. Yo no te quise despertar: no era justo que tu sueño se acabara. Sentí que algo muy grande nacía entre nosotros y que ningún abandono ni extravío, que ningún día perdido en estos días puede ser en vano. Aunque lo parezca madre, aunque yo haya visto de repente ante mis dieciséis años cómo estos hombres colocan algo rojo entre los rieles, algo rojo que anudan con cordeles, y recién ahora noto que definitivamente no son Pancho ni Mariano. Yo quise huir esa mañana madre, pero ¿cómo volver hasta el aroma? Luego he creído que era indispensable verme aprisionado, aunque no fuera bueno perderme entre tanto abrazo innecesario. *Tú no has visto nada*, me dijeron, madre. Y yo no sabía aún qué visiones serían las reales: si la mano de Rosita pegada a mis costillas, si tu beso pálido en mi frente humedecida o este dolor punzante que me atraviesa el pecho y la espalda. Porque, no me pidas que te diga de dónde viene este dolor madre. No lo entiendo. Me cuesta saber de dónde viene, aunque los ojos que me miran encerrados en el cuarto me han dicho un año y dado nombres, nombres que casi no conozco. Creo que de ese año viene este golpe sin sentido en mis espaldas y estas patadas al estómago que me doblan la esperanza. Desde que yo tenía tres años viene esta descarga aferrada a mis muñecas. Ahora lo sé madre

y apenas pueda verte te lo diré contento. Si, contento. Yo no tuve la culpa de nacer un día cuando tantas cosas morían con mi nacimiento. Y créeme que ahora es hermoso renacer a cada instante y aunque te cueste entenderlo este miedo que en tus sueños divisas en mis ojos no es el miedo nuestro, sino el otro, el otro miedo. De los que creí Pancho y Mariano creciendo por esa escalera infinita a ras de suelo y que regresa.

Si, ya sé que piensas que es injusto. Que no debí salir esa mañana, que un sábado de junio no es un día cualquiera en nuestras vidas, pero era necesario que mi sonrisa se viera rota por este manotazo. ¿Sabes por qué madre? Porque nuestra ciudad es una ciudad como cualquiera donde tantas cosas murieron hace años, cuando tú eras bella todavía y soñabas con un mundo nuevo que yo no conocía, y que noté una vez en la gruesa mano de papá sobre mi frente. Algo me empujó a detenerme en el aroma, algo que tú sabes bien de qué lado del cielo viene dando tumbos. Ahora entiendo ese ruido atronador que ayer escuchamos en la línea. Ayer fue viernes madre, ¿lo recuerdas? Estábamos sentados en la mesa y la virgencita de madera rodó con el estruendo para quedar de pie junto al brasero. No supimos de dónde provino más tarde ese silencio. Miraste por la cortina entreabierta y otras cortinas ya estaban descorridas. *No va a llover*, dijiste con los ojos puestos en el firmamento. Y yo me fui a dormir pensando en cien-



tos de conejos y zorzales huyendo despavoridos bajo el ruido nocturno.

Luego me he quedado atrapado contra el suelo, en esta helada mañana de sábado ceniciento cuando estos enormes hombres colocan una bomba, si madre, es una bomba en los durmientes, como las que hemos visto a menudo en los noticieros, y yo pienso en el aroma madre, en esos diez minutos que miré los pétalos cayendo desde el cielo, ¿y sabes madre?, ya no tengo miedo. Y ese miedo que divisa en tus sueños no es el mío madre. No lo olvides. Es el otro miedo. Ese que tiembla cuando aspira los pétalos amarillos que aún están brillando en mi cabeza. Entonces nada me duele demasiado. Ni este golpe que de nuevo viene hacia mi cara ni esos gritos desgarrados que atraviesan la muralla.

¿Y sabes madre?, creo que empiezo a comprender por qué sacudí el aroma esa mañana.





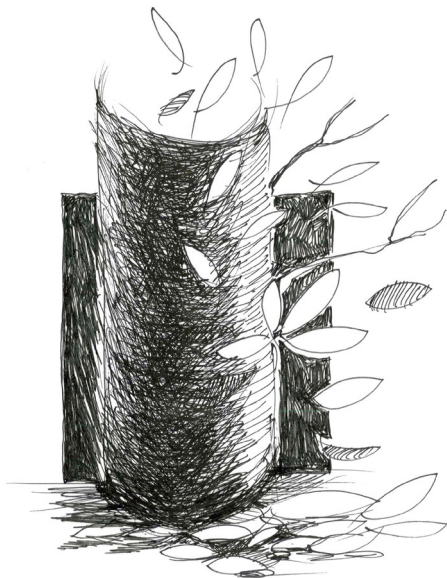
LAS PUERTAS TIENEN VIDA

Vivo solo en un cuarto de cuatro paredes y dos puertas. Parecerá ridículo que mencione cuatro paredes en un cuarto, pero antes viví en uno triangular cuya única puerta era el techo al aire libre. Una de las puertas da a una sala de estar y la restante a la cocina. Mi afición por ellas es enternedora. Las acicalo, les paso un plumero para embellecer sus gastadas apariencias, incluso, las espío. Las puertas tienen para mí un encanto especial: me otorgan la inseguridad de un visitante y los motivos de una visita. Sin embargo, por el modo de golpear he llegado a descubrir intenciones y, a veces, puedo individualizar al visitante con un poco de esfuerzo auditivo. Si el sonido es corto y seco se trata del cartero con su ausencia de correspondencia, porque nadie se digna a escribirme. Pero, el cartero es un viejo amigo que por las tardes trae cartas olvidadas que me lee en alta voz para llenar el vacío de las habitaciones. Si los golpes son largos y continuos alguien pide limosna y como carezco de lo más elemental abro la mágica puerta y el limosnero constata en mí al máximo cultor de la mendicidad. Entonces ingre-

sa saludándome cortésmente y sentándose en la escalera me contempla con lástima. Si los golpes son violentos se trata de *ellos* y allí siento miedo. Las puertas, en ese caso, me protegen transitorio. Si *ellos* golpean me hago el desentendido. Aumento el volumen del radio, silbo nervioso una vieja melodía y lavo los platos del almuerzo, mientras observo por la ventana cómo dos caranchos se disputan un trozo de comida. Pero, siendo *ellos* no puedo evitar abrir. Tarde o temprano debo hacerlo. Oigo sus voces murmurando. Escucho sus comentarios sospechosos: que no deseo abrir, que me escondo, que debo estar atisbando por el hueco de la cerradura. Pego la oreja a la puerta y temblando me cercioro de lo ya sabido. Mi piel se enerva y repetidos temblores me sacuden los brazos. Una especie de irritación galopante empieza a subir por las piernas, la boca se me retuerce en convulsiones espasmódicas y los ojos se me descontrolan girando por todos los rincones. En ese instante sé que debo abrir. *Ellos* entran. *Ellos* son tres: dos hombres y una mujer. Uno es un niño pequeño. Viven en la habitación contigua, metidos en el *living*. Me saludan y no contesto. Cedo el paso y el niño me sonrío. No lo miro. Me tironea el pantalón. Lo ignoro y avanzo. El niño cae y *ellos* me observan con estupor. Sigo al interior como si no me hubiera percatado de nada. El niño llora desconsolado y me pregunto por el origen de su llanto. Me acerco a la ventana: las prime-

ras luces de alumbrado encienden la tarde. Ahora comienza una sucesión de hechos conocidos. Sé que irán a la cocina y *él* se sentará a la mesa tamborileando impaciente con los dedos. Su mirada buscará la puerta de mi habitación. Trata de sobrepasarla, pero es inútil. Siento que sus ojos resbalan pesadamente una y otra vez. El niño se ha dormido y *ellos* cuchichean. Miran de vez en cuando la televisión que reproduce una secuencia de puertas en un largo edificio. Comentan el día con desgano. Luego, hablarán de mí, lo presiento. Como cada día y cada tarde *ella* tomará mis notas caligrafiadas y las arrojará a la estufa con indiferencia. Le dirá a *él* que todavía no hay progresos. No logra entender mis signos. Yo he repetido una y mil veces picaportes y cerraduras sobre otras tantas puertas diferentes. *Ella* dice que le aburre ver siempre lo mismo. *Él* contesta que pronto habrá algún indicio, que tenga paciencia. Yo sonrío, sonrío tristemente. Pienso que aún están a tiempo si *ella* no las ha quemado. Aún podrían entender. *Hoy he hecho un dibujo diferente, Elisa. Un dibujo que tal vez entenderías.* Pero, no ven más allá de sus narices. No saben que sólo yo poseo las llaves del futuro. Elisa dirá: *mi pobre hermano*, suspirando con desgano. *Él* volverá a mirar. Lo está haciendo. Mira con odio hacia mi puerta, enciende un cigarrillo y fuma pausado esperando que yo apague la luz de mi cuarto. Cuando lo haga *ellos* se amarán a media voz. Sentiré náuseas, pero será pasa-

jero. Sus quejidos se irán diluyendo en un sonido informe. Luego gritaré en un aullido de triunfo. Abriré la ventana de mi habitación y como cada noche descifraré el titilar de las estrellas. Mi insomnio perpetuo será de nuevo la puerta que les cierre el paso a *ellos*, a *ellos* que duermen ahora plácidamente, alejados de sí mismos, de sus días, al otro lado de las puertas. Al fin, al otro lado de las puertas.





LAS HORMIGAS

Estaba en posición de cubito abdominal, con los ojos muy abiertos, contemplando el infatigable ir y venir de cientos de hormigas que habían tendido un puente laborioso entre un pequeño agujero situado en la pared y el desmembrado montón de granos de azúcar que, desordenados, se apilaban a pocos centímetros de su nariz. Casi podía sentir sus pasos e imaginó que eran continuos mazazos golpeando incesantes su cerebro. Parecían no tomarlo en cuenta. Pasaban por su lado como si fuera otro de los trastos viejos e inservibles. Tuvo algo de envidia y deseó, por un momento, ser ese diminuto bicho, integrarse en su camino, llegar al agujero y salir hasta la calle, desde donde llegaban a intervalos, pitazos de bocinas y griteríos infantiles. Pensó, incluso, que el orificio pudiera dar hacia otra pieza, tan oscura y húmeda como en la que se encontraba, pero sería agradable reptar por el suelo, ver algo más que baldosas, tablas y polvo. Notó que el camino era perfecto, con una suave ondulación que no hacía perder del todo su fisonomía. Llegaban en una especie de avalancha bien encuadrada, tomaban cierto im-

pulso con sus ágiles y fuertes patas y después trasladaban una carga de inmensas dimensiones para sus tamaños. Desde un principio se sintió interesado por el ajetreo constante de los animalillos. Admiraba la graciosa y compacta fila que se perdía más allá de su sien derecha, se curvaba tras una pata de la mesa, giraba en noventa grados para eludir un zapato viejo y sucio -del cuarenta y cuatro, pensó- y de un calcetín pegado al piso quién sabe cuánto tiempo, para finalmente dirigirse en línea recta a su destino. A veces tenía la impresión de que el número decrecía, porque al medio de la hilera la distancia entre ellas aumentaba levemente, lo que no acontecía en los extremos, aunque después constató que era una mera impresión: las que llegaban fatigadas al agujero tardaban un poco en retomar el trabajo y, cumplida la faena de descarga, la parte intermedia recobraba su grosor normal, semejante a una línea trazada en el aire por un carbón imaginario y sostenida por diminutas extremidades móviles. Los ojos le pesaban, no por tener sueño, sino porque la posición del cuerpo lo obligaba a forzarlos, a derecha e izquierda, para no perder ningún detalle de la columna. Había logrado dormir: un par de horas o diez minutos; no lo sabía. Ya no tenía conciencia del tiempo. Su mente recordaba vagamente el ruido que produjo la puerta al abrirse, el lastimero rechinar de las bisagras sin aceitar, el firme taconeo de unos pasos alejándose por lo que pre-

sumió un pasillo que desembocaba en el característico sonido que los zapatos suelen producir al descender una escalera. Todo se le antojaba confuso. Su cabeza era un torbellino donde se entremezclaban sus hijos, María, su esposa de rostro afable, con esa sonrisa que siempre creyó había nacido segundos antes que ella misma, como si en el parto que la diera a luz el doctor hubiera tomado de la nada esa bondadosa sonrisa y la pegara al rostro que, lento, pujaba por salir al mundo exterior. Revoloteaban bandadas de gaviotas muy blancas que a menudo contemplaba extasiado desde la puerta de su casa cercana a la playa. Subían y bajaban miles de estudiantes por una alameda interminable, llena de colores y flores amarillas. Se veía con los libros de Neruda bajo el brazo caminando entre los uniformes y simétricos bancos a un costado de la escuela, hasta que de pronto las cosas se ordenaban en forma descendente, oblicua, como un palpable torbellino materializándose en las frías baldosas del piso por donde caminaban incesantes las hormigas. Todo se remitía a ellas: su esposa, sus hijos, que de improviso se integran a la columna cargando en sus espaldas enormes granos blanquizcos, casi adheridos, como si con el cuerpo formaran algo indivisible. Iban entre ellas, tenían sus tamaños, parecían gatear confusos, pero luego adquirirían cierta costumbre y terminaba por creer que en sus vidas no habían hecho otra cosa que andar en esa posición y efec-



tuando ese trabajo. Percibió que la fila se agrandaba alcanzando proporciones colosales, ya no eran sólo hormigas y sus dos hijos; estos se multiplicaban de modo sistemático y ahora sólo había Rosas y Hugos vertiginosos con carga en sus espaldas creciendo en cada parpadeo, hasta que de pronto lo único que se interponía entre su mirada y la pared era la calceta roja con motitas azules de Rosa, o al menos creyó que era de Rosa, porque vagamente recordó habérsela comprado en una feria, pero esa enorme pierna que lo confundía no era humana, sino una garra filuda, una especie de tenaza que se abría y cerraba con precisión matemática. Un sudor frío recorrió su cuerpo y por instinto cerró los ojos cuando se acercaba con la intención de triturarle la cabeza. Apretó los párpados con un temor indecible, sintiendo casi, la proximidad de unos vellos gruesos como estacas de acero que le agujujearían el cerebro. Esperó la muerte. (Estaba helado María, helado). Unas sombras difusas se entremezclaban entre sus propias sombras, como antenas que le pinchaban, le picoteaban la frente mojada. (Estaba muerto, Ramón. *¡Qué absurdo!* Habrá dicho). Por eso cuando se decidió a abrir los párpados y vio las polvorientas losas del piso no pudo menos que exhalar un suspiro de alivio. Miró al frente y casi sintió ternura por sus amigos que seguían laborando. Se le antojó una estupidez pensar siquiera que algo tan insignificante pudiera causarle la muerte. Vio que

continuaban su trabajo, aunque el montículo de azúcar iba desapareciendo. Se preguntó qué harían una vez que acabaran. Tal vez regresarían al agujero y distribuirían tareas de almacenaje o quizás, efectuarían una repartición equitativa. No pudo evitar cierta tristeza cuando los granos desaparecieron frente a su nariz. Debería conformarse con observar cómo el polvo acumulado se esparcía hacia los costados por los suspiros de cansancio que le originaba su incómoda postura. El último grano fue tomado por una robusta hormiga y las demás, automáticamente, optaron por detenerse, no sin antes husmear por los contornos, dar vueltas sobre sí mismas como si no estuvieran seguras de haber finalizado. Parecían pequeños perros rastreadores pegando el hocico al suelo, tocándose casi, moviéndose sin pausa. Se abrió un surco entre ellas y la hormiga se perdió veloz con su valioso cargamento. Tuvo la sensación de que se encontraban insatisfechas, que la labor les era exigua, demasiado intrascendente, al ver que de nuevo se reagrupaban delante de él, mientras desde el fondo el número crecía en forma asombrosa. Ladeó un poco el cuello y constató con sorpresa que surgían por doquier. Ya no sólo del agujero. Brotaban por entre las baldosas del piso, por las pequeñas hendiduras de la pared, para centrarse frente a sus ojos como una mancha viscosa, oscura e incesante. Cosa curiosa: creyó ver que las hormigas se congregaban como si conversaran entre



ellas. Sacudió la cabeza desechando un pensamiento tan inverosímil. Pero, al mirarlas de nuevo sintió un escalofrío. No había duda. Se impartían instrucciones en forma apresurada. Una corriente helada subía por su espina dorsal a medida que vigilaba sus preparativos. Se formaban en grupos que calculó no superior a cien, correctamente alineadas bajo el mando de una guía más voluminosa, en tanto esperaban con tranquilidad alguna orden, una resolución que no tardaría. No las sentía hablar, tampoco era necesario. Sabía de antemano cuáles serían sus próximos pasos, por eso no le extrañó demasiado cuando empezaron a rodearlo con parsimonia. Al frente de sus ojos se estacionó una de las más corpulentas escrutándolo muy quieta, con esa seguridad que otorga el saberse más fuerte. Quiso decir algo, pero de su garganta brotó un sonido gutural que lo sorprendió. Aquella hormiga le sonreía. No podía ser. Se negaba a aceptar tamaña locura. De nuevo bajó los párpados para imbuirse de María, para pensar en los juegos de ajedrez con Ramón. Pronto pasaría todo y le pediría la revancha a su hermano. Los tres millones que exigían a la empresa no eran excesivos para un cargo gerencial, sobre todo de su antigüedad. Peón por alfil, jugó su hermano: se arriesgó en demasía creyendo dar el mate en tres o cuatro movidas y perdió la partida torpemente. Pero, estaba seguro del desquite y Ramón pronto lo sabría. De eso no tenía la menor duda. (Un cos-



quilleo suave en la palma de las manos). Abrió los ojos y una hilera de denticillos amarillos, puntiagudos como lanzas, le estaban sonriendo. Una espesa baba se escurría por la boca posándose bajo su propio mentón. (Otro cosquilleo en el cuello). Qué hermosa sonrisa María. (En un hombro). Las calcetas rojas con motitas azules de Rosita. (En las mejillas). Jaque mate a Ramón, con caballo seis dama. *No pude moverme hijo, no pude*. Tiene los pies y las manos sujetas a cuatro enormes clavos, con alambres María, en posición de cubito abdominal, con mordaza en la boca. Su cabeza se sacude en un triste intento de ahuyentarlas. Están en el rostro, en las piernas, en la corbata de pintas doradas. Se dijo que al regresar lo primero que haría sería pedirle el insecticida a su vecino y acabar con la plaga que había en su jardín. (En las orejas). Por eso no oyó cuando recorrieron el cerrojo. Ni los pasos. Pero sintió un metal helado en la nuca. Tres millones no valían un gerente. Y cuando un disparo resonó en la habitación imaginó miles de hormigas huyendo despavoridas.





ADIÓS

Casi como si estuviera muerto se miró las manos y la boca. Se acarició el cabello. Se metió las manos en los bolsillos y contempló las solapas de su vestón brillante mientras la habitación se empequeñecía más y más contra sus hombros. Se miró a sí mismo y se vio mirando la cara del hombre que lo veía con rostro compungido, al tiempo que otros pares de ojos desaprensivos se interrogaban sin interés y largos dedos se introducían con desidia los blancos guantes engomados. Se vio la cara imperturbable y sonrió. Se preguntó cómo era posible que tuviera esa apariencia de absurdo domador domado, sin nada que hacer o preguntar, como si la calle desapareciera por una vieja ventana y por sus vidrios empañados de silencio ingresaran, no sólo las ráfagas del adiós incontrollable, sino también el mundo de lo desconocido, de la vieja idea temida y deseada.

Se quedó quieto de nuevo, como siempre, como si el aire condensara su peso sobre la frente arrugada y hurgó en su camisa algún signo de olvidada calidez. Nada en qué mirarse, pensó, ni un pequeño laberinto de sombras en que entre-

tenerse ni una hoja inventada o un letrero donde buscar su nombre o encontrarlo. Se quedó quieto y se movió. Movi6 sus cejas, contrajo sus labios y apret6 su desolaci6n encima de sus 6ltimos parpadeos.

Cuando amanecia volvi6 su cuerpo a la mesa, articul6 sus m6sculos inm6viles y le pareci6 que la ciudad no lo recordaba, que m6s all6 de las enmohecidas vigas de los techos un olor a olvido bajaba lento hasta su habitaci6n de fantasia. Se dijo que no conoci6 otro silencio m6s angosto y le provocaba una sonrisa negligente ver el mundo cariacontecido dibuj6ndose encima de baldosas enlutadas, de viejos moribundos, de piernas corriendo tras un rol o su tel6fono. Se sonri6 para no volver la cabeza, para santiguarse frente a lo perdido, frente a aquella carroza de artificios que iba quedando al final de un callej6n de deseos insatisfechos, de miserias o absurdas e incontenibles esperanzas.

Anud6 la muerte al cuello, se desarrop6 la infancia y dej6 sus huesos delineados ante la luz de una memoria que no tenia objeto. Luego se refreg6 los ojos en un movimiento imperceptible, de absoluta vaciedad, y vio su ultraje p6stumo, su terrible soledad en una mesa blanca, en tanto los hombres seguian en su insensible contemplaci6n y procedian a abrirlo, a descerrarar su sentido y su sinsentido, su brusco y abismante deseo de haber existido.



Se quedó quieto y por un instante tuvo la certeza de la sangre diluida, de la niebla bajando por su cuerpo descubierto y, mientras los hombres arrojaban a un cesto sus pedazos de recuerdos, se fue quedando dormido como un niño.





EL ANCIANO DEL BASTÓN

El anciano apoyaba la barbilla sobre sus manos que apretaban el bastón. Hacía unas horas que aguardaba el paso del tren de la tarde. Cada día, como un sagrado ritual, esperaba. Ya a nadie llamaba la atención y uno que otro transeúnte le dirigía una mirada indiferente. Las pupilas del anciano se perdían en una lejanía inconmensurable. Tenía el bastón tomado con las manos y sobre ellas el mentón, que a ratos se le resbalaba.

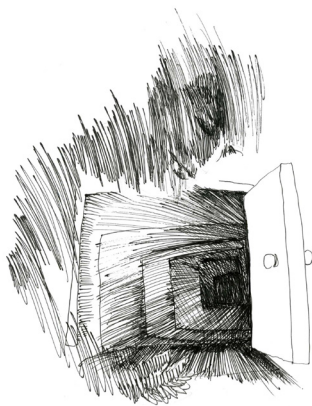
A las siete de la tarde el tren rompía su actitud contemplativa. El anciano giraba levemente el cuello y un destello fugaz renacía en su mirada. Pero, el tren no detenía su marcha en la estación. Entonces escrutaba sigiloso los árboles, respiraba hondo y a duras penas se erguía, apoyado en su bastón. Como si sus pasos crujieran con el tiempo se alejaba, encorvado y en silencio.

En una de esas tardes sucedió.

El anciano ocupaba su sitio acostumbrado y el empleado barría el pavimento. Cerca de las siete un matrimonio y su pequeño hijo ingresaron al andén. El niño, alegre, indicaba con el dedo y pronunciaba palabras ininteligibles. Su mirada se

posó en el anciano que veía el infinito a través de los árboles. Se acercó a un metro de distancia observándolo con curiosidad. Cuando la voz de su padre, llamándolo, se mezcló con el aullido de la locomotora, tocó suave el bastón del anciano con uno de sus pies. Luego corrió apresurado a los brazos de su madre y la familia subió al tren que se detuvo. Al reiniciar su marcha el niño asomó la cabeza por una ventanilla. En el andén el anciano yacía de bruces y el bastón rodaba lejos de su alcance mientras uno de sus brazos se alargaba en la distancia.

Desde el tren la estación era ya una sombra donde un empleado barría un polvo difuso.





DELIRIO

Me siento. Luego de tres o cuatro segundos, en los que paseo por Los Jardines Colgantes de Babilonia y me tomo un *pisco sour* con Nerón junto a un pilar derruido y carcomido por la insensatez bacteriológica del tiempo y sus derivados, me paro, doy cinco o seis pasos por el living haciendo hábiles *dribblings* a un par de sillas y a una vasija repleta de restos de flores y diarios que evidencian en un par de líneas amarillentas el asesinato de una prostituta, por venganza, por despecho o por no entregar con la debida antelación el dinero efectivo obligada a resarcir a su dueño por los perjuicios ocasionados en su oportunidad, al pobre hombre, al pobre y triste individuo que la amó una vez, antes que cayera entre las garras de la perdición, ¡oh!, tan abyecta, tan sucia y ruin, que todo lo envuelve como una sustancia pegajosa que atrapa insectos e hijos, hijos e insectos, y así por los etcéteras de los siglos. Entonces me digo que es mejor abrir las persianas, que dan hacia fuera un aspecto de barrotes superpuestos estéticamente, para que los transeúntes puedan admirar, no sin disimulo de orgullo satisfecho, su libertad de

tres cuadras mientras van a comprar el pan para las onces o leer las noticias en el quiosco de la esquina y por cuyo efecto su propietario piensa en serio cobrar una especie de peaje, según me confienciaba hace unos días, para evitar las continuas aglomeraciones que, aparte de interrumpir la normal circulación de peatones, amenazaban con triturarle lo que le había costado esfuerzo y sacrificio, porque para algo tenía sus brazos fuertes y robustos, y si no era para ganarse el sustento con su pequeña pero bien aseada construcción señor, qué más le quedaba, además la pintura se la había regalado su tía Chela y era de las mejores, si, de eso no le cabía la menor duda, ya que observó en los escaparates de las ferreterías cómo exhibían del mismo color y a precios que le provocaban dolor de muelas, no sin sentir una mezcla de modestia y afectación por su pequeño sol luminoso, en medio de micros y perros lanudos que acertaban a pasar todo el santo día frente a la diminuta abertura por donde asomaba la cabeza auscultando a los primeros compradores del día, o mañaneros, como les llamaba. Fuera de ello, algunos eran algo imperinentes y se dedicaban a contemplar los titulares con cara de estupefacción, luego de incredulidad, a las cuatro de la tarde movían negativamente la cabeza y a las seis y media se estacionaban buscando un resquicio que permitiera atisbar hacia adentro un nuevo tipo de información, o bien alguna ya conocida, pero es que siempre se escapa algún

detalle, se escapa, si señor, si no hace mucho leyó -Juan Saldivia- que se había incendiado una casa con todos los muebles y pertenencias, incluso con un loro verde, de esos que dicen buenas tardes tío, cómo está tía solterona, eres una desgracia sobrino, sí, de esos tan habladores y que estaba, a esa hora, comiendo alpiste en su jaula rosada y -según lo que me decía Saldivia-, murió sofocado por el humo alcanzando a decir sólo cof, cof, porque el pobre tenía una imaginación que lo situaba sobre la categoría de muchos vertebrados e incluso de su propio dueño, que por lo demás no era ninguna gracia, ya que éste debía ser muy torpe si dejaba la llama del gas encendida y se iba a jugar al cacho con los amigos, mientras las guaguas dormían plácidas y la señora, de nombre aún no reconocido -porque según dicen no quedó identificación alguna dentro de la casa- se había marchado, al parecer con un fulano de apellido Riscox, extranjero da la impresión, y tampoco los vecinos pudieron entregar ningún dato a los carabineros, porque recién se habían mudado, apenas un par de días, y estaban -según también dicen- sólo arrendando la casita de doña Filomena, una viejecita, muy querida en el barrio y que tuvo que marcharse a un asilo de ancianos, por lo que nadie se dignó a ayudarlos con los cachivaches que traían en la carretela, de esas que se estacionan en la estación -vaya redundancia en los periodistas- por lo que Saldivia, muy perspicaz él, dedujo que provenían de otro pueblo y no



tenían conocimiento de los camiones de mudanza, que poseían un local nuevo, recién construido frente al mercado y que cobraban lo mismo que las carretas de caballos, lógicamente con un servicio mucho más adecuado a las circunstancias. Entonces llegaba a la conclusión de que la señora no era tan culpable, porque la noticia agregaba escueta el alcoholismo empedernido del señor x, de quien, precisamente hacía un par de días se ignoraba el paradero, aunque, a decir verdad, nadie lo vio llegar, por ende, nadie sabía en realidad si el mentado individuo vivía con la susodicha y si era o no el marido o sí únicamente las hacía de conviviente ocasional. Es que la gente es así, señor, intrusa, siempre metiéndose en los asuntos privados, si bien a veces como que tienen un poco de razón, ¿no le parece? Al fin y al cabo, eran nuevos vecinos y era lógico averiguar qué puntos calzaban, no fuera que surgieran otros González, que llegaron también con sus trastos al hombro y a las pocas horas tenían un alboroto de padre y señor mío, que incluso atemorizó al señor Ruiz, un señor bonachón, de una tranquilidad pasmosa y al que tocó en desgracia habitar la casa contigua, desde donde apreciaba nítidos los gemidos, insultos e improprios que duraron hasta la madrugada. No quedó más que expulsarlos por alteración del orden público, según testimonió el cabo Vásquez en tertulia de amigos en el bar de don Cándido. En fin, pero esa es otra historia, aunque se le asemeja,



¿no cree? Al final resultó peor ésta.

Enciendo tranquilo un cigarrillo, me arrellano en el sillón de cuero duro y comienzo a contar las volutas de humo que siempre me admiran por su redondez científica y pulcra, lamentando su efímera duración. Recién son las ocho. Me dan ganas de adelantar la hora como mera fantasía. Aún queda largo rato de abulia, de esa intranquilidad que empieza a persistir y temo me vaya consumiendo hasta convertirme en un guiñapo con miedo de contemplarme el rostro ante el espejo. A veces presiento que no soy yo mismo el reflejado en la medialuna del dormitorio y termino consolándome del tiempo inexorable, o en su defecto, en la imperfección de la imagen por el cristal desgastado, que ya tiene sus años, después de todo no hay cosa que no envejezca, partiendo por nosotros, los humanos, y como que entro a dudar de mi condición de tal y me pregunto qué tipo de especie podría aceptarme dentro de su comunidad, porque bien sabía que la diversidad -y no versatilidad- de mis reacciones, digamos físicas o químicas, o qué se yo -no tengo bien claro qué tipo de combinaciones se producía en mi anatomía en forma constante- me introducía en campos tan disímiles que terminaba dudando invariable, repito, de mi condición de *homo sapiens*, y no quiero decir que no posea un ápice de imaginación ni piense bajo lo normal, nada de eso; el problema radicaba en que se me entremezclaban multitud de seres vivos y no vi-

vos, como un enjambre misterioso, reluciente, y a la vez temido. Después de todo a nadie le debe ser grato observar -como ahora- a un cocodrilo que reptá dócil por la alfombra y me tironea de la bastilla tenazmente, aunque a decir verdad, parece estar y no estar, como si se tratase de las volutas de humo que surgen y se desvanecen, aun cuando la diferencia estriba en que no poseo voluntad para decirle que desaparezca en definitiva, así que escojo aceptar su impasible mansedumbre, lo mismo que acepto los colmillos que me punzan el pecho con sutil insistencia, y hasta la larga y mofletuda trompa del níveo elefante que me lanza un chorro de agua tibia, bañándome de un sopor inexpressable; tampoco puedo hacer gran cosa contra el delgado y estirado caracolear de la áspid, que me paraliza el cerebro apuntándome con sus ojos fijos.

Me levanto. Dos o tres pasos por el living y la infinidad de animalejos -porque había otros de menor importancia- huyen despavoridos, pero sé que volverán a presentarse en cualquier momento, como cuando estábamos bautizando a Elisa en la Parroquia del Carmen y le dije al cura, *le pondremos Hipopótamo, si padre, Hipopótamo*, y todos me miraron con estupor, entonces caí en la cuenta de que había dicho algo fuera de tiesto -si es que algo dije- ya que me pareció sin motivo el asombro de los presentes, así que opté por sonreír, con esa sonrisa peculiar del padre que designa, de por vida, con unas cuantas letras reunidas, el nombre de su

primer vástago. No es cierto que posteriormente sintiera menos cariño por Nano -que nació al año después-, como solía decir mi esposa, recriminándome de continuo por mi falta de atenciones para con él. Lo que sucedía era que estaba demasiado compenetrado en mis labores de bohemio encolezado y casi no tenía tiempo para dispensarle una caricia, siempre lo encontraba durmiendo y, al despertar, yo estaba con el humor algo ajado como para preocuparme de boberías, que era mi contestación a Marta. Además, Nano evitaba acercarse como si le produjera asco el roce de mis manos tiritonas y yo no podía obligarlo ni tampoco -eso sí es cierto- hacía intento alguno por conquistar su afecto, pero eso no significaba que no lo quisiera, si bien, en más de una ocasión, mientras las piezas giraban como un carrusel interminable, se me confundían los dormitorios y me internaba en el de Nano -quizás buscando inconsciente comunicación- quien con los dedos entrelazados y de cara al techo fingía dormir con esa tranquilidad adusta, de hombre casi, que no sé de quien habría heredado, porque en todo mi árbol genealógico nadie se caracterizó por tener esa nariz recta ni la firmeza de rasgos que él poseía ni menos el mirar medio burlón que dejaba entrever cuando nos sentábamos, Marta y yo a almorzar, y él se entretenía con su ruidoso cascabel desde el corralito esperando a Elisa que, glotonamente tomaba la leche; entonces me acercaba hasta el borde de la cama y es-

crutaba su rostro, y él sabía que yo estaba allí, de pie, muy quieto, aunque los muebles entrechocaran silenciosos en el aire, y él sabía que yo sabía, pero jamás abrí la boca ni él los ojos, porque existía una especie de barrera invisible que nos separaba y que nunca pude entender de dónde provenía, aunque vagamente presentía que su quietud era algo ajeno a todo lo mío, y como que me asaltaban dudas cuando alguno de mis amigos, en medio del choque ruidoso de los dados sobre la mesa, me decía, *qué mujer tan hermosa te gastas, si dan ganas de lanzarle un pellizcón*. Y yo reía, medio en broma, medio en serio, pero el licor me enturbiaba el cerebro, así que de un viaje me subía al tranvía repleto de bestias de la selva y ratones coloridos, olvidando por completo lo circundante, cuestión no muy halagadora que digamos, porque los animales que llenaban el armatoste desvencijado y sucio parecían divertirse sobremanera, lanzándome pullas despreciativas y usándome como blanco de toda clase de improperios emitidos en un lenguaje desconocido, sin duda soez en sumo grado por la expresión cruel de sus miradas, hasta que inevitablemente, terminaba temblando de pies a cabeza frente a la cama de Nano. Pero, ahora que observo desde esta ventana, perdida entre tantas otras, se agolpan en mi mente escenas confusas, como la de los cachivaches que pasan sobre una carretela que rechina lastimosa, en este momento, o hace un par de lustros, remotos, extraviados en un recón-

dito lugar de mi memoria, aunque distingo bien los cuerpos, que como marionetas inmóviles viajan entre la cocina y las dos camas ruinosas. Parece una procesión al olvido, un carnaval sin estridencias, callado, casi muerto, mientras apoyado en los codos, con la cabeza gacha, hasta puedo imaginar, sin ver, la meditación de Marta, su tranquila elucubración fraguada en noches de infortunio y de cansancio, pero contrario a lo esperado, el miedo se aletarga y en su reemplazo un pertinaz desasosiego me obliga a palpar más de prisa, como apresurando el final de un conocido desenlace y no por conocido menos imprevisto.

De nuevo paseo por este espacio sin final ni tiempo, remeciendo los cimientos de mi estructura torpe y ambigua, porque las veces que me observo me veo con la exigua dimensión del ilustre perdido en las ciénagas del olvido, como un pajarraco que tiembla en los estertores de la agonía que se va perpetrando como una lanza vertical entre las cejas y el ombligo. Aquí, en un rincón, me acurruco, con la pesadumbre de ladrillos y concreto que intenta triturarme. Y apenas son las doce. Queda poco, pero la espera se hace interminable, es como si quisiera alcanzar la espesura de un bosque nunca visto, jamás conocido y cuya existencia se intuye. Entonces recuerdo al quiosquero, con su mirar de todo o nada me habla de Saldivia, el hombre que gozaba leyendo las líneas atiborradas de hechos sombríos, de ahogadas tristezas, que leía las

desgracias conocidas y que a nadie importaban. Allí lo veo, pobre y desolado quiosquero, preocupado de la pintura que hermosea su construcción de tablas deshojadas por la lluvia y el hastío, controlando, como un vigía eterno, la aglomeración de cada día. Que nadie pase sin pagar, luchará porque se establezca un peaje permanente, porque uno trabaja señor, se aporrea señor y si nadie compra y todos leen gratis para qué me sirven estos fuertes y robustos brazos, para nada señor, para nada, porque aceptar que Valdivia atisbe cada día a las seis y media buscando un resquicio para interiorizarse de lo que nunca pudo conocer no significa que a todos haya de aceptar, de ningún modo. Usted ya ve, se lo digo a la gente y como si tal cosa, aún así en algo disminuyen, bajan como las horas, y ya están por llegar los muchachos y previo al sonido del timbre, me acerco por última vez a la ventana, muevo las pesadas persianas y escruto las veredas como tantas veces lo he venido haciendo de un tiempo a esta parte. Afuera lo mismo, igual simetría de piernas y brazos cruzando como cervatillos perseguidos, buscando el pan para las onces, de vuelta del cine o la lectura de un periódico con sus titulares de caserón quemado y guaguas diminutamente carbonizadas, con las incongruentes historias semanales que no son tan novelescas como parecieran. Entonces resuena el timbre y trabajosamente, como si rompiera con un presente de plomo almibarado, voy a abrir, en

medio de hipopótamos y elefantes que parecen sufrir de *delirium tremens*, mientras alcanzo a verte, Marta, muy escueta dentro de la vasija, casi insignificante, con un cabello rubio platinado, envuelta entre unas sábanas blancas, y si no fuera porque fuiste esposa o algo similar a conviviente ocasional, diría que te asemejabas muchísimo a una de esas de la calle, qué desgracia, a una de esas, que surgen en los diarios amarillentos, como la que fue ultrajada o, para ser más realista y no faltar a la verdad verdadera (vaya redundancia en los mortales) fue ultimada por un individuo de apellido extraño, Riscox, o algo así, según lo vislumbrado apenas en unas cuantas líneas, mientras el timbre suena y abro como un transeúnte libremente apriionado a unos dados fatigosos, a unas gotas repletas de alcoholismo empedernido.

Bueno, me digo que la última vez que Nano lloró desconsolado, quizás me llamó desde su cuarto rojo y ardiente, en tanto Elisa dormía placidamente y Marta de Saldivia era comprendida por Saldivia mismo cuando se alejaba con fulano de tal, hasta que apareció en un diario convertida en una elegante prostituta muerta.





OSCILACIÓN

Se hallaba sentado sobre una superficie convexa. Tenía los pies entrecruzados y sus manos se apoyaban rígidas en las rodillas. Una espesa niebla cubría su alrededor. Podía observar desde arriba y desde abajo porque no había ningún punto de referencia. Sí recordaba patios extensos y vehículos del año treinta apilados en largas e interminables hileras que avanzaban sigilosamente en círculos. En los patios, verdes de árboles y pastos, habitaba el silencio. Luego retornaba a sí mismo. De vez en cuando una pequeña pelota de colores saltaba a uno de los patios delineado por murallas de ladrillos rojizos. La pelota rebotaba con pasmosa lentitud, parecía detenerse en la altura y caía tan mansa que daba la impresión de no caer. Después surgía un niño algo mayor que él y con una enorme aguja pinchaba la pelota coloreada que explotaba sin ruido. Se le antojaba que todo era irreal, que esas imágenes no tenían asidero. Pero ahora estaba sentado sobre una superficie convexa. Era lo único. Y recordaba sólo eso. No podía mover los músculos e incluso temió por un momento no tenerlos, pero sin duda se veía a sí mismo: rodillas



dobladas, manos sobre las rodillas y niebla a su alrededor. Se esforzó en no pensar, en que llegara a su cabeza otra imagen. A duras penas emergió, como a brochazos contra un muro, una escena que sintió familiar: en un cuarto en penumbras, rota débilmente por unos cuantos candelabros, había gente de negro, un negro riguroso, y él estaba sentado en una urna observando por la ventana como un niño mayor sostenía en sus manos una inmensa pelota de colores y sonreía atisbando tras la muralla de ladrillos rojizos. Él volvió en sí. Cada vez que surgía una escena tenía la impresión de desaparecer por mucho tiempo. Pero ahora se hallaba sentado sobre una superficie convexa. Apenas retomaba el sentido de su posición quería tener otras visiones. Semejaba un divertido juego metafórico cuyo principio, si existía, le era desconocido y con un final que todavía no le interesaba.

Al elevar los brazos y saltar cayó blandamente al lado de una viejecilla que tenía en sus manos un largo rosario y movía los labios incansables. Pasó a una pieza contigua y contempló numerosas fotografías en la pared. En algunas un niño aprisionaba entre sus dedos una diminuta pelota de colores. Al desviar la vista el muchacho que divisó por la ventana en penumbras estaba sonriendo tras un árbol. Cuando quiso alcanzarlo y corrió tras él sólo halló el árbol y al frente había extensos patios y numerosos vehículos del año treinta dando vueltas sigilosas como persiguiéndose unos a otros.

Ahora las cosas le parecían más claras. Se hallaba metido en un sueño, en uno de esos sueños plenos de simbolismos y por rara coincidencia lo sabía. Al menos quería estar en un sueño, deseaba estarlo, porque empezaba a angustiarse. Dentro del sueño o lo que fuera, él había nacido. Recordaba el año: 1930, en un oscuro y lluvioso invierno. Luego habitaba una casa de color azul con patios enormes y una muralla de color rojo que separaba la calle de los patios y los autos. Tenía una pequeña pelota de colores que lanzaba todo el día contra la pared. Sus padres eran una mujer joven que rezaba la mayor parte del día en su habitación y a su padre lo conoció por las fotografías que había en su cuarto.

Después volvió a despertar. La niebla había desaparecido. Estaba en la misma posición sobre una convexa superficie que pendía de un hilo interminable, tanto hacia arriba como hacia abajo. A lo lejos otras personas tenían idéntica posición y sus figuras se repetían como superpuestas. Reinaba un silencio distinto a todos los silencios. No distinguía a los demás, pero los conocía. Era imposible moverse. Quizás si el único movimiento fuera ese eterno oscilar que le recordaba el viejo péndulo del reloj de su casa donde se halla sentado para siempre. Para siempre metido dentro de su sueño.





EL LABERINTO NO ES UN JUEGO

Ahora Antonio estimulaba al ratoncito blanco pinchándole el lomo con un palillo de tejer y de vez en cuando el asustado animalillo le devolvía una mirada enrojecida que parecía bailotear extrañada de su propia indecisión. Sus patas endebles avanzaban zigzagueantes por ese oscuro laberinto de madera barnizada, que cada treinta centímetros situaban una caseta anaranjada repleta de billetes y monedas, que dedos impacientes cambiaban de lugar según sus movimientos. La maqueta erguida sobre un pedestal de hierro y cobre oscilaba repentina ante los reiterados saltos y empujones de una muchedumbre apretujada en el salón y que prorrumpía en exclamaciones y alaridos cada vez que el ratón husmeaba una probable detención. Los orificios de entrada a las casetas se habían diseñado deliberadamente estrechos con objeto de que el juego se prolongara y las apuestas aumentaran a medida que la impaciencia crecía como una tangible nebulosa que cubría aquellos ojos negros y verdosos de razas dispares. Antonio se había retirado inadvertido hacia un rincón y con los codos apoyados en el mostrador obser-



vaba a ese gentío informe, mientras intentaba fijar en su mente algún pensamiento que lo sacara de su constante divagación. Supuso que esa realidad circundante era hoy una parte indivisible de su ser. Que aquellas débiles luces cayendo de un techo derruido y ese foco penetrante que enceguecía al ratón en la maqueta lo habían esperado allí mismo desde siempre y a pesar de que su permanente desazón lo motivara a otro destino su lugar estaba predeterminado, como si las oportunidades que la vida entregase a los hombres se obtuvieran o perdiesen en el momento preciso. Por un instante deseó que ese confundido animalito encontrara una salida imprevista y se escurriera entre el montón de piernas y zapatos, que se alejara a toda prisa hacia las alcantarillas y se encontrara pronto con las malolientes aguas del río De las Minas, en su retorno a su lugar de origen. Por eso no le extrañó mayormente que un rugido instantáneo emergiera de todas las gargantas y por instinto los cuerpos se doblaran y las manos tantearan el suelo desorientadas. Alguien gritó que el ratón había saltado desde la maqueta y mientras se iniciaba una búsqueda frenética y desordenada, ávidos dedos extraían lo apostado en las casetas. El griterío retumbaba en las paredes y el suelo crujía amenazador como si en cualquier momento fuera a abrirse para tragarse a la muchedumbre. Y el suelo se abrió. Las endebles y carcomidas tablas del piso temblaron bajo una

especie de ahogo general y en medio del tumulto se divisaban manos extendidas que se aferraban a pantalones, vestidos de mujeres desgarrándose en los clavos enmohecidos, se escuchaban chillidos diluidos entre jadeos, maldiciones y pataleos. La mayoría sentía que el mundo se tragaba sus vidas sin previo aviso y se veían derrotados cayendo a un infierno inesperado, en tanto el ratoncito blanco se deslizaba veloz hasta la puerta de salida perseguido por una docena de individuos anhelantes y divertidos. Seguían al animal ajenos al derrumbe del entablado, aunque el griterío ensordecedor les llegaba incitando a la persecución. Se caían y levantaban infatigables tras el roedor que serpenteaba desesperado en busca de su libertad. Corría por las orillas de la calzada, subía y bajaba las veredas, esquivaba los botes de basura, rasguñaba impotente las paredes de latón. Los transeúntes se unían risueños a la cacería con bastones y carterazos y, por un momento, se tuvo la impresión que esa larga calle recibía a una suerte de jauría humana que, progresivamente, perdía la sonrisa. Y es que el ratón trastocaba su huida temerosa por una creciente habilidad, como si constatará la impotencia física de sus perseguidores. Así fue regresando sobre sus propios pasos. Zigzagueó de nuevo en sentido inverso, brincó hacia los marcos de las ventanas y se introdujo impúdico entre las piernas de damas elegantes que se desmayaban entre ahogados gemidos. El níveo ratón parecía de



pronto ser el cazador de una extraña carrera sin final, justo cuando Antonio emergía equilibrándose entre las vigas y asomaba su bizca mirada por la puerta principal para con un agudo silbido detener la enloquecida corrida del animalito. Éste giró sobre sí mismo y con inusitada velocidad se dirigió hacia Antonio encaramándose en la bastilla de su pantalón. El gentío contemplaba incrédulo aquella irrealidad como si despertara de un sueño absurdo cuyo inicio no recordaba. Sacudían sus ropas y los sombreros, anudaban sus cintas celestes a sus cinturas como si nada hubiera acontecido, pero sabiendo que pasarían meses antes que el local reabriera sus puertas como cada domingo y retomaran las apuestas sobre un juego que ya no les parecía divertido.



¡NO DEJES QUE ME LLEVEN!

No se adónde quieren llevarme. Les he dicho que no, que aquí estoy bien. Ellos parece que no entienden o se hacen los desentendidos, porque me miran con grandes ojos fijos y me dicen que suba a esa silla. Yo insisto que no quiero irme, que siempre me ha gustado estar mirando por la ventana, que desde aquí se ve cómo cae la nieve en los rojos techos del almacén de la esquina. Les repito que además hace demasiado frío, que una temperatura como esa puede matarme de una gripe. Pero no. Sacan una toalla azul, enorme, como una sábana de mi cama y me la van pasando muy despacio por la frente y el cuello. Luego me han sacado la ropa y la remojan en una artesa. Ahora me están secando todo el cuerpo y no sé si es sudor lo que tengo o una sustancia pegajosa que ellos me han colocado, pero siento que mi cuerpo está bañado de algo raro. Pues bien, me están secando enterito y les digo que no me hagan cosquillas en la planta de los pies, que toda la vida me ha dado por reírme si alguien me toca en esas partes. Es igual que a mi madre, les digo. A ella le daba por revolcarse de la risa si mi padre le pasaba una plu-

ma de ganso por las callosidades de los pies. Me parece que yo heredé el mismo defecto. Bueno, uno siempre hereda algo de los padres, ¿verdad? Además, yo tengo una serie de otros defectos que no quiero decirles, porque allí los que se reírían serían ellos y a mí nunca me ha gustado que se ríen de mí. Claro, sé que lo hacen a menudo. Todos se ríen. Mejor dicho, casi todos, porque Margarita nunca lo hace. Al contrario. Ella pasa a buscarme por las tardes, después que sale del trabajo y me lleva a pasear por el barrio. Me muestra la calle Maipú repleta de viento que me ahoga y hace que yo toque las viejas latas que se descascaran en las paredes. *Para que veas que todo se va muriendo*, me dice sonriendo con sus grandes dientes que me parecen duros algodones cuadrados. Y yo le contesto que igual les pasa a las blancas paredes del edificio a donde se fue mi mamá. No. Ella no se ríe de lo que yo hago. Ella se ríe conmigo, que no es lo mismo que estos señores están haciendo. Sé que me llevarán a alguna parte que no conozco. Sé que están tratando de que suba, pero me he aferrado a los barrotes de mi cama que son duros, durísimos, porque son de bronce y el bronce es muy difícil que se quiebre. Me doy cuenta de que tengo más fuerza de la que creía. Ni entre tres pueden despegarme de la cama. Y a mí me da risa ahora. Quién se iba a imaginar que estos tres hombrotos no pudieran moverme un centímetro del suelo. Ya llevan bastante rato tratando de sacarme y es extraño que

casi no me dé cuenta de que estoy agarrado de los barrotes. *No puedes quedarte ahí para siempre*, me dice uno de ellos que tiene un labio muy raro, un labio morado y enorme que parece colgarle de la nariz. Yo le respondo que no voy a ninguna parte, menos ahora que está por comenzar a nevar y debo mirar por la ventana la llegada de los zorzales al pino del patio, porque todos los años los zorzales llenan el árbol y a mí me parece uno de pascua con adornos de verdad y eso sí que no me lo pierdo por ningún motivo. *Menos por ustedes*, les digo. *Menos por ustedes, que quieren llevarme no se a dónde ni por qué*. Además, han esperado que estuviera solo, porque si Margarita hubiera llegado ninguno se atrevería a tocarme ni un cabello. Y ella vendrá de un momento a otro, así que debo aferrarme lo más fuerte posible a los barrotes y aguantar. Sí, debo aguantar, aunque este otro de ojos chillones y nariz llena de pecas me golpee la espalda con la tabla de lavar. Si no fuera porque me pueden tomar desprevenido le arañaba esos ojillos de ratón. Sí, esos ojitos de colores como los del ratón que pillé la semana pasada al lado de la alcantari-lla. Claro que estos son más grandes, pero en el fondo son iguales. Se mueven de la misma manera que los del animalito. A propósito, lo tuve encerrado en una caja de zapatos, varios días, una semana, creo, hasta que Margarita me dijo *qué tienes ahí* y la destapó antes que yo pudiera escaparme al patio con ella. El pobrecito estaba resoplando dé-

bilmente, apenas si podía respirar. Margarita me dijo que yo era cruel. *Eres muy malo, muy malo*, repetía enfurecida y me ordenó que lo botara a la basura. Allí me di cuenta de que no le había dado de comer. Ni siquiera un poco de agua. Entonces estaba bien que se muriera. *Nadie puede vivir sin comer ni beber*, repetía Margarita. Aunque don Lucho, el almacenero de la esquina, se lo pasa bebido y Margarita dice que pronto se va a morir. Yo no sé para qué hay que beber entonces. Bueno, al ratoncito lo tuve que aplastar con mi zapato derecho, porque sufría mucho. Al menos yo creo que era así, porque le di pan y no comió. Le dejé agüita de la cañería y no tomó. Lo tuve que aplastar, como me gustaría aplastar a este ratón grande, de ojos coloreados que sigue pegándose con la tabla de lavar. No sé cómo no se cansa de tanto golpe. Lo que es a mí no me duele. Es raro. Sé que me dan con fuerza y es como si la tabla pasara a través de mis costillas. A mi mamá le pasaba lo mismo. Me acuerdo de que una vez, cuando yo era mucho más chico que ahora, se amarró a esta misma cama. Estuvieron tratando de sacarla por más de dos días. Yo era muy chico, apenas gateaba por la cocina y todavía me acuerdo como si lo estuviera viendo. La golpeaban igual que a mí, pero a ella la golpeaban mujeres. En cambio, a mí estos tres que no se cansan nunca. Debo aguantar hasta que aparezca Margarita que dijo que iba a comprar algo para la cena, aunque, es raro que se le haya quedado la

puerta de la calle abierta. Sí, es raro. Margarita nunca se olvida de cerrar la puerta. Siempre me dice: *Si tocan el timbre, no abras. Es peligroso con tanto ladrón que anda suelto.* Así que sale llevándose la llave y yo pongo el pestillo por dentro, pero hoy no se llevó la llave. La veo colgada al lado de la chimenea. En fin, ya debe estar por llegar. Nunca demora más de una hora, a pesar de que están tratando de sacarme desde ayer. Al menos creo que desde ayer, porque sentí ruido de aleteos y movimientos de ramas en el patio y si son los zorzales, ellos acostumbran a llegar tarde, casi al oscurecer. Sí, me golpean desde ayer, porque al agacharme y levantar los ojos vi dos estrellas blanquitas por el marco de la ventana. Creí que había soñado con ellas, pero yo nunca he soñado con estrellas. Siempre sueño con sapos y culebras. Siempre se repiten en el sueño. Se meten por entre las sábanas y se deslizan suavemente por mi desnudez. Me dan asco y siento mucho miedo de moverme. Me digo que en cualquier momento trataré de despertarme y ahí sí que serán ellas las que me sueñen a mí. Claro que casi siempre me despierta Margarita. *¿Qué te pasa?* Pregunta acariciándome la cabeza. *No digas. Ya sé. De nuevo los sapos y culebras.* Y Margarita vuelve a mostrarme sus dientes enormes mientras seca mi sudor con la misma toalla que usaron estos hombres. Así que no soñé las estrellas. Las vi anoche, como ahora veo a estos tres hombres que no son los mismos. Hay uno bajito,

rechoncho, que tiene una delgada cicatriz en la mejilla. Me está pinchando con una aguja que atraviesa mi brazo como si fuera de cartón. Algo amarillento se desliza por la aguja y me parece que el brazo estuviera creciendo y va a explotar como un globo de cumpleaños. Pero no explota. Y yo me aferro más fuerte todavía a los barrotes. Por primera vez siento que me duele una patada en el estómago. Tengo deseos de vomitar. Creo que voy a vomitar como cuando me dieron esas pastillas naranjas para que no hablara despierto, igual que esa vez algo se mueve en mi estómago, algo que quiere salir hasta mi boca. Trataré de no pensar y pensar sólo que viene Margarita, que pronto tocará el timbre de la casa y estos tres saldrán volando por las ventanas. No pensaré en nada, en nada. Aunque se me hace difícil no pensar en nada. Siempre tengo algo en la cabeza. Mi padre decía que mi mamá tenía un remolino suelto debajo del pelo. Yo imaginaba un remolino, pero no de pensamientos. Así que trataba de ver un lago tranquilo y me llegaba un paisaje de inmensas olas salpicándome la cara. Y cuando intentaba una pared blanca, una pared sin un rasguño, como me insinuaba Margarita, me parecía sentir que iba cayendo delante de mis ojos. Nunca pude dejar de pensar en algo y creo que ahora tampoco podré, aunque presiento que pronto quedaré dormido. Qué raro. Yo no duermo casi nunca. Si duermo, sueño y no me gusta soñar el mismo sueño. Además, decían que ten-

go insomnios y me parece que eso les da a los niños rara vez. *Uno en mil, aseguraba* mi padre antes que cerrara sus ojos en la habitación de juguetes. Allí fue donde murió. *Un ataque al corazón*, dijo un señor de blanco que le ponía unas antenas en el pecho. Pero, yo había estado con él esa mañana y puse en el vaso esas malditas pastillas. Y antes que cerrara sus ojos repitió, *uno en mil*. Por eso me extraña muchísimo que ahora esté sintiendo deseos de dormir y sé que apenas lo haga empezarán a aparecer los dichosos sapos y culebras y yo trataré de despertarme y espantarlos dentro del sueño. Sé que no se irán, a menos que Margarita me despierte acariciándome el pelo. Lo que quiero es que Margarita llegue ahora. Que suene el timbre en este momento y estos hombres dejen de golpear-me la espalda. Que luego se lleven esa silla de fierro a la que quieren subirme y amarrarme como si yo fuera un muñeco de lana. Que dejen de sonreír como si fueran monstruos de algún cuento envueltos en esos blancos delantales. Que se vayan de una vez y aparezcas en la puerta, tía Margarita, que no dejes que me lleven, y te prometo que nunca más encerraré ratones en una caja de zapatos ni pondré pastillas en los vasos de las habitaciones, y te juro que nunca más pensaré que las latas descascaradas de calle Maipú se parecen a las paredes del edificio al que una vez llevaron a mi mamá.





LA COLUMNA

El animal descendió hasta un oscuro aposento y vio como dos seres que no conocía estaban, en apariencia, mirándose por unas oberturas que poseían en sus informes extremos. El animal, intrigado, se situó detrás de una columna y escudriñó ávido y temeroso. Las sombras cubrían el espacio teñido por la oscuridad. Desde la columna, único paisaje palpable, contemplaba. Había bajado a las profundidades por un agujero que hiciera en el patio, al lado de su casa. Era temprano y se deslizó con indefinible rapidez hasta que le pareció caer blandamente hacia ningún lugar. Con sus ojos de perro maravillado observaba. Las cosas informes estaban frente a frente. El animal pensó que era lunes y que mañana le correspondía pasear con los niños por el parque. Al bajar por el agujero del patio presintió la exactitud del día porque el bus que pasaba frente al portal lo estaba haciendo como cada lunes a las diez de la mañana. Luego cayó por la columna.

De pronto sintió que algo o alguien lo tiraba de los pies y como por arte de magia la columna se esfumaba a medida que subía y los seres



informes mantenían sus aparentes distancias entre ellos y respecto de él. Pasó a una luminosidad familiar desde el oscuro aposento. Estaba de cara al cielo y alguien le pasaba un húmedo pañuelo por la frente. Ojos de niños lo escrutaban. Al levantarse en cuatro manos vio la casucha del perro de la casa y una pequeña abertura por donde asomaba parte de un hueso. La escalera sobre el suelo tenía roto un par de peldaños y el martillo con los clavos aparecían ligeramente encima del techo. Levantó la vista y vio que el bus cruzaba frente al portal de la casa. En una mano sostenía el húmedo pañuelo y al pasar la otra sobre la cabeza dos pequeños gusanos le helaron su frente de hombre.



CONFESIÓN

¿Y tú en quién piensas al hacerlo?, le pregunté de nuevo mientras miraba el suelo buscando la ayuda de alguien que lo sacara de ese atolladero en que por iniciativa propia se metió, y se rascaba la cabeza confundido, se sonaba la nariz presionando con el índice y el pulgar su tejido cartilaginoso esperando que el aire dejara de penetrar, pobre iluso, por sus vías respiratorias, que ahora sí respiraban el aire de la humillación, ya que nadie sacó a colación el tema, sin embargo, él insistió, nos sedujo con sus intentos reiterados y su malévola sonrisa, o maliciosa, como la denominaba Panda, hasta que el juego de naipes se transformó en un suave parloteo sobre las formas y piernas de las mujeres del barrio, o de aquellas otras que emergían de tarde en tarde en un baño semi oscuro, en los galpones o en las débiles ramas de los ciruelos que se cimbraban como si el viento estuviera de plácemes y nadie, ni don Simón, que a esa hora se aferraba el sombrero con las dos manos en un vano intento por paralizar la brisa inexistente, o doña María, la bolichera, que afanosa colgaba las sábanas de un lavado efímero

como el sonido de los árboles, suponían qué pasaba, pero claro, Tito callaba y no porque fuera tímido en exceso, lo que traducía el juego en algo enigmático, sujeto a rápidos paseos mentales que debían dilucidar el porqué de su misterioso secreto que tendría que salir a flote, porque los compromisos son sagrados, sobre todo los del juego, que ya no es tal, sino que comienza a transformarse en el deseo ineludible de desnudar el alma de Tito, qué digo alma, el cuerpo y, específicamente sus partes bajas unidas a un despliegue imaginativo, ya que nadie, (a confesión de parte no hay más que hablar) negaba necesitar la imperiosa idea visual o el acomodo de una representación no teatral del asunto, sino en términos personales y privados, personales, porque el instinto colectivo no involucraba a nuestra conciencia, me refiero únicamente al problema que tratamos, ya que lo más colectivo conocido eran las pichangas de fútbol y uno que otro cumpleaños venido a menos, siendo ya pocas las invitaciones y cada vez menor el deseo de llegar a comerse una torta infantil que, aparte de ser dulce no tenía otra gracia, salvo, y en eso estábamos de acuerdo, la de mirar las partes prominentes a alguna de las hermanas, o bien, insinuar un acomodo de manos a la empleada, que muy risueña se escondía tras los cortinados como si temiera, igual que Tito, ruborizarse frente a quien la sorprendiera, cuando en realidad se sorprendía de sí misma, y tú que has ido a comerte

un pastel so pretexto de olvidarte que crecemos a pasos agigantados y que mañana, a eso de las cinco de la tarde, estarás metido en alguna oficina o un bus repleto de sudores viendo pasar el día y la gente o viendo que te ven como si no fueran a verte más y luego, qué más da que ahora no aproveches las incitaciones de lo tentador, lo que allí se ofrece al alcance de la mano y de cuyo pensamiento es mejor ni hablar, no vaya a ser que la señora, la madre de José, te descubra con la ropa en los hombros y tú como si tal cosa, incapaz de silbar algún bolero o de sonreír, observando las cortinas donde ella ha dejado un halo de rosas que no son rojas, apenas si de una opacidad condenado a imaginar el resto de tus días y, segunda denominación o privacidad para los estados de onírica contemplación, en los que asoman como una fila de etapas desatadas, lo peor o mejor de tu naturaleza, y vas dejando encima de las camas, colchones o sitios más increíbles, tus huellas de niño sonrojado, apretado en tu triste forma de escudarte en esa timidez prefabricada, porque Tito te conozco, dije, y a mí no me vienes con cuentos, qué es eso de la moralidad, ¿se come?, preguntamos a coro, o eso de que los padres puedan oír, ¿qué padres?, inquirimos en una repetida y deslucida entonación, si estamos solos, ¿o es que acaso has hecho votos de fraile candoroso?, preguntó sarcástico tu mejor amigo, qué mejor, peor, diría Alex, reventando de golpe y porrazo tu amistad ideal-



zada, aquí las cosas son como deben ser y no como quisiéramos que fueran, así que basta de rodeos, que esto no camina, que está bien dicho si no se dice, cuando todos lo han confesado y ya te decíamos al principio que si alguien no estaba de acuerdo se retirara, que a lo mejor tendría tiempo de santiguarse a la hora del almuerzo en la hipócrita reconstitución de almas ignoradas como si la vida fuera una comedia eternamente reiterativa, pero no, ya sabemos que estamos hechos a nuestras medidas, así que le pedimos que no agachara la cabeza y fuera a llorar, menos ahora que todos nos habíamos reído a mandíbula batiente de cada uno surgiendo escenas inusuales, lo que equivale a decir que el hombre no tiene espíritu de superar lo cotidiano, cuestión que no vale la pena discutir ni teorizar, al diablo lo teórico, dijimos en el tercer acto de nuestra coral manera de contestar, como si nos hubiéramos propuesto destrozar a Tito, pensamos en más de una ocasión mientras estaba allí, pálido y ojeroso de tristeza, rasgándose las rodillas como queriendo penetrar la carne y llegar a un hueso insensible al que pudiera sensibilizar con su, creíamos todos, ridícula manera de comportarse, porque se dijo esto o aquello y nadie censuró, palabra que por lo demás desconocíamos como ignorábamos tantas otras, ya que se trataba de reírnos, o bien, sino de reírnos, ya que la risa dura lo que la imagen en esfumarse, al menos de reelaborar la situación vivida por otro que, trému-

lo y palpitante hablaba como si el mundo se concentrara en una oscura galería donde nuestras respiraciones se entrecruzaban raudas como las visiones que llegaban, saludaban con una venia de piel y remotas sensaciones ajenas, pero vividas por todos, ya que a cada cual según sus necesidades, recalcó Pedro, como si entendiera lo que decía, o a lo mejor lo intuía, vaya uno a saber en ese tiempo, distinto al de ahora en que cada uno ha dejado de ser y vive para su adentro, otra vez como tu Tito, equilibrado en tu indecisión, pero si las reglas fueron claras y no se trata de ser condescendiente contigo por ser el menor, por lo demás todo el mundo lo hace, hasta tu padre, si, seguro, si Panda lo vio el otro día por las entreabiertas tablas del galpón, y no mires de esa forma, no te hagas el despistado, tienes que sacarte la venda, que por lo demás te has colocado solo, así que no vengas con seudo santidades, y está bien que vayamos a misa los domingos, nadie es profeta en su barrio si no cumple con su deber de buen hijo, y aquí las apariencias no engañan, sino que identifican, y tu podrás vivir mejor que nosotros, ¿mejor? ¿en qué sentido?, vaya uno a saber que es superior para ti e inferior para nosotros, pero a la hora de las presentaciones varoniles cada uno lo sabe, y si no lo sabe, pues que aprenda, qué es eso de ponerse a lagrimear como niña bonita, aquí ni los perros aúllan en las noches, así que no nos vengas con cuentos de viejas pechoñas, sabemos cómo son los



velorios y ahí sí que puedes llorar, aunque no sepas porqué, pero cuando se llora se llora y si la mayoría decide cumplir un compromiso se cumple, o hasta aquí no más llegamos con el juego, que de juego con tu actitud le va quedando muy poco, y podrás acusarnos, decirle a tu madre que otra vez Julián te ha obligado a hacer lo que no quieres, pero que quede claro que nadie te ha presionado a venir a este rincón, el patio es ancho para irse y las calles aún pueden cruzarse por niños menores de catorce años, si es que se puede llamar niño a alguien que está rompiendo la idea de la pubertad como quien rompe un cascarón de gustos almidonados o de palabras secretas o escondidas a propósito para que las manejen los que tienen las llaves de la hipocresía, ¿de la hipocresía?, sí, puede ser el término correcto, aunque a ser sincero no creo que se tenga claro como término, pero sí como reacción epidérmica, y no sé si tú habrás notado, Tito, que hay palabras que nos ponen en guardia, te iba a decir de gallina, pero la cobardía nada tiene que ver, sino que en guardia, porque estás a la expectativa, ahí, siempre esperando que otro dilucide el problema, y el problema es que nadie va a hacerlo si tú no eres capaz por tus propios medios, lo que también es poco menos que imposible, porque, ¿qué medios te son propios a esta edad?, en fin, creo que me entiendes, y si vienes a decir que deseas ser mejor que nosotros te quedarás en el deseo, además de que-

darte sólo físicamente, y está bien que escuches esa musiquilla ridícula e inentendible hasta para quienes la compusieron, y están muertos, dirás, y con mayor razón, te contestaremos, para que llegues aquí con pretensiones de grande que ni siquiera puede pararse en sus dos pies, y apenas si sabes, aunque estamos empezando a dudar que lo sepas, qué es un hombre, y si bien tu diste la idea ellas son meros símbolos si no se traducen en algo concreto, y bueno, será absurdo o tómallo como quieras, pero hasta ahora la humedad de tus ojos no dice otra cosa que mocosos acartonados, mimos de niño bien, acurrucado contra el enorme pecho de tu madre mientras aprendes a valerte por ti mismo, luego qué pretendes con eso de separar, de establecer categorías si tú y yo y Panda y los demás estamos en las mismas condiciones, y no se trata de ningún cántico dorado, sino que de realidad pura, de pura realidad que se nos mete por el cuello, por las orejas, que nos persigue por las piernas cada vez que corremos por la playa o se esconde tras los arbustos del cerro en medio de las sombras y nos llamamos como si quisiéramos encontrarnos para siempre y sabemos que aquello es inútil, que no es otra cosa que un sueño que termina si alguien te halla arrodillado junto a un árbol o de cúbito abdominal bajo las ruedas de los camiones, y allí el juego acaba y comienza el otro que ignoramos qué nos depara, quizás nada o quizás nada nunca, lo que sería más trágico que llo-

rar, te repito, como baboso o soltera empedernida, y ya descubrimos cómo llora la vieja Domitila en la soledad de su habitación, porque más de una vez la espiamos detrás de los manzanos cuando se sube los vestidos en el baño y la escuchamos quejarse con dolor de su antiguo deseo de ser mujer para que nadie se haya dado cuenta de ese pequeño gran detalle, y por supuesto que su canto de sirena ahogada es demoledor, pero qué quieres, ¿qué todo el mundo cante a su compás y se destrozce como pájaro decadente o vuelo sin alas?, creo que las cosas no van a cambiar demasiado por el hecho de que eludas tu existencia como si esquivaras una bicicleta al dar vueltas a la manzana queriendo alcanzar el eje central de aquellas vueltas, porque dicho está, y no sé si fue un visionario quien lo dijo, que había que ser como uno era, y si no te decides a decirlo más vale que desaparezcas y no andes con proposiciones de trovador decadente cortejando a esa niña que si supiera que tienes los pies de barro y la conciencia de un mojigato te daría, y ten por seguro, te dará, un soberano puntapié de desprecio e imaginarás que las muchachas no te rompen la boca a puñetazos, pero sus golpes duelen como si te pasaran la aplanadora municipal, y ahí sí quiero verte, llorando de nuevo, y no vendrás después queriendo demostrar demasiado tarde que también eres hombre, si sabemos que lo haces, todos lo sabemos, y nadie escapa a su destino natural como quien

arranca de un correazo, porque lo que es así no tiene vuelta, y lo que podría causarte pérdida de atributos no es más que tu propia culpa reprimida que quieres te persiga por el resto de tus días, y siendo así, qué más podemos decirte que no te hayamos sugerido por sobre tus poemitas, que no niego puedan valer algo, pero no tienes por donde que sean leídos si primero no sacas el balde de tu cabeza y miras a la gente con la decisiva fuerza de una persona dúctil, o lo que sería mejor, con serena convicción de que las etapas son un mal necesario e indispensable donde se concentra la virtud y el defecto de cada uno, y ahí te quiero ver equilibrándote, y no como ahora, que apenas tienes un mínimo cansancio en la frente y algo de arrugas, cuando nadie suponía que estábamos hechos para envejecernos como torpes figuras de cera derriéndose bajo un ropaje que se pega al cuerpo, se te pega, y veo que tu rostro suda y las manos se toman los dedos desesperadas como aferrándose a sí mismas en un juego vano, que esa vez te negaste a jugar, como si fuera posible huir de la propia persecución, cuando la verdad, por dura y terrible que parezca, es la misma que insinuaste, que insinué, dijiste acorralado (como ahora) contra el último rincón de la habitación, sudoroso y pálido, como te estuviera forzando a decirnos quién ocupaba el sitio de tus devaneos imaginarios, quién llenaba el espacio de tu secreto deseo de despertar tratando de salir de algún viejo labe-

rinto y escaparse en un intento de fugaz sensación y, extraña paradoja, de lo definitivo, porque te reitero, nada puede salvarte (como aquella vez) de lo que nos querías decir (como ahora) y que tú sabes mejor que muchos de nosotros que nos quedamos solos o derrotados, y que tendrás que confesar de una vez por todas, y que no hay espejo que no te retrate pretextando escudarte tras un antifaz, como aquella dolorosa vez en que confirmaste las sospechas de quienes te escrutábamos con recelo, como ahora yo te miro aferrado a tu triste incomodo, a tu pobre forma de no saber enfrentarte contigo de una vez y para siempre, de nuevo como esa tarde en que a fuerza de interrogativas miradas y dudosa creencia de tu masculinidad reconociste al fin (no como ahora) que te masturbabas pensando en mi hermana, en mi frágil y límpida hermana, envuelta en su vestido de terciopelo azul o arrastrando su larga cola de primera comunión y que, a esas alturas, pobre hermana mía, jamás imaginó (menos tú) que nos iba a estar observando por la entornada puerta de la cocina, mientras tu y yo nos mirábamos como aquél día con los ojos llenos de lágrimas después que lo dijiste.



LA CUCHARA CAYÓ SOBRE LA ALFOMBRA

A Jaime Riveros Aedo

A las once de la mañana llegamos al banco donde Javier asesora. Un amplio ventanal cubierto de símbolos me saludó cortésmente y respondí limpiándome la suela de los zapatos en un mullido limpiapiés de la antesala. La secretaria miró a Javier con destellos en los ojos. Los hombres transitan por el lado con llamativas corbatas y limpias apariencias. Se saludan dignamente y conversan al pasar del movimiento de las acciones y las notas del periódico matinal. La secretaria redondea sus pupilas en un movimiento perceptible hasta para el más neófito en coquetería femenina. Javier me dice que lo espere mientras dialoga con un individuo de terno impecable que se introduce rápidamente por una puerta lateral dejando una estela de respetuosa autoridad. Me acomodo en los pulcros sillones y observo las ventanillas metálicas donde los cajeros cuentan sin cesar el dinero de otros y,

donde también cuentan sus días y sus vacíos. Antes de poder pensar en nada pienso en la forma de sentarme. La secretaria tiene su reojo puesto en mis movimientos. Para no defraudarla cruzo delicado una pierna encima de la otra y con mi mano derecha aferro firme la rodilla izquierda mirándola con decisión inexpresiva. Los hombres continúan rozándose en silencio cada vez que sus pasos parecen danzar sobre la gruesa alfombra. Una bandeja se acerca por detrás y una sonrisa rutinaria se me insinúa como mueca de relojería ofreciéndome el café de las visitas importantes. Me siento ridículo, pero no tengo ánimo para rechazarlo. A medida que sorbo el café me lleno de cansancio y cuento lucecitas que aburridoramente se persiguen en el techo. Luego extraigo un libro del maletín y he ahí el comienzo de la tragedia.

Como la espera se prolonga, para acortarla me levanto del sillón y extraigo un libro del maletín. No debí hacerlo, pero el hecho irrefutable es su reconocimiento. Al realizar la acción algo no cuadra. Desde el interior se desliza suavemente, como atraída por fuerza misteriosa, una cuchara plateada que culebrea graciosa en el aire y cae al suelo con un ruido ensordecedor semejante al tañido de cientos de campanas. Supuse que aquel ruido era producto de mi imaginación, que me pareció ver que la cuchara caía y creí escuchar su metálico sonido sobre la alfombra. Pensé aquello en el lapso que medió en la caída, porque me pregunté

qué hacía una cuchara dentro del maletín y como emergía en forma inoportuna. Pero no. El estruendo metálico atrajo las miradas de los hombres que hablaban de las acciones. Los cajeros se cubrieron las orejas con varios fajos de billetitos verdosos. La secretaria abrió los ojos como si le penetraran agujas incandescentes. El hombre de terno rígido y apariencia respetable se cuadró frente a la puerta de su oficina y Javier me señaló con uno de sus dedos en los labios que callara. Aquello estaba de más, porque yo no sabía qué pasaba y sólo atiné a mirar esa cuchara que giraba sobre la alfombra y que de pronto empezaba a crecer mientras yo me reducía. A medida que se producía ese extraño fenómeno me aferré al mango de la cuchara con mis diminutos brazos. Creí que terminaría irremediablemente vencido por mi propia desaparición, que no había manera de detener ese ridículo proceso de efectos invertidos. Pero entonces Javier me habló con voz segura palmoteando mi la espalda. Se disculpó por la demora involuntaria y a medida que su voz llenaba mis oídos yo recuperaba mi propia voz y mi estatura. Pensé que afuera el día esperaba de nuevo nuestros pasos. Retomé a duras penas la vieja cuchara plateada echándola sobre uno de mis hombros y comencé a seguir las pisadas de Javier, que raudamente buscaban la salida.





LA MUERTE QUE NO PUDO CUBRIR LA PRIMAVERA

A César Nahuelquín

No sabía cómo ese hombre, delgado y pálido, había llegado hasta su vida. Lo miraba con gesto de incredulidad pensando todavía en el apogeo de una fiesta primaveral interminable y cuyos ecos musicales aún remecían sus oídos. Lo acomodó en la silla de ruedas tapándole las rodillas con una manta incolora. Sentía su propia respiración agitada y de continuo tocaba con los dedos los vidrios de las ventanas como queriendo atrapar un sueño o descifrar el sentido de esa oscuridad que dejaba en penumbras los pasillos. Tosidos apagados llegaban a través de dormidas galerías. Una luz roja, al fondo de una estancia lúgubre, titilaba apenas como si le guiñara insinuante sus propias deficiencias. Le extrañaba escrutar ese rostro pálido y ojeroso. Recordaba vagamente el gentío abrumador, el humo de los cigarrillos subiendo hacia las serpentina que ornaban el techo descascarado y el

ruido de copas celebrando el primer escrutinio de los votos. Sin embargo, aquel panorama alentador en nada presagiaba un giro violento en su vida, no obstante que el miércoles de resurrección, Lucrecia Casanova, con voz socarrona intercalada de silbidos bronquiales, auguró un término de luto. Como sus vaticinios solían ser descalificados por demasiadas evidencias nadie se preocupó en demasía. Lucrecia vivía sacando la suerte y cortando los empachos con un pañuelo revestido de cenizas desde hacía más años que los celebrados por el club. Algo moría en ella y mucho estaba naciendo en los demás como para vivir permanentemente de premoniciones fracasadas. De ahí que la fiesta de primavera como instauración novedosa de tiempos mejores se le ocurrió a César Retamal una tarde del mes de julio cuando la nieve cubría gran parte de los pensamientos y mirar por las ventanas significaba llenarse de una claridad monótona. César se dijo que la vida no podía seguir un rumbo tan predeterminado. Si todos aquellos años sobrevivieron al amparo de sus propios sueños hechos añicos algún derecho tendrían para decidir por nuevas ilusiones. La práctica cotidiana indicaba que nadie estaba exento de morir, pero morir en vida era terrible. Decir que sí por el mero antecedente de un sojuzgamiento sin causa ni razón aparente se le antojaba a César un destino injusto, no sólo para un país o una ciudad, sino para su propio Barrio Yugoslavo, que asomaba al mundo

oscuro del continente como el reflejo de una perla venida a menos. Y lo patético residía en recordar un pasado diferente donde los niños jugaban hasta que la noche remolona surgía en la parte alta de la ciudad como si la estuvieran empujando. La cancha recibía los gritos infaltables de una cuarentena de muchachos que no pensaban aún en despertar en la tierra de ninguno y de todos al fin. Sus correrías todavía resonaban en el espíritu de los más viejos que asistían a una fiesta irrefrenable donde reaparecía el sentido de una dirección que creyeron perdida. Tal vez era demasiado tarde. Más de uno se sintió con una ilusión forzada en su interior. Pero, la necesidad de creer estaba siendo una cuestión imperativa que no se podía desechar por un simple capricho de la voluntad. Y la voluntad se iba al deseo de vivir, al extraviado mundo de la solidaridad que se había trocado por la superación individual hasta en los hábitos más triviales. Por eso el primero de noviembre una multitud insospechada miraba estupefacta por las ventanas del club. Las telarañas danzaban en los rincones y fue necesario cepillar el piso para recuperar su textura lisa y brillante. Mujeres y hombres presurosos entretejían el cielo raso con papeles de colores y volvían a colgar en las paredes los retratos deportivos olvidados bajo el polvo. Una torta gigantesca se colocó en mitad del salón cubierta por una lona deshilachada que evitara tentaciones prematuras. Y cuando el sábado hizo su programada aparición

y las guirnaldas otorgaban una luminosidad inusual César cortó una cinta simbólica con los colores de la bandera nacional. Y ahora, dubitativo, acechado por un presentimiento que agudizaba su conciencia, César Retamal deambulaba como un ser inadecuado por esos largos pasillos de un hospital desconocido. Esos tosidos ahogados delataban presencias humanas postradas largas horas en habitaciones necesarias. Desconcertado y súbitamente desencajado de la realidad miraba a ese acompañante inaudito que sentó en una silla de ruedas encontrada tras una puerta. Al llegar a la sala de espera, donde madres famélicas acunaban hijos desnutridos y extenuados borrachos gemían incoherencias, una enfermera de rostro inescrutable le preguntó por el nombre del paciente. César respondió que lo ignoraba, que él era el presidente de un club deportivo donde se esperaba la llegada de la primavera y que de pronto ese hombre cayó cuan largo era sobre el suelo humedecido. La enfermera lo observaba mientras se pasaba un dedo por las mejillas arrugadas y sonreía con gesto desdeñoso. Resolvió que esa historia absurda no podía consignarse en los libros de ingreso. Se limitó a escribir el nombre de César y colocar un asterisco como si fuera un hecho inusitado. Luego le dijo que esperara en el pasillo. *En este pasillo*, piensa César, donde hace dos horas se pasea con un hombre ignorado que repetidamente se inclina hacia delante como un porfiado monigote de

goma. No le cupo duda de su muerte. Al acercar la oreja hasta el corazón del individuo sólo escuchaba su propia respiración anhelante. Se le antojaba ridículo recordar cómo lo había sacado del salón, arrastrándolo de las axilas y soportando insistentes empellones. Como una exhalación cruzaron en medio de la fiesta. Antes, más de un curioso había sobado ese pecho inerte intentando revivirlo. Un anciano hurgó en su garganta con los dedos buscando provocarle arcadas y si vomitaba era señal inequívoca de vitalidad. Un niño le había sacado los zapatos y cosquilleó con picardía sus calcetines anaranjados. Con su carga mortuoria por el suelo empujaba a las parejas aseverando que el vaticinio de Lucrecia era un acierto, aunque su fuero interno dijera lo contrario. Sin embargo, escuchando el taconeo de sus pasos sobre el embaldosado concluyó que el hombre era un cadáver desde el mismo instante en que se precipitó al lado del mesón. Se dijo que todo lo preparado no tenía un objeto tan preciso ni determinado como la llegada de la muerte. Intentaban sobrepasar la desidia ciudadana con una fiesta que les traía como advertencia la absoluta temporalidad individual. César tuvo la certeza repentina que el hombre muerto lo había designado desde mucho antes como el único capaz de asistirlo. Repasó por un fugaz momento esa mirada vidriosa estigmatizándolo antes de caer. Quizás por ello se vio acorralado y por más que pretendiera despreocuparse no hizo otra cosa



que mirarlo cuando boqueaba rodeado de curiosa indiferencia. Nadie procuró hacer nada. Y como la alternativa era una sola lo sacó entremedio del gentío ruidoso. Los supuestos familiares del muerto le dejaron paso como si estuvieran acostumbrados a sus impertinencias y la nieta, obesa y distinguida candidata a un reinado incomprensible, desde un palco de madera le insinuó a César que aquél desconocido pronto despertaría para seguir bebiendo. Pensó que aquella lucecita rosa e intermitente como un faro inútil le indicaba que nadie acudiría en su ayuda aquella noche. Nadie le preguntaría más de lo preguntado y él estaba seguro de cumplir lo que esa mirada le había designado. Tomó el camino de salida empujando con tristeza la silla de ruedas. Al llegar a la puerta se echó el cuerpo sobre los hombros y le pareció inevitable llevarlo hasta una dirección que encontró anotada en un bolsillo de su vestón azul. Y más inevitable aún encargar un ataúd en la funeraria ubicada frente al hospital y avisar luego a los familiares que debían velar a aquel muerto, apenas hicieran un alto en la fiesta primaveral.



LOS GOLPES

La razón que tenía para acercarme a la puerta y golpear con los nudillos no la conocía y tal vez, en ese momento, era lo que menos importaba. Golpeaba inconsciente y la piel se me rasgaba sin notarlo. Un pajarillo se posó en un hueco de la canaleta que chorreaba pausadas gotas y desde el interior se escuchó un suave parloteo con sus pequeñuelos. Las gotas seguían cayendo frente a mis pies, aunque había dejado de llover. Un perro ladraba sin premura, con un ladrido habitual. Lo miré mientras mis dedos seguían taladrando como un cansado pájaro carpintero. No tenía sueño, a pesar de no haber dormido desde el día anterior. Alguien abrió y una voz extraña brotó de mi garganta preguntando no sé por quién. Yo continué golpeando la puerta entreabierta y la joven pelirroja, de espinillas mal disimuladas, me observaba intrigada. *No está, pero debe llegar dentro de poco*, dijo con una voz que tampoco parecía suya. Era un día en que las voces no pertenecían a nadie en particular y las palabras cortaban el aire como algo insensible y opaco. De pronto la pelirroja ladraba rutinaria y yo, impasible, pero

con los ojos bien abiertos, escrutaba el meneo gracioso de su cola y sus largas orejas que se movían divertidas al compás de los ladridos. Su cuello se convulsionaba a intermitencias, como si expulsara algo indeseable desde lo más recóndito del cuerpo. De un plumazo el perro adquiría las más hermosas espinillas que yo haya visto y unas calcetas arrugadas y ridículas que le llegaban hasta el extremo de sus patas arqueadas. Imaginé que los fabricantes de calcetas tendrían una ampliación de mercado confeccionando con la mitad de materia prima y se usaría crema antiacné en las caras de perros desolados. Que pelirrojas destartaladas llevarían collares más económicos, aunque fueran pesados e incómodos. Las gotas de la canaleta seguían salpicando mi pantalón, aunque más espaciadamente. Mi mano derecha era insensible hacía rato y apenas parecía modular una melodía lastimera con los nudillos destrozados. La mujer-perro se mostraba condolidada. Intentó apaciguarme, pero al abrir la boca mostró una inmensa lengua chorreante y unos colmillos puntiagudos que parecían clavarse en la nariz que, dicho sea de paso, era negra y húmeda. *Tal vez las gotas de la canaleta le cayeron con barro*, pensé. Mientras insistía en decirme algo dirigí la mirada al quiltro que me hablaba en un lenguaje años luz distante. Extraño animalillo: vestía falda corta y plisada de color gris oscuro, zapatos desgastados de tono indefinido, pero lo que atraía mi atención era su

pelo rojizo, como si fuera una inmensa hoguera que comienza a declinar. El calor hacía lagrimear sus ojos espinilludos y una brillantez desagradable brotaba de los pelos de la cara. Eran tres los años que yo golpeaba. Los huesos de la mano casi se veían al trasluz. Había golpeado en la soledad de mis libros, sin perros que hablaran como humanos. Había golpeado en los cines, en las arenas de la playa y en los buses repletos de golpes colectivos. Pero allí, donde la lluvia atraviesa canaletas y parece quemar los zapatos, no me atrevía a golpear. Quizás ya fuera tarde, pero allí estaba si de algo valía. A esa hora los trenes silbaban como pájaros y los pájaros parecían inmensas locomotoras devorando el aire con su sonido atronador. Mi sensibilidad era extrema e incongruente. Mis pensamientos, discontinuos e ilógicos. Pero nada era lógico en ese instante, o tal vez lo más natural fuera yo, que al fin y al cabo no profería ruido alguno y mis sentidos se desplegaban con plena autonomía. Tenían su independencia bien ganada. Demasiado tiempo la sintieron. La pelirroja ahora me mordía la manga del vestón. El perro, intranquilo, se tocó las mejillas con sus manecitas repletas de anillos dorados y dijo algo que no entendí, algo así como que me fuera, que todo terminó. Pero deseché la idea, más aún si los perros no hablan, aunque me siguió inquietando su pelaje enrojecido y esas calcetas absurdas adquiridas a precio de liquidación. Mis nudillos ya sangraban.



Eran tres años golpeando fuera de lugar. Desde el interior me llegó un perfume que olí en alguna parte, alguna vez. La puerta se entreabrió un poco más. El cielo se apretó bien de oscuras nubes. Entre las pelirrojas patas del perro se asomaron unos ojos pequeñitos. *¿Cómo te llamas?*, preguntó una voz extraña que no sentí como propia, y una voz alegre, que oí en alguna parte alguna vez, dijo un nombre que no era el mío y que mamá llegaba luego. El pájaro terminó su parloteo, asomó temeroso su cabecilla y oteo a uno y otro lado. De la canaleta cayeron varias gotas a la vez. Llovía. Me pareció que la pelirroja desteñía con el agua. El perro ladró las doce del día. Desde lejos llegaban sonidos de autos, de sirenas, de ruidos que venían de algún sitio, de algún lugar remoto y perdido. Era el ruido uniforme de todos los ruidos reunidos. Llovía con fuerza. El pájaro alistó sus alas, trinó dos o tres veces y se alejó calle abajo entre la lluvia.



NO SUPIERON DE QUIÉN ERA EL ENGAÑO

A René Cárdenas Eugenin

Cuando los agudos acordes del orfeón de carabineros trizaban de nuevo los cristales y la ansiosa muchedumbre lanzaba serpentinas y papel picado en otra celebración de la independencia nacional, Adolfo Caibul apareció desnudo en mitad de la calle. Su inesperada presencia silenció el griterío ensordecedor y los párpados ensancharon exagerados su radio de acción para que todas las pupilas retrocedieran incrédulas. No se supo si cayó de un edificio o destapó una alcantarilla. Sin embargo, estaba allí como un ángel corpóreo que olvidaba sus alas a propósito para cubrir apenas sus desnudeces con un bochorno mal disimulado. De inmediato se pensó en un Adán moderno y antiguo fusionado como si fuera una escena de perplejidad donde su propio estupor le traía movimientos de labios inaudibles. Entonces Adolfo Caibul sonrió y su sonrisa fue creciendo para tocar las mejillas de los demás, y luego atravesó las

paredes, los huertos, las parcelas deshabitadas, desalojó de golpe el dolor de los hospitales punta-renenses hasta que volvió sobre sí misma convertida en una risa incontenible. La plaza se llenó de alegría y los edificios recuperaron su blancura olvidada. De los árboles deshojados descendieron trinando pájaros multicolores que podían danzar en el aire al compás de una música insonora, al tiempo que volaban de espaldas al horizonte. Pero, Adolfo Caibul, poco a poco, fue perdiendo la sonrisa. La reemplazó una mueca quejumbrosa que distendió su rostro y pensó en lo fugaz de la felicidad. Se pellizó un muslo para espantar el sueño. Lo primero que haría al despertar sería retroceder un día y darse un largo baño en el Estrecho. Y aunque extrañamente tenía en sus oídos el canto de los jilgueros miró sorprendido a su alrededor. Pestañeó repetido como si no fuera posible que un escenario tan real se esfumara en pocos parpadeos. Porque ahora estaba vestido de pies a cabeza con su eterna levita negra, su camisa almidonada, sus zapatos de charol desdibujados, sus embarrados guantes de cabritilla y el infaltable sombrero de copa aplastado como si alguien acabara de sentarse en él. Sus ojos soportaban con dificultad esa mirada de insondables tonalidades azules que tantas veces escudriñó en la penumbra intentando aferrarse a su perpetua indefinición, y que lo estaba interrogando sin palabras, esforzada en creer que el mundo giraba a la inversa de las

ilusiones de Natalia Varas, que volvía de un presente de procesos acumulados sobre un escritorio, atravesando la materialidad de Adolfo Caibul que, por vez primera, confundía vestimenta y desnudez y escuchaba cómo sus dientes castañeaban incontrolables para que el secretario del tribunal, enmohecido en su rincón, levantara sus anteojos sin entender de dónde provenía ese ruido discontinuo. Una voz monocorde explicaba la comisión de un delito, mientras Natalia Varas se limpiaba la nariz con papel higiénico, observaba sus rosados expedientes, las rejas de los calabozos desocupados vislumbrados por una puerta accesoria entornada donde pernoctaban semanalmente un pordiosero y una prostituta, que ahora le tendían las manos como si le imploraran no sabía qué, porque esos labios resecos se movían en la quietud de un espacio vacío y redoblaban inquietos una letanía inentendible. Con lentitud Natalia Varas se alejaba de su sillón de terciopelo gris desgastado y se veía contestando preguntas incoherentes ante una comisión examinadora. Le colocaban una toga granate y un birrete azul y rojo cuando ella extendía sus dedos huesudos sobre una biblia descolorida y juraba que nada en el mundo de los hombres la apartaría del camino del Derecho. Pensaba en la exactitud de la justicia, en la forma cómo repartiría a cada uno lo suyo y que sus necesidades estarían en directa concordancia con las exigencias de los demás. Así, podría articular sopesadas

decisiones y golpearía la balanza de la ley siempre en el mismo sitio. Pero, los años entraron por las rendijas de sus habitaciones y a fuerza de gastar sus visiones de códigos y quemar sus pestañas en cúmulos de graciosos fallos repetidos el espejo le fue devolviendo cada día una imagen solitaria. En el cuello asomaron las primeras preocupaciones verdaderas y una mañana de agosto, en que aun los gatos maullaban en los techos sus amores acentuados, Natalia Varas sentía una especie de lacerante deseo femenino. Lo desechaba, como todo aquello que no tuviera razón explicable. Pero, asomó en la frente un cabello blanco y tras las orejas empezaban a platearse curvas inevitables. Su descenso coincidió con esa música estridente que llenaba el salón municipal saludando de nuevo otra engañosa primavera. Y al ir de los brazos del alcalde hacia los del tesorero provincial se interpuso esa apostura de gigante varonil que la llevó por la pista como si trasladara una pluma de cisne con el cuidado que otorga la veneración. Porque, de inmediato se creyó idolatrada y en desmedro de su posición distante asumió una humildad que la incapacitó para pensar y decidir. Solo tenía sentidos para Adolfo Caibul. Únicamente él podía sacarla de su frialdad confiscada al poder, de esa equidistante forma de encerrar el destino de los hombres, en que el azar era manejado con mano de hierro para que no cupieran dudas sobre la división social. Y sucedió que Adolfo

Caibul, que ahora la escrutaba en silencio sintiéndose grotesco pájaro enjaulado, tuvo la osadía de besarla en los labios al compás de un desafinado bolero interpretado por el infaltable orfeón de carabineros. Y ese beso tuvo la virtud de desalojar el local como por encanto, pero sirvió también para que ambos danzaran hasta la madrugada como si el tiempo se amarrara entre sus ojos. Y Natalia Varas trastocó su existencia. Se dio prisa en reparar el mal causado con su inflexibilidad. Y ocurrió que al despedirse de Adolfo Caibul se prometió a sí misma variar su apego al dogmatismo, porque él le prometió un regreso apresurado. Y Caibul no solamente retornó cumpliendo su promesa, sino que hizo del futuro una programada sucesión de visitas a Natalia, y en su cuarto alfombrado viraban el mundo y retomaban el principio del ser que ella creyó olvidado. Supo que Adolfo Caibul no le revelaría su origen ni el lugar que habitaba en el espacio. Y en un comienzo no le importó. Sólo deseaba compartir sus horas como si nunca terminara de descubrir que su instinto estuvo adormecido demasiados años. Pensó que si era amor lo que sentía podía claudicar ante las progresivas exigencias de Caibul, que le iba sugiriendo inusuales formas de proceder. Y ella repasaba sus alcances como un juego entretenido. Caibul le hablaba de la velocidad existencial, de la miseria humana, del porqué ella pertenecía al mundo de los transitoriamente elegidos y que no habría manera de de-

rrotar el inevitable avance de los desposeídos. Natalia asimilaba con cierta aprehensión, aunque soslayaba eventuales discusiones. A ella le importaba el hombre y no las palabras, porque ellas se esfumaban al decirlas, en cambio la sangre podía perpetuarse. Y Natalia sabía que su relación era identificada como pecaminosa y que ese esporádico concubinato rompía la normalidad. Sobre todo, se hablaba de ella, ya que a Caibul lo conocieron de pronto, como si lo hubieran dejado caer en el sitio equivocado. Y muy a su pesar supo qué se decía de Caibul. Lo relacionaban con un extraño de apellido alemán, supuestamente desaparecido luego de la segunda guerra. Que se había teñido el pelo y vagaba por la Patagonia engañando incautos que creían en él como si fuera un profeta bíblico. Así, se dijo que manejaba los secretos del sueño y podía diagnosticar los males de la civilización a partir de pesadillas individuales. Algunos lo emparentaban con la aristocracia decimonónica, que todavía ejercía predominio en los destinos del país. Sin embargo, a Natalia le parecía que lo mítico se confundía con una realidad muy diferente, mucho más simple. Si Adolfo Caibul manejaba tal claridad conceptual se debía a un esfuerzo personal constante y que tendría, din duda, un respaldo académico que la mayoría ignoraba y que ella intuía. Y en especial trataba de congeniar su indecisión con la magnética dulzura que le irradiaba Caibul, siempre dispuesto a aplacar con

besos sus dudas. Porque al llevarlo al plano de la unión definitiva diciéndole que sería hermoso contemplar juntos los amaneceres a orillas del Estrecho o cabalgar cada domingo hacia Río de los Ciervos, él se encerraba en un mutismo calculado para terminar diciendo que la libertad era lo único capaz de mantener sus deseos de vivir. Así, que le sugería regresar a la firmeza terrenal. Que no lo obligara a variar su sentido de las cosas, porque su opción era estrictamente personal. Entonces Natalia Varas se reconcentraba al escucharlo y después trasladaba a su despacho las ideas de Caibul, redactando fallos sorprendivos, dejando en libertad a quienes hurtaban libros de historia y condenaba a charlas semanales a los ladrones de conciencias. Mejoró el sistema carcelario colocando cortinas en vez de barrotes y ordenó que se pintaran murales folclóricos en los calabozos. Insinuó al gendarme que olvidara las llaves y los presidiarios huyeron luego de tres días de discusión, hasta comprender que no era un ardid de la autoridad. Y ahora los únicos que ocupaban el sitio de los condenados eran la misma prostituta y el mismo pordiosero que llenaban la imaginación de Natalia. Y delante de ella, Caibul seguía buscando la profundidad de sus ojos como si pidiera perdón por un error involuntario. Fue entonces que Natalia Varas notó que golpeaba largos años el escritorio con la punta del lápiz como si volviera de un paseo inconmensurable. No habló. No le

dijo a Caibul que no le importaba que lo hubieran sorprendido con un par de gallinas bajo el brazo y lo llevaran a su presencia. No dijo que no le importaba su condición de obrero y que su indumentaria la consiguiera como encargado de la pulpería. No se pronunció al conocer su pasado y presente impregnado de prostíbulos. Tampoco Caibul necesito que Natalia le tradujera el sentido de esa presencia judicial. Él se contempló una vez más en medio del jolgorio callejero con su desnudez abochornada acallando la risa y los murmullos. Y esa alegría que fingió por un momento le llegó como una bofetada en plena calle. Lo indicaban con el dedo de la burla generalizada y Caibul comprendió que nada se ganaba utilizando el amor como escudo del poder. Y, aunque fuera demasiado tarde recuperó la sonrisa que una vez soñó traspasaría a todo lo viviente y esos trinos de pájaros multicolores surcaron el espacio del tribunal como una advertencia inaprensible, y cuando se lo llevaron por la puerta lateral para enclausrarlo entre cuatro paredes, escuchó débilmente la voz de la jueza Natalia Varas ordenando que sacaran las cortinas de la celda y pintaran de negro las murallas.



VÉRTICE

Situados en un punto difícil de nuestra edad, con un pie todavía adherido a un vientre materno imposible de erradicar definitivo, nos colocábamos en un sitio baldío, tendidos entre los pastizales cercanos a la playa para mirar esa ciudad entristecida que extendía sus brazos queriendo atraparnos frente al Estrecho. Esos cielos plúmbeos como antecedente irrecordable, aunque alojado en un remoto lugar de nuestros cerebros, y como presente ineludible que nos presionaba y volvía opacos a veces, oscuros casi siempre, estaban allí arriba de los cerros avanzando veleidosos hacia el mar como una forma evidente que optó por enceguecernos. Deslizándose esa arenilla chispeante por los huecos de las manos alguien hablaba del misterioso mundo encubierto en uno de los granos. Lo tomaba parsimonioso, lo giraba enfrentándolo a un sol esquivo y lo llevaba de pronto hacia los labios. Se imaginaba que miles de insignificantes partículas se buscaban en la quietud del espacio sin poder fusionarse nunca. El universo era ese microscópico pedazo de tierra, pero también era todo aquello incomprensible que se iba agran-

dando sin vuelta sobre nuestras cabezas. Si el cielo se despejaba veíamos esas especies de temblores permanentes en el aire como si todo estuviera vivo. Nos medíamos a cierta distancia con la vista fija en nuestros movimientos. Algo crecía desde adentro y se manifestaba en esas respiraciones agitadas que nos impulsaban a correr sin pausas por las veredas o a orillas de la playa. Como si estuviéramos predestinados a vivir simple y llanamente recorriamos el ámbito de la inocencia sin siquiera imaginarnos un final que nos despertara. Lo que sucedía estaba más allá de una racionalización que alguna vez pudiera fraguarse como embrión indispensable de una conciencia apenas inmediata. Sobre las contradicciones de un mundo perceptible configurábamos lo que una realidad maravillosa y extraña nos estimulaba a realizar. Movidos por ese magnetismo que irradiaban los seres y las cosas nos incitábamos mutuamente a seguir acompañándonos como si fuéramos lo único visible y necesario. Llegábamos a creer que habíamos sido creados al unísono y era muy difícil verse desligados de los otros. Incluso aquellos hombres desamparados que morían miserablemente escondidos en rincones malolientes eran una indivisible parte nuestra. Habían sido colocados en el camino que deberíamos recorrer para entender que no todo es semejante, aunque a veces lográramos creerlo. Si los olvidábamos carecíamos de una parte nuestra y el escarnio a inferirles surgía como un reflejo in-

manejable de ocultos pensamientos que en cualquier momento podrían materializarse. Si era difícil vivir, la incógnita no estaba presta para ser dilucidada. A pesar de que el tiempo se deslizaba en contra de nosotros podíamos avanzar dentro del mismo sitio como si cada día fuera un día nuevo inmerso en espacios diferentes. Por eso pensábamos que el mundo era un remolino ineludible donde todos procurábamos alcanzarnos y lo único previsible era solo vernos. Entonces había que intentar aferrarse a nuestros cuerpos que eran lo concreto, aunque todos los sueños se apretaran en una sola e inmensa ilusión que un día entenderíamos. De ahí que acudíamos a cualquier lugar movidos por extraños elementos y necesidades.

En ese espacio inicial donde todo lo inexplicable era aparente, nos topamos una mañana soleada con Paulina, que pedaleaba indiferente arriba de una bicicleta amarilla y nos lanzaba una seriedad forzada que ocultaba una sonrisa. Sus cabellos largos y apretados en dos trenzas interminables danzaban en su espalda con cada movimiento y nuestros ojos apenas retenían dos cintas rosadas terminadas en un lazo. Pero, lo más impactante en Paulina fue descubrir las redondeadas formas de un pecho exuberante palpitando descompasado tras una polera listada azul y blanco. Hasta ese momento, embebidos como estábamos del mundo anterior, Paulina remecía con su presencia la letárgica ingenuidad punzada pronto por

nuestros primarios instintos. Ella renacía de una nada intangible, aunque pareciera un contrasentido. Porque la veíamos avanzar por una especie de boquete incorpóreo y seminebuloso, como si en la calle se hubiera condensado el grado preciso que oscila entre la pubertad y la adolescencia. Ella do-
raba de quietos deseos nuestras miradas iniciales y, gradualmente, ascendíamos a un intranquilo dormir erótico que nos sacaba a cada momento de los deslindes del sueño. Si ella emergía como una estocada certera en nuestro mundo ambulatorio nos sentíamos débiles e impotentes para acceder de nuevo a orillas del Estrecho. Desde ese instante la ciudad comenzábamos a abanicarla nosotros y sus cerros no tenían la misma actitud amenazante. Si mirábamos a Paulina con sus senos enormes balanceando esa edad que empezaba a consumirnos arrojábamos a un lado los pajari-
tos muertos y dejábamos de subir las escaleras de la chancadora de ripio. Preferíamos quedarnos expectantes en la esquina esperando sentir sus suaves pedaleos y ella pasaba dejando un perfume embriagador que nos perseguía hasta nuestros dormitorios. Lo que cautivaba una incitante desesperanza era saber que estaba consciente de nuestro celo acechante e inofensivo. Sabía que nadie osaría traspasar el límite de una mirada insinuante y que, a menos que se lo propusiera, los días y los meses sucederían inalterables manteniéndose la misma distancia entre los ojos. No habituaba a

respondernos la mirada, pero intuíamos que era capaz de sentir esas palpitaciones comunes como si nuestra gran taquicardia le cosquilleara los oídos. Sus pupilas agrandándose incontenibles nos representaban la imagen de un espejo invertido donde ella misma se veía desnuda y traspasando a nuestros cerebros infantiles un cuerpo deseable. Lo que había tras sus desapariciones en la esquina nos llegaba siendo un cúmulo alternado de ilusiones desbocadas. La veíamos peinarse esos cabellos oscuros como un túnel de pesadillas inclinando lánguida el cuello hacia los hombros. Sus manos se alargaban en el aire como si fueran capaces de meditar y nosotros detuviéramos las visualizaciones al paralizar ella su ademán. Podíamos traspasar cada inquietud individual asociando semejanzas y estableciendo diferencias. Y aunque ninguno evidenciaba sus propósitos ella podía conocerlos por una percepción natural alejada aún de nuestro entendimiento. Alguna vez comprenderíamos por qué dejaba encendida la luz de su habitación y se paseaba como una sombra perezosa que extendía sus brazos hacia el cielo. Mientras tanto estaríamos en la vereda opuesta fumando ese futuro que se nos venía encima como un enorme manto que obstruía con rapidez la antigua claridad en retirada.





LA TARDE QUE VERISA SE MARCHÓ

Lo vimos doblarse como si lo forzaran tentáculos etéreos y estuviera predestinado a morir sin un quejido. Su larga y cadenciosa espera agitando un aire involuntario se estiraba ante nuestros ojos como un gesto difícil que habríamos considerado inútil si no estuviéramos demasiado alarmados por el suceso. Nunca vimos la muerte tan de cerca. Ni siquiera estábamos seguros de que Verisa dejara de existir en esos contorneos de títere pesado y que sus lentos manoteos eran una forma tan ambigua de despedida como su vida misma. Erguido, como en raras ocasiones, dormitaba junto a la pared de la panadería y a veces se bamboleaba como si tuviera la misión ineludible de no caerse nunca. Las campanas de Don Bosco abrían un tiempo preciso al mediodía. Si se observaba atento la longitud de calle Sarmiento hacia el Estrecho podía descubrirse que la vieja claraboya saltaba a intervalos exactos sobre un mar embravecido. El viento traía hojas amarillas que recopilaban el término de otro año

similar para Verisa, enclaustrado extrañamente bajo una libertad sin objeto, porque la finalidad de un libre albedrío singular se desmembraba cada vez que la desolación lo arrinconaba en mitad de la noche tiritando de hambre y encogido. Desde un interior indiferente podían escucharse esos quejidos destemplados que Verisa emitía como un saludo muy evidente ante la muerte. Desde que tuvo una leve inclinación intuitiva hacia el desastre, desde que sus pesadillas acentuaron cada vez más la lejanía de su nacimiento nos percatamos que no era posible abstraerlo de un camino recto y definitivo hacia lo desconocido. Su precipitación al ocaso desde un mundo abstraído lo relegó a quedar sin expectativas. Desde afuera le llegó una indolencia exasperante y demasiado cotidiana. Sin embargo, la manera de afrontar su desesperanza fue siempre una actitud pasiva, como si todo fuera lógico y aceptara su desapercibimiento con un sello de humilde condescendencia. Verisa era algo más que un sujeto desaliñado y harapiento que bajaba por las calles buscando los anchos basurales. Sus retornos estaban marcados por la persecución de lo inasible como si volver al sitio acostumbrado fuera un acto instintivo y ajeno que ni siquiera manejaba el subconsciente. Cuando los días no podíamos medirlos sino por esas oscuridades invernales, *Verisa* nos presagiaba la turbulencia de un tiempo simultáneo y heterogéneo que mostra-

ba, no sólo el lado bueno de la vida, sino también las grietas profundas de un dolor incomprensible. El era un errabundo habitante del Estrecho, asolado por ese viento odioso que desde lo más recóndito de su niñez lo subyugaba, confiriéndole un estigma de identidad y duda. Aherrojado al basural de Maipú y establecido entre cuatro miserables paredes oxidadas, se dormía bajo una exigua palidez lunar que lo seducía. Nosotros, como si hubiéramos programado la historia de muchos hombres, lo perseguíamos emulando al triste depredador del propio ser humano. Nos bastaba inferirle el desgarró interior de su absurda negación para comprender que lo habían destituido de la felicidad sin que nadie se lo propusiera. Teníamos un presente firme y un futuro tan ambiguo como él, pero era preciso que Verisa no se reconociera para que nos acobardáramos y lo nombráramos mentalmente y sin aviso previo. Ahora, que lo veíamos aleteando como otro pájaro herido sin más destino que el suelo endurecido nos hubiera gustado alguna vez haber sonreído juntos, que alguno le hubiera estrechado la mano o preguntado por su padre. Pero, lo único real era que Verisa estaba muriendo bajo esas ruedas enormes de camión y demoraba su vuelo decisivo y caía dentro de un sueño inacabable retardando, incluso, nuestro propio entendimiento. *Verisa moría*, pensamos todos, pero moría para no vernos y alargarse en el recuerdo que algún

día estaría penetrando todas las ventanas. Allí seríamos pequeños otra vez y antes de volvernos ceñudos y pasajeros distantes de lo que habíamos amado, nos quedaríamos de nuevo mudos cuando Verisa asomara su barba descuidada y su mirada evanescente como un polizonte eterno de nuestros dormitorios.





GAVIOTAS EN EL CIELO

Crecía en su interior una metamorfosis indefinible reduciéndolo a su constante necesidad de entender. Podía verse acongojado, con una tristeza infinita subiendo por sus tobillos, envolviendo su cintura, sus hombros, para anegar esa mirada perdida que insistía en horadar su alrededor. Había corrido y saltado. Se estacionó acucillado en la puerta de la zapatería y escuchó el ruido del esmeril entre risotadas y conversaciones sobre mujeres, sexo y el torneo atlético semanal. Intentaba clasificar voces y pausas. Ahuyentaba ese acoso de soledad que a menudo lo arrinconaba. Retrocedió vigilante ante los años que avanzaban en tropel ocupando toda la calzada, le hacían muecas obscenas, lo apuntaban, le mostraban sus arrugas mortecinas, le sonreían con cierta melancolía mientras lanzaban sus oblicuas ironías, su sadismo incontrolable y él presentía que si no escapaba pronto se vería convertido en un rastreador perenne de su propia senectud, que ondulaba grotesca envolviendo sus visiones. Y estaban allí los mismos que cruzaban los montículos de tierra y desperdicios, antesala de una playa sucia y

oscura, situados bajo ese gris irresoluto, mojados por esa lluvia intermitente, azotados por esos ventarrones interminables que traían desde el mar embravecido bandadas de gaviotas para llenar el aire de quejidos animales y cayeran destrozadas, hechas pedazos, arrastrando por la arena sus alas informes y miraran la superficie del mundo con ojos de muñeco. Estaban apoyados en el vetusto mesón destartado absorbiendo el polvo que esparcían los zapatos escofinados, con la mirada más quieta, inquiriendo todavía por remotas e idénticas explicaciones que no llegaron. Los veía a través del cristal empañado como si se tratara de figuras indelineables, ectoplasmáticas, similares a esas imágenes de ficción que le devolvían los alargados espejos del cine Municipal y que lo llenaban de un terror masoquista, porque se contemplaba a regañadientes, escapando y volviendo sobre sus pasos, riendo apresurado de su postura gigantesca, de su delgadez repentina, de esa obesidad espasmódica que estiraba como un grueso elástico su sonrisa contrahecha. Y le pareció que aún podía meterse en ese antiquísimo espacio de fantasmas introduciendo un pie por el reflejo de su memoria que reproducía la inversión de un mundo propio aún y que, paradójicamente, se le antojaba tan distinto.

Distinto ahora que regresaba para buscarlo porfiadamente en esa profunda soledad que suelen devolver los cristales humedecidos. Pero,

Julián no estaba y entre risas apagadas aquel era un olvido imposible que esforzaba su presencia para que nadie la ignorara. Sin embargo, había estado detrás de él escuchándolo, como si se tratara de lentas gotas invernales cayendo dentro de un sueño inmemorial. Un sueño, donde amparadas por un cielo plúmbeo recortaba como arcángeles de terciopelo interminable la danza dudosa de esas gaviotas reales, tangibles, verdaderas.

Y tú estabas tras de mí e imaginaba tu rostro mojado, tu mirada dudosa y esa especie de apostura santificada lidiando con iras diabólicas, donde el bien y el mal pugnan en un encuentro indescifrable que no concluye nunca. Estabas allí, pero yo no te veía. Escuchaba tu risa sorda creciendo incontenible sobre el murmullo que las olas emitían como glóbulos de espuma y cuyas formas inconclusas nadie vislumbraba. Estabas allí, de cara al cielo, cubierto de señales que no acertábamos a descubrir y yo suponía la contracción labial de tu boca demudada y tu balbuceo de palabras inconclusas. Y luego asomaba tu blancura cadavérica como si no pudiéramos retroceder metidos en la nieve. Entonces Dios no estaba ni constituía una preocupación inventarlo. Dejábamos que nuestras torpes sonrisas remecieran el espacio alado, y esas aves incrédulas, difíciles, quietas en su mansedumbre visceral, dubitativas en sus pupilas estáticas, giraban como veletas que retornan siempre al punto de partida. Y tú no

plagiabas gestos ni sacabas nombres de fantasía. No agitabas los latidos de ese corazón tembloroso que sentía crecer dentro de mí. Yo te percibía Julián, como tú, como tú al volver imperceptible la cabeza para que tu mirada sigilosa se encontrase con mi búsqueda semejante. Éramos la sombra gigante que apenas divisaba el cielo y el cielo era un vuelo minúsculo, extrañamente multiplicado. Entonces Julián, disparabas, y las nubes se abrían para derramar su carga de plumas blanquinegras. Graznidos profundos, dolorosos, como esa vida que todavía no llegaba y que, rara y dócil, caía entre los pies. Pero la sangre no significaba la probable detención de un ciclo reprochable. Ni siquiera la insinuación de una pregunta. Si alguno internamente formuló el deseo de huir hacia el consciente margen de la bondad, no lo supimos. El día era un momento, un insignificante segundo de eterna lucha resolviéndose en nuestro favor. El vuelo no se había hecho para el hombre. Lo sabemos hoy. Intentamos entenderlo en este presente Julián, cuando azorado te encuentro con el mentón sostenido por tus manos arrugadas y el cristal de la zapatería te refleja diferente. Y trato de que pronunciamos el sonido de la desesperanza, en el preciso instante que las plumas se desparraman por el aire y flotan como luciérnagas inalcanzables. Y esas quejumbrosas materias esparcidas por la arena, desgarrando su fervor de luces y distancias, que cruzan como flechas invisibles, no tienen

identidad, no poseen siquiera un indicio que las haga reconocibles. Y te veo Julián. Respiras agitado y lanzas de nuevo la primera piedra que se va con nosotros. Y esa muerte cae, esa fúnebre apariencia de lo percedero aletea, desgaja su altura, se derrota otra vez su audacia inexplicable y da tumbos frente a tus ojos. Y tú Julián, pálido, como la nieve que porfía entre las piedras y cubre tus zapatos sobre esa arena negra, pálido como la desolación que repleta el sinsentido diario. Tú Julián, pálido, simulacro de un Cristo de papel en una galería deshabitada, sonríes como un beodo congénito reconociendo su temporalidad, que se aturde con la muerte y la desea. Y te arrodillas para golpear y zaherir, para burlarte del ave que ya no ultraja tu figura desde el cielo. Pero, el descanso es un escudo angosto que precariamente describe tu debilidad. El río llega aburrido hasta la orilla. Los cerros dulcifican fugaces un concierto inmutable de abanico. Respiramos. Revitalizamos el músculo cansado y un coro de lucha que persiste incuba su extraño desafío en la altura. De nuevo un llenarse de quejidos sordos, de graznidos atrevidos que aturden el cerebro como si nada tuviera remedio. Y no nos detuvimos. Ese corto sendero que unía un principio desconocido y un presente obtuso estaba en un crítico apogeo y el mundo era un carrusel infinito que ni siquiera sugería la imprevista ternura del silencio. Otra vez me veías botando mi infancia que invencible re-

tornaba. Nevaba. A veces nevaba y semejábamos momentáneos ancianos cobijados en la soledad de nuestros cuerpos. El aire las arroja, siempre el aire entremezclado con sus tenaces picoteos descifrando lo inasible, las arroja hasta nosotros sabiendo el destino que las trajo y que las lleva. Y mueren, mueren Julián. Se deshacen en el suelo, desafiantes, aguzan el oído y aumentan el sonido. Hay que matar eternamente. Sabemos que matar es un estigma, intuimos que matar es un fin en sí mismo y que, ignorantes aún de un tiempo que no regresa, vacilamos rara vez ante el misterio. Pero, yo quería llorar Julián, llorar sin palabras cuando volvías la espalda. Y no podía. Soportaba mi súbita tristeza como si fuera irreverente desnudar mi alma en tu presencia. Y ese imperativo fugaz que mi voluntad aplacaba a duras penas se trastocaba con ese aletear persistente deslizándose entre la nieve. Y caen. Caen por docenas. Se retuercen en un suelo movedizo. No saben recuperar su origen. Deambulan sin alas, se retuercen con sus extremidades rotas, picoteando el propio dolor de haber caído. Nos miran, Julián. Quiero que recuerdes siempre cómo nos miraban con esos ojos desprovistos de intensidad y capaces de penetrar un futuro, para nosotros impensable. Recuerda Julián cómo nos miraban. Se paralogizaban en sus propios estertores, detenían la agonía y en el preámbulo decisivo, nos miraban Julián, como si no fueran ellas las moribundas. No sé si lo entiendes ahora, ahora

que ocupas el vacío de tu lugar en el mostrador de la zapatería y que te sigo hablando tras el cristal humedecido como si no pudieras verme. Pero, sé que estás allí Julián y que me escuchas, o no tendría sentido haber vuelto después de tantos años a decirte lo que he pensado de esos días.

Sobre todo, de ese día Julián, cuando te negaste a reconocer que ya era muy tarde para continuar y decidiste que estabas hecho para un desafío irrenunciable. Que el temor era un invento del desconocimiento, y tú creías saber que tu lugar sería imperecedero, que las gaviotas no terminaban para nosotros. Que era justo descubrir perpetuamente el sentido de una obcecada posición como la tuya. Creo que por eso no huiste Julián. Que por eso no funcionó en tu corazón el miedo de vivir. Para ti correr hubiera sido un sacrilegio a tu temeridad, algo así como no poder mirarse más a los ojos de un espejo. Por eso afrontaste el castigo de un cielo inesperado que agudizó sus picotazos furibundos. Y ellas se transformaron en la justicia de una causa que no ganábamos para nadie. Quizás si una brusca conciencia colectiva unificó sus anhelos de existencia. Quizás el odio rechazado por un destello de luz extendida en esos ojos de insensibles apariencias se haya hecho enorme y lapidario en tu cabeza. Y creo que por lo mismo reías. Y reías todavía cuando descendieron a escarbar como inesperados chasquidos tus mejillas y tus ropas se alargaban en tristes jirones mecidos

por la brisa. Después el viento perseguía mi evasión con su monólogo de espuma en mis oídos. Ya no te escuchaba, supuse que no me llamaste envuelto en la torpeza de un orgullo absurdo. Y aunque lo hubieras hecho yo optaba por desertar hacia otro sufrimiento que ahora me regresa. Pero, créeme Julián, que si he vuelto ha sido para verte, aunque indague con insana ansiedad los recovecos de un presente que te mostrará a medias. Porque esta porfiada soledad de cristales empañados me revela apenas el espacio que una vez ocupamos y que ahora sólo llena tu ausencia definitiva, esa ausencia que me creció dentro cuando te fuimos a buscar destrozado y parecías besar la arena en un gesto moribundo. Esa ausencia que la vida no pudo llenar y que me ha traído al lugar de nuestro invariable desencuentro como si todavía escuchara esos lánguidos graznidos perdiéndose para siempre en el Estrecho, tras una lúgubre procesión en blanco y negro.



ROTATIVO

Se veían pocos niños en la calle, pero cuando el taxi negro y amarillo apareció en la esquina una docena de pequeños surgió de entre los patios y los cercos de las casas yendo al encuentro de la mágica voz proveniente del automóvil. Saltaban empujándose como queriendo adivinar la estructura física del hombre que emitía su mensaje por el aire de la mañana. Con algo de esfuerzo se distinguía parte de una frente encanecida al lado del hosco rostro del chofer. La invisible presencia de una voz cautivadora atrajo la atención de la gente que progresivamente se asomaba por puertas y ventanas. A medida que el taxi avanzaba levantaba una nube de polvo blanquizco que cubría rostros y cabezas de muchachos corriendo detrás. La marcha se dificultaba por las imperfecciones del suelo y del subido número de personas apiñándose desordenada frente al automóvil. En forma reiterada el chofer asomaba la cabeza por la ventanilla gesticulando con vehemencia y tratando de golpear a los niños que veloces subían al capó y con ojos desmesurados procuraban descubrir el origen de la misteriosa voz que incansable

repetía el rotativo triple de la tarde en el teatro Municipal. El invisible anunciador y su inesperada comitiva se hallaba casi frente a mi puerta bajo una nube de polvo sofocante. Aquella escena, que de pronto alteraba la apacible mañana de la cuadra espantando el mosquerío y provocando innumerables ladridos, me sacó con brusquedad de la historia que corregía, de una especie de Dios diminuto que desechaba los cultos y las idolatrías. El cuadro inmediato me colocaba en un mundo de voces inusuales, sacándome de ese otro mundo imaginario y que ahora empezaba a confundir. La duda tomaba cuerpo en mi cabeza cuando el vehículo se detuvo incapaz de avanzar un sólo metro, mientras el chofer gritaba desahogado y tocaba insistente la bocina. Sin embargo, la muchedumbre indiferente reía y conversaba y los niños persistían en su infatigable tarea de saber quién emitía aquel mensaje. Me levanté y también aguijoneado por la curiosidad me erguí en la punta de los pies, pues resultaba imposible acercarse. Los niños pedían al chofer que el anunciador los saludara o dijera algo simpático por el altoparlante, pero él contestaba exasperado que no había otra persona y que sólo se trataba de una cinta magnetofónica. Sin embargo, nadie le creía y en tono de burla contestaban que sí había alguien porque divisaron unos mechones grises sobre una frente arrugada. El chofer compungido y entendiendo que le sería imposible avanzar, a menos que acce-

diera, pidió un momento de silencio diciendo que estaba bien, que hablaría con el anunciador, diría un par de palabras y que luego los dejaran continuar con su trabajo. Un coro afirmativo prorrumpió en vítores y exclamaciones. Al cabo de un rato una de las polarizadas puertas traseras comenzó a abrirse con extremada lentitud y un hombre diminuto asomó su tímida cabeza desde donde dos ojillos asustados parecían pedir permiso para tocar el suelo con los pies. La concurrencia retrocedió a medida que el hombrecito completaba el movimiento de salida. Yo me había acercado a punta de empujones y al divisar al pequeño individuo no pude menos que asombrarme. No medía más de ochenta centímetros y una túnica blanca le cubría todo el cuerpo. Su cabello plateado y lacio caía desordenado sobre sus hombros estrechos. Al verlo se escucharon risitas mal disimuladas y algunos niños comentaron que era tan pequeño como ellos. El hombrecito, al comprobar que le dejaban un espacio como rindiéndole pleitesía a su estatura, fue armándose de valor y tomando el micrófono habló con voz gruesa y afinada como si ella emergiera independiente de ese cuerpo esmirriado. La gente guardó de inmediato un silencio respetuoso. El viento volvió a esparcir la conocida cantinela inicial: *Siete noches en Japón, Tiempo y destiempo, y La historia de un gran Amor con Jorge Negrete, esta tarde a precios populares en el rotativo del teatro Municipal*. La voz sonaba segura y a no ser

por lo que estaba presenciando hubiera afirmado que se trataba de una cinta grabada por un locutor profesional de afamado prestigio. Supuse que el hombrecito sufría por su estatura y por ello se es-cudaba tras los cristales oscuros del automóvil. Su rostro demacrado denotaba un deseo inexpresivo como si hubiera pretendido ser algo más que una voz invisible llevando por la ciudad promesas de historias por conocer dentro de un cine pobre y triste. Quizás por ello el pequeño individuo se sintió dueño de la situación al constatar que todas las pupilas lo observaban con sepulcral solemnidad y aprovechando tal circunstancia se encaramó a duras penas sobre el capó y micrófono en mano reiteró las gastadas frases semanales. No obstante, tuvo el atrevimiento de cambiar sutilmente su sentido original trocando precios populares por "ridículos", lo que motivó un murmullo de admiración. Luego vino una sucesión de cambios extraños y radicales. Transcurridos unos minutos confundió los títulos y los fue mezclando diciendo que eran *Siete las noches de amor con Jorge Negrete*, *La historia del Japón*, y *Destiempo a tiempo*, aquella tarde en el teatro Municipal. Los espectadores aplaudían al final de cada frase con entusiasmo pidiendo repetición de títulos en forma absolutamente diversa y el hombrecito accedía febril, sin percatarse que el chofer denotaba un disgusto creciente por el absurdo cariz que la situación adquiría. Acto seguido aquél asomó la cabeza por

la ventanilla y le indicó al anunciador que la estupidez iba muy lejos, que debían trabajar y que bajara al instante del capó. El enano lo miró como si viniera despertando de un sueño maravilloso y asintió torpemente con un movimiento del cuello. Cuando tocó el suelo la gente reclamó airada. Insistían que continuara, pero la voz del chofer fue perentoria. Al ingresar al automóvil éste reinició su marcha lentamente entre el descomunal griterío que originaba su partida. Una especie frustración generalizada recorrió los rostros de todos los presentes. De inmediato uno de los niños se encaramó al auto y golpeó con una piedra el parabrisas trasero provocando en los demás un súbito deseo de destrozar el vehículo a medida que se retiraba. El chofer aceleró veloz botando a un par de ancianos. Mientras el taxi se alejaba perseguido por la enfurecida comitiva regresé a la puerta de mi casa. A un centenar de metros el espacio de nuevo era cruzado por la voz monocorde del pequeño anunciador que ahora tenía un tono chillón y desagradable. Repetía como un eco interminable los títulos de las películas de la tarde y sus palabras se iban perdiendo bajo el polvo caliente de la mañana.





ÍNDICE

Nosotros tuvimos la culpa, Ruperto	13
El vuelo	31
Por Natalia supe que ocurría.....	37
La bufanda blanca.....	43
El ventanal de la desolación	47
Colibrí	61
Mi deseo de volver.....	65
El prólogo infinito	71
Cuando los pétalos cayeron del aroma.....	75
Las puertas tienen vida	83
Las hormigas.....	87
Adiós.....	95
El anciano del bastón.....	99
Delirio	101
Oscilación	113
El laberinto no es un juego	117



¡No dejes que me lleven!	121
La columna.....	129
Confesión.....	131
La cuchara cayó sobre la alfombra	141
La muerte que no pudo cubrir la primavera	145
Los golpes.....	151
No supieron de quién era el engaño	155
Vértice	163
La tarde que Verisa se marchó	169
Gaviotas en el cielo	173
Rotativo	181





